

PARA TODOS

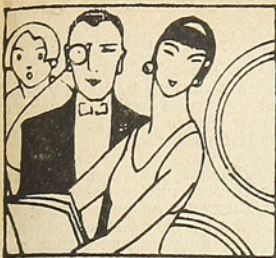
M. R.





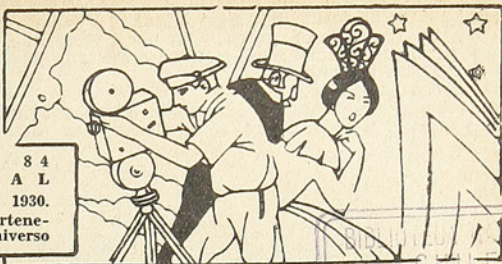
La Leche del Harem

*Conserva la juvenil tersura del cutis y evita
la natural grasitud y las más leves asperezas.*



PARA TODOS

AÑO IV NUM. 84
REVISTA QUINCENAL
Santiago de Chile, 23 de diciembre de 1930.
Es propiedad de la Empresa Zig-Zag, perteneciente a la Soc. Imprenta y Litografía Universo



Los amores de las Reinas de Inglaterra: El corazón de Matilde, mujer sorprendente

La Princesa Matilde presentóse ante su padre el soberano Conde de Flandes, como un ser culpable, mirándole sin embargo fijamente y él a ella. Habían sido escudados de un mismo mármol, fuertes y osados, habituándose a aborrecer la debilidad humana, y amantes de la energía. Pero era ella joven y no había tenido aún tiempo para revestirse de aquella astuta diplomacia, con la que su padre disimulaba sus propios sentimientos entre sus bellicosos vecinos.

—Ya lo he dicho y lo repito, exclamó el Conde Balduino, que contraeréis matrimonio con el Duque reinante Guillermo de Normandía. Y si os negáis, os haré azotar hasta que corra sangre.

Los ojos de la niña despidieron rayos.

—Y ya he dicho, y lo repito, que no me casaré con él. Una daga siempre me acompaña (la mostró: una hermosa daga delicada, como la lengua de una serpiente), y la hundiré en mi cuello antes de contraer enlace con un hombre, a duras penas apropiado para limpiar el lodo de mis zapatos.

Invocó el Conde Balduino a Santa Ursula y a sus veinte mil vírgenes.

De elevada estatura, de ojos castaños y cabellos de oro, con un cuello de alabastro y perfectas facciones, razón de más tenía para justificar su orgullo, si la belleza, la inteligencia, la riqueza, y una de las más nobles cunas de la Europa son peldaños que conducen a la vanidad.

—La Normandía, observó el Conde, es un hermoso país amplio y fértil. El Rey de Francia, alega derechos, es verdad, a esos territorios, pero el Duque Guillermo, es más hombre que él. Y escuchad ahora, Matilde. Hay más que eso, mucho más. El Duque Guillermo es primo del Rey de Inglaterra, Eduardo el Confesor — el Santo — un hombre demasiado santo para tener hijos propios y que ha hecho de Edith, su esposa, una santa también y una hermana.

—¡Qué imbécil!, exclamó la Princesa Matilde. En verdad, pero escuchad. En un mensaje secreto, transmi-

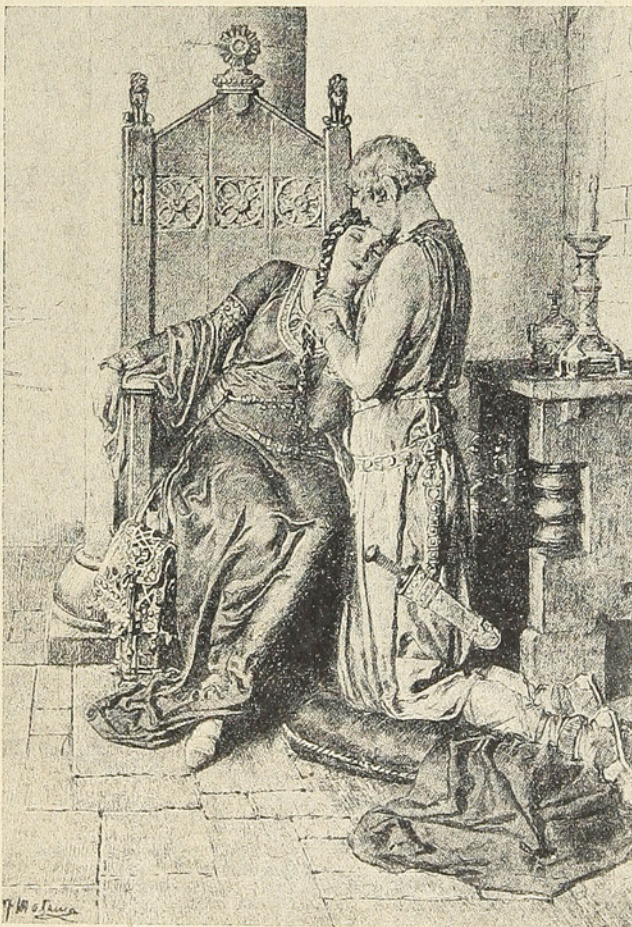
tido por medio de una avecilla que me canta durante la noche, Guillermo el Normando me anuncia que Eduardo le designará como su sucesor, por juramento ante las reliquias de San Pedro, en su nueva Abadía de Westminster. De consiguiente, Guillermo el Normando será Rey de Inglaterra y Conquistador de Francia. Saludo en mi hija a la Reina de Inglaterra y de Francia. — ¡Pues, no!, exclamó la indomable princesa,

y por dos razones excelentes. Allí está Harold, el Sajón, el heredero legítimo al trono. Será él el Rey de Inglaterra. Adoro a los bravos sajones, rubios y gigantes. Es esa una razón. La otra, es que no me casaré con Guillermo de Normandía. Su padre fué un Duque de Normandía, es verdad, pero su madre, quien fue ella — ¡oh, buen Dios! Pues Arlette, la hija del talabartero de Falaise, una mujer-zuela que el Duque tomó como quien devora una suculentísima cena para calmar su apetito. Siento oír a cueros cuando oigo su nombre. ¿Debo contraer matrimonio con un hombre que luce sobre su escudo una negra y ancha barra? Allí va Matilde, dirían las esposas de los gentileshombres, la mujer del Mamzer de Normandía. — Así le llaman. Pobre muchacha dirían también — su padre no pudo encontrarle un partido más decente y la ha casado con el nieto del talabartero. Os digo, padre, no me casaré...

Invocó a la Reina de los Cielos, pero mejor habría sido que hubiera invocado al Diablo, tan furiosa estaba. Su astuto padre la miraba consternado. Era cierto, demasiado cierto. El Duque Roberto de Normandía, había omitido la ceremonia que habría hecho de su hijo Guillermo un gran partido para lo mejor de Europa.

—Semejante orgullo es odioso a Dios y al hombre. Os haré encerrar en vuestro aposento a pan y agua. La daga con que me amenazáis, os será quitada y yo en persona os azotaré vuestras manos atadas. Y hasta que accedáis a lo que es necesario para mi política. Escoged.

En un abrir y cerrar de ojos, apareció la daga clá-



Harold de Inglaterra fué olvidado, y ambos hablaron de sí mismos, sin hablar siquiera del matrimonio sino de aquel paraíso terrenal en donde la juventud es eterna. Harold de Inglaterra había escogido muy mal su mensajero.

vada casi en la garganta de la niña. Una gota de sangre apareció, la que se deslizo hasta las perlas.

Así permanecieron durante un par de segundos: el Duque, perplejo; la muchacha, resuelta a morir, a juzgar por su aspecto y su ademán.

Al fin habló ella.

—No seré azotada, ni mantenida a pan y agua. No perdáis vuestro tiempo, padre. Hace cuatro días despaché un

razones, como os las di a vos. No nos incomodará de nuevo con ofertas.

La situación se hacia demasiado seria para inútiles lamentaciones paternas.

Oyóse, con amargura, la voz del Conde Balduino:

—No, no habrán ofertas. Vendrá a tambor batiente y banderas desplegadas, invadirá Flandes, y os llevará a la buena o a la mala. Habéis lastimado el amor propio del más orgulloso príncipe de su tiempo. ¿Y qué le habéis dicho?

Mi mensaje así decía:

—Señor Duque de Normandía, mis antepasados eran príncipes, cuando la familia de vuestra madre descuababa a las bestias para hacer zapatos. Buscad algo parecido. Si un esposo debe lucir una barra negra a través de su escudo, deberá conquistarme por un acto de audacia que ciegue mis ojos, y esto no lograréis realizar. Os recomiendo de corazón a Dios. Y ahora, padre y señor mío, ¿puedo retirarme? Hemos sido siempre buenos camaradas, entre altercado y altercado, y la cosa ya no tiene remedio. No me casaré, sino por amor, y creo que ya estoy enamorada, aunque no estoy de ello muy segura.

Su audacia aterrizó a su padre.

—¿Y cuál entonces de los reyes y príncipes ha escogido mi perilita?

Rióse Mand, acercándose al enorme sillón, junto a su padre, envolviendo el cuello de él con su brazo, como si una daga no hubiera estado reluciendo un momento antes, raspando su oreja suavemente con su nariz.

—Eso sí que no os diré, padre. Informate al vuestro, la vez primera que vuestros ojos miraron con ojos de oveja a unos cabellos de oro y a unos labios encarnados. Y además, no creo casarme con mi amor. Es sólo una distracción agradable. Deberá él amarme eternamente, pudiendo yo olvidarle cuando quiera. Si dejáis que vuestro nombre se empañe, nadie se casará con vos y a un convento marcharéis, exclamó el Conde, desprendiéndose de su abrazo.

Rióse ella como un carillón de campanas.

—He oído que hay conventos muy alegres. No, no le matéis, padre, si lográis descubrir su nombre. Confíad en mí, y una vez que esté cansada, posiblemente contraeré matrimonio con quien queráis.

Retiróse el Conde, profundamente disgustado.

¿Declararía la guerra el Bastardo de la Normandía? Encerróse en sus aposentos, meditando algún plan. Pero nada resolvía.

Dirigióse Matilde, mientras tanto, al Convento de Santa Catalina, y dejando al lado afuera a su séquito, y a su orgullo, como corresponde a toda buena hija de la Iglesia, entró a la capilla, para orar en ella.

Fué recibida por la Superiora y varias monjas, las que fueron despedidas una vez pasadas las formalidades. Arrodillóse la Princesa, besando la mano de la Superiora, e invocando su bendición, como una mujercita cualquiera. Fué concedida.



Arrastróla por la enlodada vía, azotándola de vez en cuando con el cuero de un estribo. Oyóse un grito: «El Duque de Normandía», y aterrizada al oír este nombre la muchedumbre huyó por las calles laterales.

mensajero a la Normandía; vuestro jinete más veloz no podrá alcanzarle. Llevó mi respuesta al Mamzer.

—¡Por San Pedro!, exclamó el conde, dejándose caer sobre su sillón.

Sabía ella que dominaría a su padre y tranquilamente volvió la daga a su aterciopelada vaina. Afirmóse contra el muro, cubierto por una magnífica tapicería, eran famosas las del Duque, esperando su nueva actitud.

—Espero en Dios que a lo menos le habréis escrito con cortesía.

—¡No mucha!, observó ella, con indiferencia. Le di mis

inmediatamente prodújose un cambio notable en los ademanes de la una, para con la otra. La Superiora Elswitha, por cuyas venas circulaba la más noble sangre de Inglaterra, sentóse en un sillón de real aspecto, y Matilde, alcanzando un cojín, apoyóse en él, sentada en el suelo.—Tengo algo que contar a mi reverenda Madre, díjole, y si procedi mal pediré perdón, pero creo que no procedi mal.—Refirióle en seguida lo ocurrido entre su padre y ella, levantando su rostro en seguida, para contemplar las severas facciones de Elswitha, que sonreían con tolerancia evidente al escuchar la narración de la Princesa.

—Sois una fierecilla y más que eso, díjole, pero una real fierecilla, y si lográis imponer vuestro criterio, estará bien. La mujer debe mostrar firmeza, si debe dominar. La mujer débil crea tiranos y se convierte en una servil mentirosa. Nuestras mujeres en la Sajona Inglaterra, no son esclavas. Y es en Inglaterra donde deberéis reinar, pues os amo y sé que los ingleses aman a una mujer libre y digna, y es debido a esto que he permitido que Lord Brictric, el sajón, quien viene de Inglaterra, para pedir vuestra mano para Harold, dijo Godwin, se entrevistó con vos. Será él, Rey de Inglaterra, cuando Eduardo el Confesor pase a mejor vida, y aunque su familia y la mía fueron enemigas, por él haría cualquier cosa. También he visto en un sueño, que seréis Reina de Inglaterra.

—Y yo también lo he soñado, dijo Matilde, juntando sus manos sobre su rodilla. Estoy tan segura de que seré Reina de Inglaterra como de que aquí me siento y de que os amo. Pero mi padre no debe imponerse de esto todavía. Seré valiente como Godiva.

—Harold, dijo la Superiora, es un hombre que cualquier mujer desearía como padre de sus hijos, hermoso y de elevada estatura y gentil con las mujeres.

Tocó en seguida una campana de plata que yacía sobre una mesa a su lado, apareciendo luego después, una vieja monja. A una señal de Elswitha, retiróse ésta a cumplir una orden. Mientras tanto, la Princesa pisóse de pie junto al gran sillón, aguardando con evidente emoción hasta que corriese la pesada cortina y apareció de nuevo la monja con un joven.

Una espléndida figura de hombre era éste. Su piel blanca como la nieve, su estatura soberbia; una mezcla de sajón y de danés, hombre llamado a atraer toda mirada de mujer con sus cabellos de oro, sus hermosos ojos y su porte marcial. Brictric el Blanco, le llamaban. La Princesa era también de elevada estatura, pero sólo habría podido descansar su cabeza a la altura de su corazón.

Este Brictric dobló su rodilla, besando la mano de la Abadesa, al darle ésta su bendición, y en seguida, sin decir una palabra, retiróse ésta, dejando a ambos jóvenes en privado.

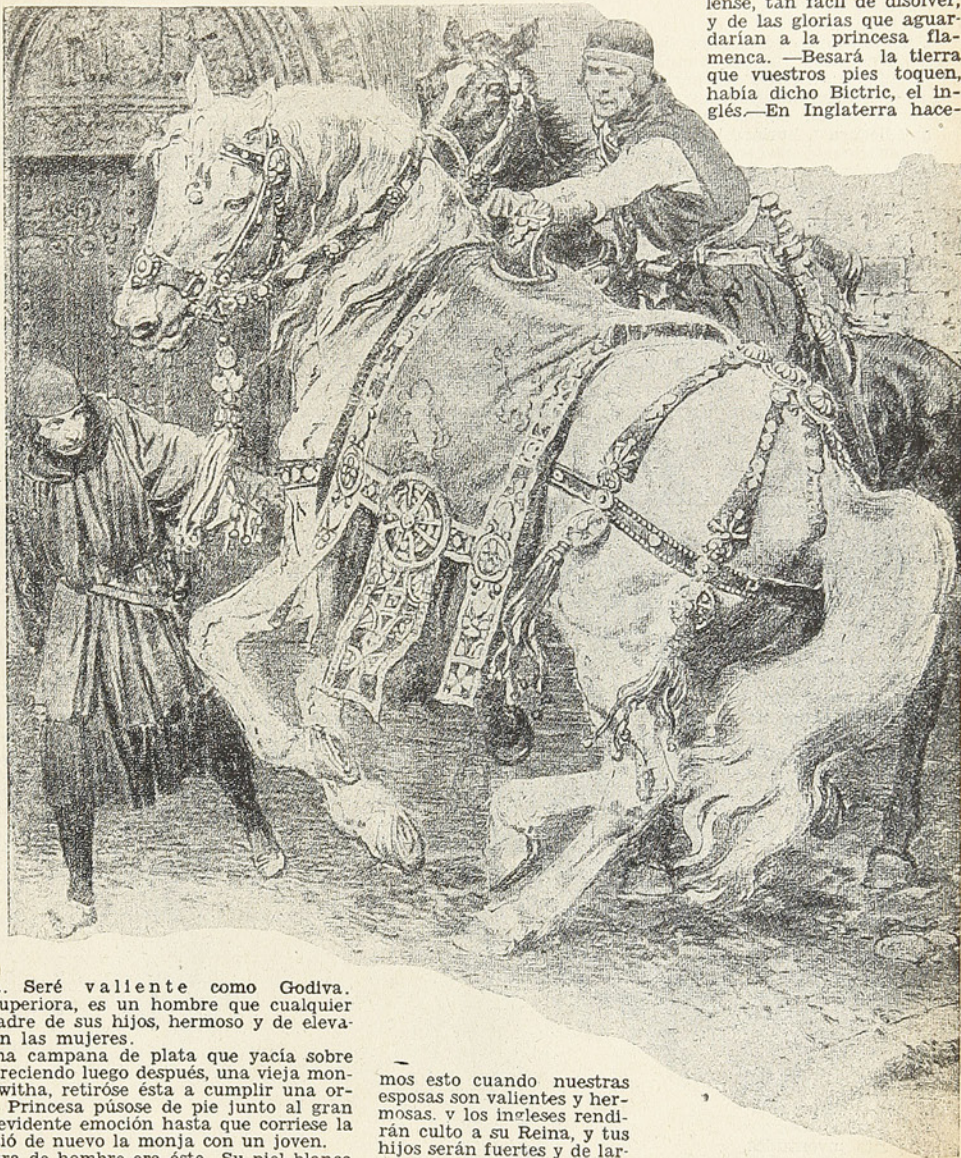
Estaban seguros como en un santuario. Los Reyes no osaban penetrar los secretos de un convento. Ejércitos se habrían detenido a sus puertas. Y sabían ellos esto.

Sonriente, extendió Matilde sus manos, besándolas el joven, arrodillado y escondiendo en ellas su rostro, más como enamorado que como embajador. Haciendo suavemente una de ellas a un lado y tomando asiento en el gran sillón, descan-

só su cabeza sobre el pecho de Brictric. Intoxicado de amor, besó sus cabellos y sus ojos, encendido también el rostro de la niña con emoción y felicidad.

Mal escogido había sido el Enviado de Harold de Inglaterra.

Sin embargo, el noble sajón, bajo ciertos aspectos, había sido honrado. Había trazado un magnífico cuadro del Conde Harold, el rey de mañana, de su matrimonio político, sin amor, con la glacial princesa galense, tan fácil de disolver, y de las glorias que aguardarían a la princesa flamenca.—Besará la tierra que vuestros pies toquen, había dicho Brictric, el inglés.—En Inglaterra hace-



mos esto cuando nuestras esposas son valientes y hermosas. y los ingleses rendirán culto a su Reina, y tus hijos serán fuertes y de larga vida, como los robles.

Tentador el mensaje, pero desde el primer momento en que apareció Brictric en la Corte de su padre como un enviado de buena voluntad del Rey presuntivo de Inglaterra, la Princesa se había interesado más en el mensajero que en el mensaje. ¿Le amaba?

Realmente, no sabía. Le parecía sí que él no podía amar a ninguna otra mujer.

Harold de Inglaterra, fué olvidado, y ambos hablaron sólo de sí mismos, de aquel sueño delicioso en aquel paraíso terrenal en donde labios presionaban labios, en donde la juventud es eterna y la muerte una pesadilla que se olvida con las sorpresas del amor.

Le habló ahora de la irritación de su padre y de su rechazo a las ofertas del poderoso Normando. Levantó sus ojos mirándole; su rostro estaba pálido.

Continúa en la pág. 17.

Mujer, defiende lo tuyo

Por HALMA ANGELICO

Solia encaramarse en los tapiales y saltar los cercados con más agilidad que sus compañeros de andanzas. Cuando las faldillas eran obstáculo para sus juegos, las cruzaba por la entrepierna y marchaba así, tan campante, sin temor ninguno a las burlas de los otros muchachos, porque... ¡pobre del que llegara a burlarse!; los puños de la pequeña Casilda sabían acariciar duramente las narices de los desvergonzados o atrevidos que se divertieran a su costa.

El tío «Mosca» no sabía ya cómo retener aquella exuberancia de vida y de carácter que desbordaba de la chiquilla y, como nada malo había en todo aquello, la dejaba hacer y corretear a su gusto con las más atrevidas «pandillas» del barrio o sus alrededores, temor de guardas y celosos propietarios de los cercanos huertos, que se echaban a temblar temiendo el asalto, cada vez que las pródigas ramas de los árboles se cuajaban de fruto. Casilda no tenía miedo a nada. Desde muy niña fué criándose sola entre los cachivaches viejos de la tienda donde su padre almacenaba los despojos que le traían a la venta. El tío «Mosca» se llamaba Casildo Opaños, como rezaba en su cédula, natural de Lugo, de estado viudo y ropavejero de profesión. Viudo lo era desde tres años después de nacer Casilda, y ropavejero desde la herencia recibida de un muy lejano pariente, con cuya menguada fortuna se le ocurrió fundar el negocio en la histórica y vetusta ciudad. Anteriormente... Anteriormente... malas lenguas — interesadas en achicar los *principios* del tío «Mosca» — que toda su vida la pasó por las calles de Madrid, subido a un carro de basuras y amontonando en él las recogidas en calles y viviendas.

Más tarde se ha podido comprobar que no hubo tal, y que, solamente, Casildo Opaños fué, en sus juvenudes, mancebo de una tienda de antigüedades con miras a la compraventa. Su afición estaba, desde luego, entre los trastos viejos; las pollizas y el acre olorillo que dejaba el tiempo tenían un voluptuoso encanto para el vetusto coleccionador, que, a su vez, parecía haber nacido ya viejo, dando la misma sensación de todos los trastos y trapos en cuyo roce continuo convivía. Unas largas barbas grises y blancas cubrían su pecho hasta la mitad; un levitón raído, que ¡sabe Dios de quién habría sido!, vestía parte de su cuerpo; sobre un pantalón obscuro de rayas anchas, y apretando el abdomen, se abría el levitón para dar vista al chaleco, corto de cintura, color ala de mosca, con botones blancos de cristal. De ambos bolsillos del chaleco, sendas cadennillas pendiendo de las cuales se balanceaban sobre la abultada molla dos monedas de plata, antiquísimas, y relucientes de tan manoseadas por los dedos largos y pajizos con que el tío «Mosca» de continuo las acariciaba. Apenas despuntaba el día, Casilda esperaba la aparición de su padre en la tienda; atusados sus pelos crespos, aseada de

ropa limpia de cuerpo y cara, se disponía a las andanzas del día, sin más fuerza de contención que su libérrima libertad de hacer cuanto la diera la gana. Un beso en la frente de su padre, y ¡a correr!, visto el programa trazado con sus compañeros el día anterior. Véase: «Asalto en el huerto de la tía Chicharra, para robarle unas hermosas manzanas que maduraron ayer; ir a molestar al maestro Cirilo, mientras explica la lección, tirándole chinás a la ventana que da a la calle, junto a la esquina; ítem más, quitarle el lazo de la trenza a la tonta de Julia «Pecas» cuando salga del colegio; unir las faldas a dos viejas beatonas cuando estén en la novena, porque ayer me reprendieron al verme tirar piedras...; más tarde, ir a casa de la tía «Sebas» a tenerle cuidado del niño mientras apaña la casa...» Y a esto sí que no faltaba Casilda ni por todo el oro del mundo. Esta era la sagrada ocupación de todos los días y la más deleitosa con que se regalaba su alma. Entonces, toda la ternura de su corazón salía a flor de piel, y aquella brusquedad de sus ademanes y aquel ceño duro, como la terquedad de su carácter, se dulcificaba en

todo, para ceder, convertida exactamente en una tierna madre de ocho años, llena de celo y cuidados por el caprichoso bebé que mecía entre sus brazos.

—No sé cómo dejas a tu hijo en los brazos de Casilda — había dicho una vecina a la señora Sebastiana. — Un día te lo va a matar. ¿No ves que es muy brusco y descuidado?

Casilda se la quedó mirando con aquellos ojos vivos, negros como moras, punzantes de tan seguros y rectos de mirada, y nada dijo por el momento; pero al siguiente día el mejor cacharro que lucía en la cocina de aquella temeraria mujer había volado de un incógnito y cierto chinazo...

—¿Has sido tú...? — preguntó Sebastiana a la niña.

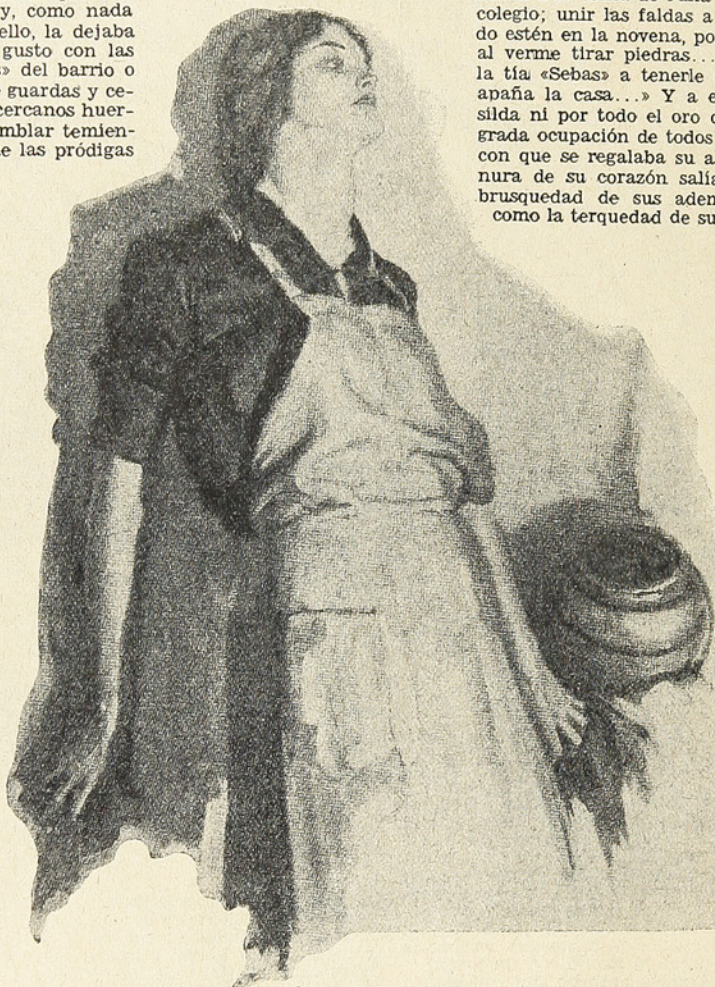
—Ha sido su lengua — contestó Casilda secamente.

Cuando el pequeño estaba en sus brazos o lo mecía en la cuna, toda la dureza de aquel rostro que nunca se sometía con una sonrisa,

se llenaba de tal apacible gravedad y tal paciente alegría que hasta la hermoseaba. El pequeño enredaba sus puñitos rosados entre los enmarañados rizos de Casilda y tiraba con fuerza hasta llevarse entre sus dedos los dorados hilos. Casilda reía con el chiquitín y le hacía chanzas sin enojarse jamás. Otras veces la llenaba la cara de babas, y Casilda se estremecía de placer al sentir la tibia caricia de aquella carita mojada sobre su cara y su piel.

Una vez enfermó el niño y Casilda obtuvo de su padre, siempre sumiso a su voluntad, que la dejase dormir en casa de Sebastiana para velar al niño. Todos los ruegos de la mujer por que la niña se acostara, después de haberla ayudado todo el día en el cuidado del enfermito, fueron inútiles. Casilda se quedó junto a la cuna durante cinco noches, sin consentir en descansar como no fuera en aquel mismo sitio tendida en el suelo. Pasada la gravedad del pequeño, eran de sus exclamaciones de alegría.

Por entonces dió una tregua a sus travesuras. Aquel ju-



guete de carne y hueso la hacia exclamar muchas veces, cuando lo veía dormidito en la cuna o pataleando en ella entre las ropas con sus plierne-cillas al aire:

—¡Si fuera mío!... Cuando yo sea mayor he de tener uno como éste...

Y sus ojos quedaban fijos y ensimismados, como si flotase en su cerebro una idea en lontananza que, borrosamente, la hiciese adquirir seguras esperanzas para su deseo...

Con el tiempo adquiría pauladamente su semblante una serena gravedad, llena de aplomo, que trascendía en todos sus actos.

Viejo ya el chamarilero, era ella la encargada de toda la dirección que la tienda requería. Cada vez, los viejos trastos y las raidas ropas iban cambiando el moho y las telarañas por esa bella pátina que da el tiempo, prestando simpático valor a la antigüedad. La tienda, poco a poco, con la acertada dirección de su dueña, iba convirtiéndose en una tienda de antigüedades moderna, donde todo viajero de paso en la añosa ciudad tenía el deber de parar para adquirir el clavo legendario, la fundida aldaba, la cincelada empuñadura, el amarillento camafeo, el filigranado rosario o el lindo encaje, remozado y pasado a nuevos tules por las primorosas manos de Casilda, cada vez más hacendosa, dejándose perdida en el tiempo aquella brusquedad de sus primeros años, que las hacía tan temibles por su acierto cuando llegaban a amenazar. Todo cuanto tocaba parecía acariciarlo, y hasta la punzante mirada de sus ojos semejaba ya dulcificada. Toda la energía se había ido borrando de las facciones de la niña, para quedar concentrada en un noble carácter de mujer, valerosa para toda situación apurada; tanto, que, al morir su padre nada cambió en la tienda. Fué como si nunca el viejo la hubiese gobernado.

No faltaron rondadores a Casilda, y, entre ellos, por ser acaso el más fiero, el menos domable, quiso fijarse ella en Salvador Carrasco, un mocetón ancho de cara y más de espalda, torpe de andares y turbio de expresión, pero que a ella se le antojó francote, noble en su brusquedad, trabajador... Y, sobre todo, ¡sentía ella las ansias que de niña habían sido el sedante de su corazón! Tenía una noble impaciencia por llegar a ser madre. Y de toda esta amalgama de ideas en confusión, sólo sacaba una, limpia y concreta, que a veces resquebrajaba un poco los honrados sentimientos de su corazón...

—Cuando tenga un hijo..., ése que tanto he deseado desde niña, no podré ser sola a quererlo; otro tendrá en él tantos derechos como yo...



Y esto la impacientaba hasta el disgusto... ¿Por qué había de tener nadie sobre el hijo los derechos que tuviera ella?... ¿No era ella quien pensaba desde niña en el tan preciado juguete que había de traerle la vida?... ¿No había de ser ella la más heroica para criarlo?... ¿Acaso tenía ella más afanes en el mundo que el de ser madre y sacrificarse por el hermoso fruto que de ella nacería?... ¡Ni Salvador Carrasco la importaría nada, si no fuera esperando que de su naturaleza fuerte y sana nacería aquel hijo que había de hacer templo de sus entrañas!...

Del mejor *bargueño* que había en la trastienda hizo ella arca sagrada para guardar finisimas batistas, holandas, encajes... Primorosas prendas diminutas con laberínticos calados e incrustadas puntillas, como tejidas en noche de leyenda por invisibles manos. Los pañales se empinaban en un rincón del arca oliendo a frutas frescas y aromadas y, al abrir las perfiladas tallas, se esparcía por toda la trastienda un suave olorillo de jugo sazonado, que en sus cobijos estremecía la carcoma y huían las polillas en bandadas, sacudidas de los lóbregos rincones, como si una mano incientemente con ellas las espantara.

Muy pronto debía llegar ya el *deseado*... Y Casilda sentada ante las galas que habían de vestir al recién nacido, repasaba todos los detalles y acariciaba aquellas ropas como si ya entre los lienzos palparan, llenas de vida y lozanía, las carnes del niño.

Por eso, cuando supo la última hazaña de su marido, aquel Salvador Carrasco, que a la postre y al verse con las perras de su mujer había salido un pillo, al oír que de hecho había huido, nada le importó tampoco. Estaba acostumbra a luchar sola y al trabajo; lo haría ahora todo por el hijo... Y su boca, grande y franca de risa y expresión, se abrió para sonreír y dar a la luz aquella doble fila de dientes iguales y claros, de marfil lustroso, limpios y cuidados, que a más de uno habían hecho exclamar:

—¡Qué bien sabe reír esta loba!...

Se rió, sí, cuando supo que la abandonaba su marido. ¡Pues poca alegría sentía ella en su alma viéndose dueña absoluta de lo que le nacería! ¡Ya era suyo aquel fruto! ¡El marido?... ¡Bastante se le daba a ella el marido!...

—¡El hijo es mío!... ¡Mío!... —decía a quien quisiera oírlo. —Y él, él, si quiere, que le dé su nombre, y si no... ¡que no se lo dé!... ¡mejor!; ¡mira tú para qué lo necesitará el hijo pobres de espíritu!... ¡Yo soy fuerte!...

(Continúa en la página 65).

Galanes jóvenes: ¿cuál les prefiere usted?...

Charles «Buddy» Rogers

Me dijo una mujer...

Marcel Prevost debería reeditar sus célebres cartas de mujeres, y agregar entre ellas, la carta al primer actor de cinema. Las mujeres a lo largo del tiempo, sin hablar de nuestras abuelas prehistóricas, que se enamoraban del hombre peludo, brutal y sin maneras, se han interesado siempre por los hombres célebres, célebres de cualquiera celebridad. Los domadores, los jockeys del hipódromo, los boxeadores, los atletas y los militares, ¡no olvidemos a los militares!, cautivan poderosamente su atención. Por cierto que no puede acontecer de otro modo con el joven actor de cinema, que tan prodigiosamente las enamora desde la pantalla.

En cierta ocasión, me dijo una vez, en tono soñador, una mujer... No era una jovencita, pero tampoco era mujer que hubiera llegado a la madurez. Joven, con una juventud ávida de vivir, su carne, brulida por el sol que el traje descotaba grandemente, provocativamente, recordaba, no sé por qué, las siestas estivales. Su nombre no importa. Llamémosla la señora X., porque esa mujer, en aquel instante. Aquel día, hablábamos de una cuestión muy grave: del cinema. Yo dije:

—Los jóvenes actores americanos, son bellos como las máquinas que crean sus ingenieros, pero son hechos en serie. Ver a uno, es verlos a todos. No busque los detalles, porque perdería el tiempo... Pero son bellos. Es un hecho. Cuando os dicen: "Te amo", deben romperlos el puño.

—Pero los latinos son bastante hermosos y no se parecen entre sí. Sin hablar de El...

—¿El, señora?

—Pero querido, usted dice que mira y comprende el cinema...

(Yo tenía, efectivamente, esa prevención).

—El, es Valentino. El hermoso Rodolfo. Y fuera de Valentino, otros, que dan una impresión viva y curiosa, un no sé qué, que deja en el espíritu un recuerdo.

Mme. X. se detiene un segundo, con el cigarrillo entre los labios, cuyo humo la envuelve en romántica y dorada humareda.

—Yo vi, avancé tímidamente, al irresistible Ramón Novarro, conduciendo su carro en "Ben Hur", y en el amable salvaje de "Amor Pagano".

John Gilbert

Robert Montgomery

Por JEAN MARGUET

Don Alvarado

—Pero señor, quizás cree usted que yo gusto con especialidad de los hombres desnudos...

Yo me excusé como pude: ¡el desnudo viste tan bien en el cinema!

—No, señor, todos nuestros latinos son maravillosos: Ramón Novarro, Antonio Moreno, José Molita o Enrique Riveros. Todos estos nombres sonoros como un banjo, nos producen estremecimientos. Los latinos parecen siempre dispuestos a cantar un romance, y las latinas están siempre dispuestas a oírlo. Sus ojos negros, son cálidos como los besos, pero cuando la seductora se hace coqueta o mala, dan la sensación de que van a herirla, pero aun sus heridas parecen caricias.

—Creo comprender, querida amiga, que usted prefiere a los deportivos americanos, los trovadores latinos.

No se trata de eso, pero Charles Rogers, dice: "Te amo" y todo está hecho, y Enrique Riveros dice: "Te amo..." y reserva una multitud de cosas.

—Creo comprender... Nuestras amigas las mujeres modernas, a pesar de haber cortado sus cabellos y sus trajes, (que ahora se alargan nuevamente gracias a la volubilidad de la moda), a pesar de conducir su "Bugatti", o sencillamente su pequeño "Citroen", aunque se dicen iguales a los hombres en las profesiones y en los negocios, a pesar de hablar fuerte y sonreír de la cantinela escrita por una abuela en un álbum amarillo de los tiempos de Luis Felipe, permanecen mujeres en el corazón, en su alma, en su ser. Se dicen sedientas de cocktails, pero gustarían muchísimo de un jarabe de naranjas tendido por una mano amada.

—Soy fuerte, somos fuertes, queremos conquistar nuestros derechos, afirmar nuestro poder, discutir, votar, ¡pero si votar!

Y de repente, porque un joven primer latino, bello y fino, aparece en la pantalla, los derechos, el poder, el boletín de voto también, se arrugan en su cerebro, y lo aman, quizás sin confesárselo, porque es el eterno amante que no vendrá nunca, y en el que ellas sueñan sin peligro. Son mujeres, y permanecen siéndolo, felizmente para nosotros, pobres hombres... que no somos actores de cinema.

Jean Marguet

OPINIONES

Para un Orfeo, que buscó a su mujer en los infiernos, cuántos viudos, ¡ay!, que no las buscarían ni en el Paraíso — Petit Senn.

* *

Quando se casan dos novios terminan su novela y comienza su historia. — Rochebrune.

Ramón Novarro

LA BUENA ACCION

Nerwood se mordió los labios; lentamente, metódicamente destruyó el diario que acababa de leer y una lluvia blanca se agitó un segundo alrededor del canasto de papeles.

Los periodistas le zaherían, elogiando la inmensa caridad de los Morgan, los Rockefeller los Carnegie, para hacer notar mejor que él, Nerwood, era un avaro sin corazón.

Comprendía la veracidad de los reproches; él no tuvo nunca uno de esos minutos de bondad y de largueza que disculpan las fortunas insolentes.

Cuando niño, robaba a sus compañeros; de muchacho, había hurtado las pocas economías de su madre, y más tarde luchó sin piedad por alcanzar la cumbre vertiginosa de las finanzas. Ahora, su áspere mirada de conductor de hombres y de experto manejador de oro descubría tras cada sonrisa o galantería el odio y la envidia.

Aquel día, sin saber por qué, quizá por culpa de ese abril que echaba su preciosa carga sobre los árboles lejanos, o por el joven sol que dibujaba con luz en su escritorio, aquel día, el odio de los otros le hacía mal.

—¡Vamos!—se dijo—me resigno a convertirme en un hombre mejor. Quiero hacer una buena acción.

Recordó que días antes un viejo cura que pedía limosna para atender espantosas miserias había contestado tristemente a su negativa:

—Tenga usted cuidado, señor, porque un día u otro puede Dios apartarse de su generosidad...

Algo nervioso hizo sonar la campanilla.

—¿Cuántos pedidos ha rechazado usted esta mañana, Curland?

—Ochenta y dos, señor.

—Envíeme el primero que llegue.

—Señor, es un viejo que se dice inventor; viene a proponerle unas nuevas máquinas.

—Hágalo pasar...

El secretario introdujo a un viejo miserable, vestido con una lastimosa levita, y estrechando sobre su pecho una gruesa cartera de cuero verde.

Tuvo al punto a este hombre por uno de esos a los cuales la vida condena de antemano.

El, Nerwood, se había abierto camino a golpe de puño por entre la enmarañada civilización; los rostros se volvieron contra él rencorosos y malvados, pero él los había atropellado sin piedad, cambiando sus gestos en una lastimosa mueca de dolor... Ahora en el magnífico sillón club, de formas redondeadas y blandas, que parecían suaves caricias, el pobre

viejo se preparaba a una ridícula pantomima; saludaba, tosía, respiraba profundamente, se frotaba las manos y temblaba como las hojas en otoño.

El millonario sintió que un cálido effluvio nacía en su pecho, como anticipo de una alegría desconocida.

Tenía ya su buena acción.

Examinó lentamente los papeles que el inventor sacaba de su cartera. Eran proyectos complicados y absurdos sueños de escolar aplicados a la mecánica. La sólida inteligencia de

Nerwood se rebeló frente a tal inepticia. Su buen sentido despertóse terrible; gopeó con furia su puño contra el escritorio y un largo vaso de Bohemia, en donde se pavoneaba una orquídea casi negra, se quebró con una queja cristalina.

Otra queja ronca terrible le respondió.

El viejo temblaba y lloraba, agazapado en un extremo del sillón. De pronto, Nerwood recordó sus propósitos.

—Está bien—murmuró.—Es bueno el trabajo; lo acepto. ¿Vale esto un cheque de cien mil dólares?

— * —

Aún tenía ante sus ojos la imagen del viejo, que no hallaba manera de abandonar el escritorio, haciendo girar la llave de la luz al pretender abrir la puerta, dejando caer la cartera de cuero verde, llorando y riendo a la vez, cuando tras un toc-toc respetuoso, entró un empleado. Traía el cheque que Nerwood acababa de firmar.

— * —

—Señor, este cheque...

Un rayo de cólera brilló en los ojos de Nerwood.

—¿Y qué? Ese cheque estaba firmado por él. ¿Por qué no había sido pagado todavía?

—Disculpe, usted; el señor se ha presentado a la caja, y...

El empleado titubeaba.

—Y bien, ¿cree usted que tengo tiempo para perder?

—Disculpe, disculpe usted, señor;

él tendió el cheque al cajero, temblaba mucho en ese momento, y dos veces seguidas murmuró: "Es la alegría... es la alegría..." y después se cayó...

—¿Y?

—Ha muerto, señor.

JEAN RAY.

LAS QUE SE GANAN LA VIDA

Hubo un tiempo, todavía muy cerca de nosotros, en que el trabajo profesional y retribuido descalificaba a las jóvenes. Las personas bien educadas se distinguían de las otras en que no servían para nada, salvo para tocar malamente una sonata, pintar una menos que mediocre acuarela y hacer cuatro laborcitas insignificantes y del mal gusto. Estas habilidades servían de cebo matrimonial y constituían un título de nobleza femenina, pero... no servían para nada en la vida práctica. Las viudas y las huérfanas tenían sobre ello una dolorosa experiencia; obligadas de golpe a ganarse la vida, se encontraban desorientadas, primero por su inutilidad, luego, por esa intolerancia hacia la mujer que trabajaba para vivir. Sólo en la intimidad del hogar sin vivir y casi sin pan se anima-

ba alguna mujer a trabajar para afuera, conservando a costa de inmensos sacrificios una apariencia de bienestar para que sus amigas no la despreciaran.

Algunas, más animosas, solicitaban un empleo en correos, o se ofrecían como amas de gobierno o institutrices, dolorosa servidumbre, mal pagada y peor tratada.

Felizmente, los tiempos han cambiado. Sólo en círculos de un reducido criterio y de una estrechez de miras despreciables puede considerarse a la mujer que trabaja como a alguna cosa humillante.

Aprenda, ensaye, practique el oficio o profesión que elija para darse cuenta exacta de los obstáculos, las dificultades y hasta los peligros que encontrará en ello. Eduque su voluntad primero, para que pueda adaptarse a las nuevas con-

diciones de su existencia. Es necesario que el trabajo se acomode al nuevo género de vida y viceversa.

La mujer que trabaja debe habituarse a, esto es siempre un poco doloroso en sus comienzos, a que se la considere un empleado como otro cualquiera, sin tener con ella esos miramientos mundanos; debe habituarse, repito, a la censura justa, sin ambages, a la relación simple de trabajo con sus compañeros, lo que más cuesta a la mujer que trabaja; abdicar su femineidad en la lucha por la vida.

Por otra parte, le será preciso conocer sus aptitudes, sus defectos, limitar sus ambiciones y, sobre todo, amar su trabajo y cumplir con serenidad y sin amargura la ruda tarea que le impuso el Destino.

MARCELA TINAGRE.

EL ENCANTO, LA MUJER Y LOS NUEVOS TIEMPOS

Una correspondencia risueña viene a recrear lo sombrío de las crisis de desocupación, de desastres financieros y de nuevas barreras que nos llegan de Norte América; una noticia enteramente rósea, brillante toda ella, a punto de que nos parece en su ligereza como una ventana abierta sobre un salón de baile durante un obscuro día de lluvia; ventana abierta hacia el pasado tal cual nos lo imaginamos, con guardainfantes y pastorcillas, y que nos revela cómo hasta hoy mismo está presente.

La noticia consiste en que el Instituto de Belleza de Nueva York ha abierto una sección de lecciones de encanto.

La correspondencia no dice cuál es el programa de esas lecciones. Pero el hecho de que la mujer norteamericana haya sentido la necesidad de tal escuela, ya es lo bastante importante como para que nos ocupemos de ella.

¿En qué consiste el encanto? ¿Qué es para quien lo experimenta y para quien vuelve a pensar en él? Interrogad a los que os rodean. Por mi parte, ya lo tengo hecho. “El encanto es algo así como una cosa vaga y misteriosa”, me han dicho algunos; “es algo oriental”, me han dicho otros; “es algo como opuesto a nosotros, en contradicción con nosotros, que no nos esperamos”; “es una impresión que crece desde el momento en que se ve a la persona que tiene el encanto hasta alcanzar un ápice que ninguna ha alcanzado”, me han contestado otros.

Todas esas respuestas sólo tienen entre sí una cosa en común; esto es, que el encanto es algo indefinido.

Agregaría que es una impresión que fermenta en quien la recibe y va en aumento, precisamente según la contestación de mi última interrogada, y va más allá de cuanto la realidad querría.

El encanto depende en parte de quien lo provoca y en parte de quien lo experimenta. Es indudable que hay personas que tienen encanto y personas que no lo tienen; pero la verdad es que ninguna persona tiene encanto para el individuo que no está preparado para experimentarlo. Esto es tan cierto que cada edad, cada sexo y cada categoría de personas es encantada por ciertas personas y no por tales obras. No hay la menor duda de que los jovencitos experimentan en el mayor grado el encanto de la mujer; pero no hay tampoco la menor duda de que los habitantes de las ciudades lo sienten más que los habitantes de los campos, y los colegas más que los universitarios. Los campesinos sienten más fácilmente el encanto de los embrollones, y las mujeres el de las celebridades. Los hombres que ya han llegado a serlo, el encanto de los hombres políticos u organizadores.

Refiriéndome puramente al encanto que despierta la mujer y siente el joven, el encanto que me imagino se propone enseñar la nueva escuela, he de decir que él también se divide en diversos géneros.

Hay el encanto que emana de la mujer por su belleza o por su elegancia; y hay el encanto que emana de su coquetería, de los medios groseros y violentos con que la mujer que se propone conquistar a un hombre excita sus sentidos. Estos encantos, que son los más conocidos, son también los menos duraderos y casi diría que los menos seguros, porque el hombre está preparado contra ellos. Hay luego el encanto más mo-

desto: el que emana de la mujer que no es ni muy bella, ni muy sensual, que no quiere conquistar, ni quiere fascinar, sino que se contenta con permanecer sinceramente en éxtasis oyendo y admirando al hombre a quien admira sinceramente, sinceramente dispuesta a hacer del hombre a quien amará un simple eco que le reflejará magnificadas las virtudes que él tiene y las que no tiene también. Es el encanto de la mujer de hace cincuenta años, de la ridiculizada “oie blanche”, vestida con largas faldas llegando en su prolongación de la bata hasta el cuello y con los cabellos trenzados, que llegaba al matrimonio sin haber tratado a hombre alguno y se enamoraba del primer joven que se le presentaba, y le permanecía fiel toda la vida. Esa mujer carece de encanto para la mujer dueña

de su propia libertad; y de ahí que ésta ha procurado resultar distinta de aquélla; pero esa clase de mujer tiene en verdad para el hombre un encanto mayor que la mujer laureada y diplomada; y tan verdad es, que en los buenos tiempos de las “oies blanches” no sólo no fueron nunca abiertas las escuelas de encanto, sino que la religión, las costumbres y la moral le predicaban a la mujer la modestia y el abandono de toda coquetería que pudiera prestarle encanto, lo cual quiere decir que lo despertaba hasta en demasía.

Estamos, en efecto, en presencia de esta paradoja: que en los tiempos en que la mujer era criada severamente de modo que no causara encanto, la sociedad estaba obligada a reprimir el encanto que la mujer provocaba, mientras que hoy, en cambio, criada como es de modo que ejercite todas sus armas en la intención de fascinar, encanta tan poco que se hace necesario abrir escuelas para que encuentre nuevos modos de imponerse. La contradicción se conoce por dos razones diferentes que dependen, una, de la educación femenina; y otra, de la educación masculina. He dicho que para que el encanto se produzca se

requieren dos condiciones, esto es, que una persona lo inspire y que otra persona lo sienta. La preparación para sentir el encanto es tan importante como la de inspirarlo; y ya se ha visto que las diversas categorías de personas son sensibles a diferentes encantos. Ahora bien; en la necesidad en que se encuentra la mujer norteamericana de abrir escuelas de encanto, ¿no estará también de por medio de la no preparación masculina? Y esta falta de preparación, ¿no es hija de la conquista hecha por la mujer actual para poder, desde su nacimiento, mezclarse con los hombres, y del hecho de que se ha dado a la mujer plena libertad de acción, y de que se la ha puesto a estudiar las mismas cosas que el hombre, y de que se la ha inducido a obrar del mismo modo que el hombre?

El misterio entra por mucho en el encanto; y los antiguos habían alcanzado ese misterio separando a la mujer del hombre hasta el momento del matrimonio; porque en el encanto entra por mucho la oposición de tendencias y de actitudes, y esto se había obtenido fácilmente intensificando los ya diversos caracteres de la mujer con una educación distinta.

Con la separación del hombre en que vivía la mujer de otros tiempos y con la distinta educación, se había puesto a la mujer, y sobre todo a la jovencita, en una posición un

(Continúa en la pág. 14)



Tres de las nuevas artistas francesas que más actúan en películas norteamericanas. — De izquierda a derecha: Yola D'Avril, Fifi D'Orsay y Sandra Ravel.

UNA ESMERALDA

El pueblo estaba loco con la idea de tener árboles de Navidad al aire libre y en todas las calles se notaba ambiente de fiesta.

Rafael Hernández, encantado, miraba a un lado y a otro del auto hasta que se detuvo frente a una puerta. «Esta debe de ser la casa» — pensó. Había una plancha que decía: «Doctor Fenn».

La puerta se abrió y pareció una niña de cabellos dorados como aureola.

—¿Está el doctor Fenn?

—No; no está, — contestó la niña —. Lo espero a cada momento, me dijo que llegaría antes de las siete.

—¿Es Ud. la señorita Fenn?

—Sí; yo soy.

—Señorita Fenn, tengo un mensaje para Ud., es decir, para Ud. o para su hermano.

—¿Para mí?

No podía imaginarse quién podía enviarle un mensaje a ella. El día de Navidad... y el pavo en el horno... y ese extranjero... tan elegante y simpático...

—Señorita Fenn, — dijo él — ¿cuánto tiempo hace que Ud. no ha sabido de su padre?

¡Su padre!... Su corazón dió un salto.

—Nunca hemos sabido de él, por más de veinte años. Suponíamos que había muerto.

—Siento mucho ser portador de malas noticias en un día de fiesta: Su padre murió; pero solamente la semana pasada, murió en mis brazos.

Se detuvo al verla llorar.

—Perdóneme, soy un tonto, la he apenado...

Elsie movió la cabeza, tenía vergüenza de llorar; pero no podía retener las lágrimas.

—No; no — dijo —. Ud. es muy amable, nunca conocí a mi padre, no tenía dos años cuando él se fué. Pero es muy triste pensar que se haya muerto así, tan lejos de los que lo querían.

Toda la juventud de Elsie pasó amargada por la desgracia de su padre. Trabajaba en un banco, era uno de los jefes, y, un buen día, sin despedirse siquiera, se fué lejos. La madre tomó las cosas por su lado peor y sólo inculcó a sus hijos, ella y su hermano Federico, que su padre quedó debiendo gruesas sumas de dinero y que había que pagar. Después de la muerte de la madre, Elsie, con su trabajo en una oficina y Federico con el suyo de médico, pudieron pagar algo, pero...

Ahora Elsie, secándose los ojos, continuó:

—Quisiera que Ud. me contara todo lo que sabe sobre mi padre.

El visitante se sentó:

—Para eso he hecho este viaje. Me llamo Hernández, Rafael Hernández. Ud. debe haber oído hablar de las minas de los Hernández. ¿No?... Mi familia posee minas de esmeraldas en Colombia y su padre llegó allá un día pidiendo trabajo en tiempo de mi padre, quien le dió al suyo la superintendencia de una de las minas. Cuando yo era niño me gustaba ir a practicar el inglés con él; era muy amable. La semana pasada, antes de embarcarme para Nueva York, visité todos los trabajos y cuando ya me subía al auto para llegar a Cartagena y tomar el vapor, un obrero corrió a decirme que el viejo Fenning (ese era el nombre que él usaba), estaba enfermo, muriéndose y deseaba ver al patrón, es decir a mí, antes de morir. Bajé del auto, estaba atrasado... así que mandé recado para que el vapor me esperara.

Elsie lo miró extrañada, jamás había conocido a una persona, para quien los vapores hicieran una espera.

—¿Qué el vapor lo esperaba?

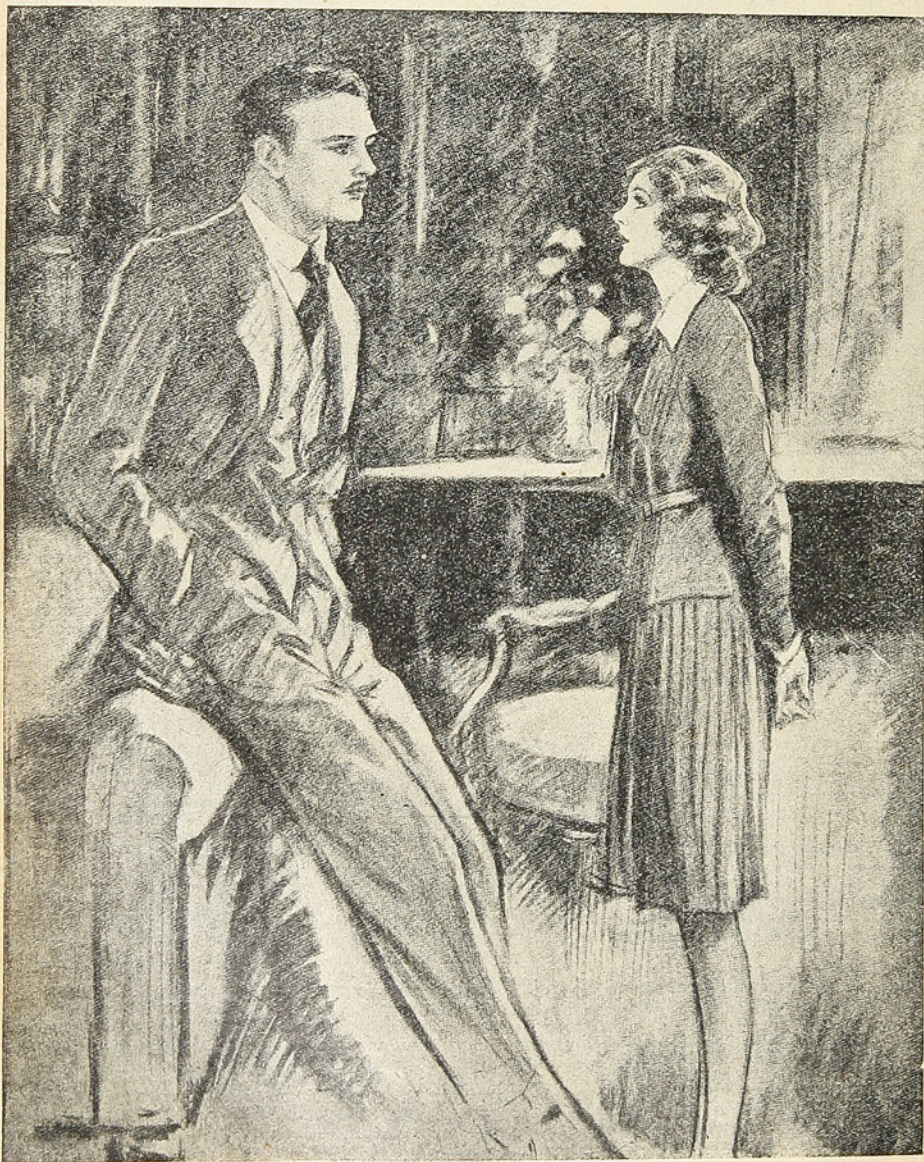
—¡Ah!, unas cinco o seis horas. ¿Y?... ¿Qué le decía? ¡Ah!... Fui donde su padre, al momento noté que no viviría mucho más...

—¿Sabía Ud. su historia?

—Me la contó entonces, señorita Fenn, nosotros comprendemos perfectamente esas cosas. Cuando un hombre deja su país y se va a trabajar a las minas, eso siempre encierra una historia que no hay que preguntar. Fenning me dió que no había recibido ni una sola carta en veinte años.

—¡Oh, papá!... — dijo Elsie, llorando de nuevo.

—Pero no era enteramente desgraciado, siguió el joven; era querido y respetado por todos. Es una parte





tan linda esa de las minas, rodeada de tanta paz y en medio de las montañas. Me dió esto para usted. Lo he traído en mi bolsillo toda la semana y lo miraba todos los días. Señorita Fenn, la felicito; era usted una criatura preciosa.

Y él dió una fotografía chiquita y descolorida de una guagua de ojos azules con cabellos de oro, sentada en una sillita de terciopelo granate.

— ¡Eso!... — dijo ella, — creo que es un retrato mío.

— Por cierto, exactamente lo que es hoy día.

— ¿Y fué todo esto lo que dejó?

— Un paquete de cartas viejas que me pidió quemar y un recado para su hermano, referentes a sus deudas. ¿Parece que dejó aquí algunas deudas, señorita?

— ¡Una fotografía de ella, un paquete de cartas y sus deudas!... ¡Eso!...

— ¡Pobre padre mío — exclamó, — si supiera él que sus deudas se van a pagar. Yo he encontrado cómo pagarlas todas...

— ¿Es una gruesa suma?

— Sí; pero se pagarán todas.

— ¿Quién las pagará?

— ¡Yo!

Y levantó su cabeza para mirar al joven.

— Espero que no sea de alguna manera desagradable para usted.

Hubo una pausa.

— No creo — contestó Elsie, — que exista el modo de pagar 50.000 dólares agradablemente.

Y se quedó mirando lejos, porque vió y comprendió que la única solución era esa: casarse con el señor Minnersley, un viejo a quien ella no amaba; pero... junto con ese pensamiento se acordó del pavo que tenía en el horno... Su pavo, el valor de varios sueldos semanales.

— Oh, mi precioso pavo!... — exclamó.

No era esto lo que el joven esperaba, y como mirara extrañado, Elsie se apresuró a seguir:

— Espero que usted se quede a comer con nosotros. Mi hermano sentiría mucho no verlo. Yo estaba asando un pavo cuando usted llegó; un pavo con salsa de castañas, ¿no le gustaría?

El agradeció y aceptó.

— Entonces, ¿quiere quedarse aquí o venir a la cocina y ayudarme?...

— Iré con usted, si me lo permite.

Se habían hecho buenos amigos, cuando Elsie vió que la hora avanzaba y que ella tenía que cambiarse vestido y arreglarse para la comida; pero al salir de la cocina, Rafael la detuvo:

— Señorita Fenn, permítame que le hable. Puede parecerle una impertinencia; pero... quisiera impedir que se cometa un suicidio... Estoy seguro que usted para poder pagar las cuentas de su padre, va a darse a un hombre...

— ¿Darme?... — exclamó Elsie, — voy a casarme con un hombre bondadoso y honorable que...

— Que usted no ama.

— A quien yo respeto.

— ¿Cuántos años tiene ese hombre respetable?

Silencio.

— ¿Cuarenta?

Silencio.

— ¿Cincuenta?

— Cincuenta y dos.

— ¡En el nombre de Dios!... Oigame. Para muchas mujeres eso será posible, para Ud., no.

— ¿Por qué me habla así?... Me caso con él y seremos felices.

— Pero usted no puede dar lo que no tiene; no podrá ser feliz con un hombre a quien no ame. Ud. cree que si porque no sabe nada de amor. Es Ud. una niña muy inocente; seguramente ningún hombre la ha besado.

Elsie se quedó perpleja.

— No me hable así — repitió. — Ud. no tiene idea cómo he sufrido toda mi vida con la idea de esas deudas; hemos tratado mi hermano y yo de pagar... pero ¿qué podíamos los dos?... Ahora se pagará todo, eso es lo que importa.

— Eso es lo que menos importa, contestó Rafael. — Ud. es la que importa... Su juventud, su belleza y su inocencia.

En ese momento llegó Federico, desde afuera habló:

— Elsie, aquí estoy, traje a un amigo.

— Federico, — dijo ella emocionada, — este es el señor Hernández, que ha venido desde Nueva York para darnos noticias de nuestro padre. Buenas tardes, Ambrosio.

Y sin agregar más, corrió escaleras arriba, cerró la puerta de su pieza y se miró al espejo... Así que eso era... eso era... la cosa que hace todo distinto, que todo lo transforma... por la cual los hombres cometen crímenes y las mujeres rompen los lazos del matrimonio, eso que no se comprende por qué otros lo hacen, hasta que... hasta que...

Cuando bajó para la comida, ya su hermano sabía todo lo de su padre, y si ella hubiera tenido más experiencia habría notado inmediatamente la antipatía que había nacido entre Hernández y Minnersley.

Durante la comida, Elsie, callada, recordaba que hacía una semana atrás ella había ido donde Minnersley a consultarlo sobre el modo mejor de saldar las deudas de su padre, él no le encontró acomodo alguno, salvo una solución: que Elsie se casara con él.

Mientras se partía el pavo, Minnersley dijo:

— Entiendo que Fenn murió preocupado por sus deudas; pero esas deudas se pagarán todas, hasta el último centavo. Y sonrió, mirando a Elsie.

— Por supuesto que se pagarán, estoy seguro, — contestó Hernández.

Minnersley lo miró extrañado:

— No veo por qué Ud. está tan seguro de eso.

— ¿Quién puede suponer, conociendo al doctor Fenn y

(Continúa en la pág. 64)

Carnet del Por ALEX



Nada más desolador para extender el versículo de la Comedia Divina que el espectáculo de los escenarios suntuosos en su decadencia. Todo un sector

te, y una señorita rusa con botas y sweater pálido, la lenta edificación de un prestigio que les cuesta, que inventan, que los acosa. Son muy pequeñas las estaciones de verano hoy ilustradas por nobles presencias del modo más exclusivo: Juanles-Pins y Antibes, dos de los más recientes. Verdaderas poblaciones marinas, donde la rusticidad de las casas de pescadores se ha visto substituida por edificios bien modernos, claros, reducidos, de un tono naranja obscuro. La Potinière, casa de té, destaca sus muros nuevos, sus grandes ventanales que dejan ver una reunión elegante en torno a los más vivos manteles. Las calles de Juanles-Pins, abiertas por un lado al Mediterráneo azul y por otro a la ruta que va a los Alpes Marítimos hasta Peyra Cava, hasta las nieves y los fuertes sports que preceden a Chamounix, sólo soportan por las tardes el paso de unos núcleos alegres — jóvenes y damas bronceados por un sol que les pertenece como una alteza a su corte—vestidos con más colores que ropa, abrigado el cuello con gruesas bufandas y medio cuerpo impasible, a la intemperie. Todos saben que cerca, en el mar, aquel bañista de cabeza blanca sólo puede ser Mr. Bernard Shaw o la princesa de Czarlilacán; la cabeza negra de M. Paul Morand, casado con una rica dignidad extranjera, o la señorita Sindais, que abandonó a su pretendiente en la estación Strand del subway londinense después de haberle hecho gastar cuatro mil libras en pastillas de menta lujosamente envasadas. ¿Cómo permitir escándalos de menor precio frente a un mar de ese color, al lado de los bosques que comunican con Tolón los cabos más bellos de Francia?

PRIMAVERA

Vuelve con los primeros calores el breve régimen de trabajo forzado para los sastres, y que se renueva cuatro veces al año. Ya existe un tipo de traje liviano que el hombre elegante no olvida en esta nueva visita al cortador; el traje de franela gris o azul, liso o con ligeras rayas perpendiculares blancas, y el smoking cruzado que no requiere chaleco. Vuelve, sin embargo, a usarse en los centros más aristocráticos de Londres el chaleco blanco para smoking, con ángulo de abertura alto, casi exactamente igual en sus proporciones y forma al chaleco cruzado del traje de calle.

Es una vieja norma británica que el hombre elegante no introduce grandes cambios con cada estación en su guardarropa, sino que se limita a añadir ligeras prendas que van renovándolo sin mayores señales. Es así que, tan dueño como debe ser del conocimiento de lo que personalmente le sienta, cuando adquiere un nuevo traje éste entra tan justamente a integrar todo un estilo indivi-



be sólo la visita de esos especímenes de una vieja burguesía europea, señoras inglesas con anacrónicos pájaros en el sombrero y sombrillas de encaje blanco, baronesas rusas que ya no se acuerdan de su pasado y cantan romanzas en las tertulias de hotel barato, todas señoras, en fin, que recorren las mesas ante las treinta y seis oportunidades de cambiar el frente a la ruina, de aprovisionar baúles y saldar deudas. Estas damas, características hoy de Montecarlo, discuten con la banca, amenazan a los "croupiers", escamotean las fichas del vecino indolente, salen, por fin, de las salas arrastrando un silencio agrio, las sombrillas pesadas...

Al lado de esa decadencia de los grandes escenarios, pequeñas islas de reposo cobran en Europa las más notables bogas. No hablemos ya de Cannes, que conserva su encanto austero para los políticos opulentos, los financistas poseídos de neurastenia, las señoritas que quieren vencer en los links a los secretarios de gabinete, dificultados siempre por neuralgias y reumatismos indecibles; olvidemos el desierto todavía aristocrático de las Galerías Fleuries, donde los grandes conocedores de la mejor música descansan, por fin, ante mediocres bandas; donde los grandes economistas, los hombres de Estado extraordinarios abandonan ante una taza de chocola-

Hombre elegante VAN EYCK

dual, que nunca puede llamar la atención como una cosa ostensiblemente nueva. Este era el secreto de Rummel y es hoy el secreto de todos los ingleses.

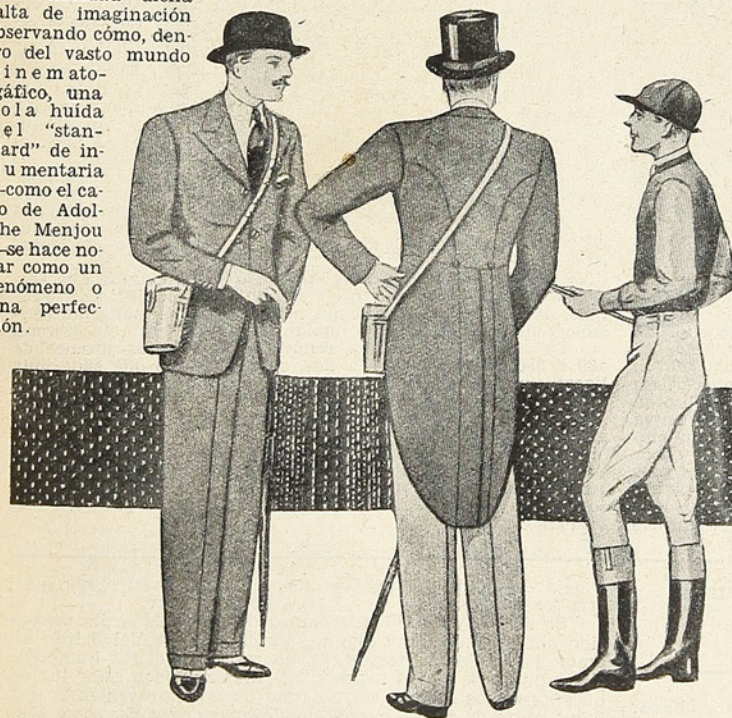
La unidad del criterio personal en materia de elección de nuevas prendas, a través de las modas variantes, constituye la piedra de toque de una verdadera elegancia.

Hace poco, en una carta de Londres firmada por una autoridad en materia de elegancia masculina, se consignaba una lista típica de lo que debe constituir un perfecto equipo de viaje para el hombre bien vestido:

Sombreros: dos de fieltro liviano en gris o marrón. Pañuelos: de color y blancos. Cuellos y camisas de color, lisas y rayadas con cuello pegado; blancas de igual tipo, y de etiqueta. Pijamas: de madras o foulard. Zapatos: marrones, con suela de goma y de cuero; blancos con aplicaciones color marrón para usar con pantalones de franela blanca; negros, ligeros, para la noche. Alhajas: botones para pechera y puños, alfiler para el cuello, reloj de bolsillo o pulsera, cadenas para el reloj y las llaves. Miscelánea: medias de fantasía; cinturones, ligas y artículos de toilette; trapos y cepillos para lustrar zapatos; sweaters, etc.

Hemos transcritto esta lista, más que todo para caracterizar la falta de imaginación de los aspirantes norteamericanos a la elegancia masculina, ya que para ellos fué publicada en una revista de Nueva York.

Por lo demás, en los Estados Unidos se advierte con claridad dicha falta de imaginación observando cómo, dentro del vasto mundo cinematográfico, una sola huida del "standard" de indumentaria —como el caso de Adolphe Menjou— se hace notar como un fenómeno o una perfección.



EVENING DRESS

En tesis general, la ropa de etiqueta ha sufrido en los últimos tiempos escasas modificaciones. Apenas si el chaleco blanco de smoking se alterna ahora en Londres con el blanco habitual, y se introducen nuevas líneas en la solapa del frac y en su chaleco. La camisa de etiqueta puede verse en los escaparates de Burlington Arcade y St. James Street obedeciendo a una nueva modalidad: la pechera se abre sólo falsamente y en realidad está seccionada la parte posterior de la camisa. El chaleco blanco se usa también con smoking, con el ángulo de abertura alto, aproximándose al chaleco cruzado común.

"LESANCY"

\$ 2.00
\$ 3.00
\$ 4.00

JABON Y JABON-CREMA DE AFEITAR... SON LAS UNICAS
CREACIONES PARA AFEITAR
CIENTIFICAMENTE PREPARADAS.

MEDICINA Y BELLEZA

¿QUIERE USTED ENGORDAR?

La moda que pertenece a las mujeres delgadas, (delgadas por cortesía, porque la verdadera palabra es: flacas) está en camino de evolucionar de táctica y con los trajes largos y las formas acusadas, las redondeces, empiezan a atraer los costureros. Naturalmente, la medicina sale al paso de la moda. Desde hace algunos años no se habla sino de regímenes, de enflaquecimientos y de extractos más o menos tiroideos, pero ahora los grandes apóstoles de la estética, dicen su misa volviendo el altar, y ya sus oraciones no se refieren sino a curas para engordar y drogas que hacen engordar. Así es como el grano de fenugrec que había caído en el olvido, vuelve a la superficie.

¿Pero, ustedes saben lo que es el fenugrec? No, ¿no es cierto? Y como quisiérais, sin duda, saberlo, aquí estoy yo para deciroslo. El fenugrec es una planta exótica, de clima cálido, que se encuentra sobre todo en Arabia. Por otra parte, son los rabes quienes han descubierto sus propiedades nutritivas, lo que no tiene nada de extraño, porque se sabe, que alrededor de la Meca, de la Medina, de Moka, de Aden y de Maskate, las mujeres parecen más bonitas, mientras más gordas son. El fenugrec hace engordar, o al menos, impide enflaquecer. Su grano, porque no se emplea sino el grano, contiene fósforo en gran cantidad, substancias, cuyos efectos son notables contra todos los procesos de desnutrición. Es necesario ser, sin embargo, bastante valiente para ingerir un remedio cuyo sabor y olor están muy lejos de ser deliciosos. Estos son defectos capaces de poner en peligro el porvenir del fenugrec. Felizmente el hombre es ingenioso, y astutos farmacéuticos han llegado a extraer los principios del fenugrec y a presentarlo



bajo una forma muy agradable, aún para los más delicados paladares. ¿Y aún no creéis en el fenugrec?

Paciencia. Déjenme ustedes citarles una de las numerosas experiencias cuyos resultados prueban la acción del fenugrec sobre los tejidos. El que sigue ha sido realizado por el señor Traverser jefe de laboratorio del Hospital San Luis, y antiguo alumno del Instituto Pasteur. ¡Ved qué cosa más seria! Conejos adultos han sido sometidos a un régimen normal adicionado por supuesto con una cantidad de extracto de fenugrec correspondiente a un grano de 50 de extracto fluido por kilo y por día, y esto, durante 10 días seguidos.

Los animales han sido pesados cada dos días, du-

rante veinte días, diez días después de la cesación del tratamiento.

El peso de partida variaba entre 320 y 380 gramos. Los animales tratados alcanzaban en el veintavo día 390 a 420 gramos, mientras que los animales no tratados, permanecían sensiblemente estacionarios o habían disminuido 10 a 15 gramos.

La misma experiencia renovada en conejos jóvenes de 180 a 250 gramos, muestra una curva de peso que sube muy ligero en los animales tratados, mientras que en los otros el desarrollo es lento.

Yo habría querido, queridas lectoras, no dar a conocer esta panacea a vuestra coquetería.

Por mi parte, tengo que agradecer al fenugrec de que la moda nos recuerde los servicios que el puede proporcionarnos. En el botiquín del médico tiene que haber para todos los gustos, para las que quieren enflaquecer y para las que desean engordar.

EL ENCANTO, LA MUJER Y LOS NUEVOS TIEMPOS

(Continuación)

tanto dolorosa e incómoda; pero se había llegado a obligar al hombre a conceder a la mujer ese fervor moral e intelectual, en deseo de toda mujer, que era la mejor preparación para sentir el encanto, y así se había llegado a poner a la mujer en la mejor condición para que lo tuviese.

Ahora puede la joven trabar amistad con cuantos jóvenes quiera; puede elegir los aspirantes que quiera; pero por el mismo hecho de que puede buscarlos, deja de ser la "buscada", la "aspirada"; deja de suscitar esa ansia que suscitaba otrora

y deja de obligar al hombre que la ame como la mujer quería ser amada.

Se dice hoy que la mezcla de los sexos se ha producido sin inconveniente alguno, porque, en vez del delirio de amor que se tenía despertase, ha resultado cierta indiferencia, a punto de que el hombre y la mujer pueden estar juntos durante meses enteros sin ninguno de los inconvenientes que había antes de ahora, cuando los jóvenes de los dos sexos sólo se veían de lejos. Y eso ha podido parecer una ganancia; pero el hecho de que la mujer norteamericana — que era la que más contenta se mostraba de tal ganancia — haya sentido la necesidad de frecuentar escuelas de encanto, está ahí para demostrar que esa ganancia en realidad ha sido una pérdida.

GINA LOMBROSO.

LA ELEGANCIA FEMENINA

Este año hay una variedad tan grande en líneas de escote que tanto para las delgadas como para las figuras más difíciles se encuentra el escote que requiere su tipo.

Para la noche son generalmente grandes, ovalados o en punta, pero siempre más pronunciados en la espalda que por delante.

Una idea nueva es la línea “Victoria” que consiste en ensanchar el escote a los hombros, dejando éstos y parte de los brazos al descubierto, con un volado en encaje o en la misma tela del traje, bordeando el “décolletage”. Este estilo es encantador para aquellas de hombros bien formados. Uno de los más entusiastas de esta línea es Lanvin, quien los borda con una ligera “drape” lo mismo que Worth y Redfern.

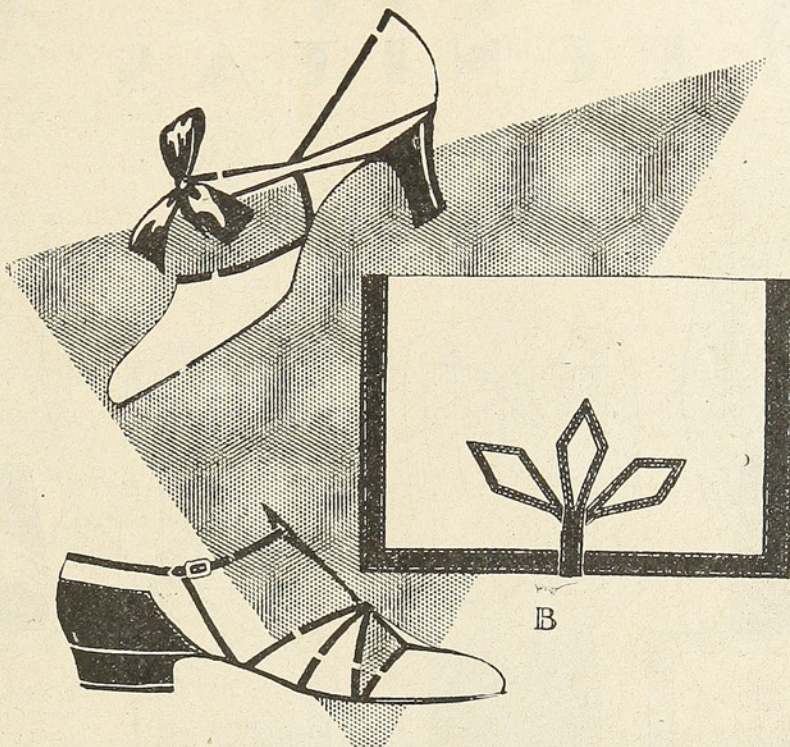
Los escotes para la noche son variados. He visto escotes que consisten en franjas, colocadas como enrejados. A veces estos escotes se ribetean con volados. Maggy Rouff ha ideado dos franjas de terciopelo que salen de un escote bajo en la espalda y que terminan como dos “panneaux” largos y angostos.

En los de Chez Régný, estos terminan a menudo como hombros.

El cuerpo en los trajes de Jenny, sube mucho adelante, generalmente en drapés al estilo griego. Algunos en Patou también tienen este mismo drapé griego, cayendo muy bajo por la espalda.

Para aquellas que posean un busto pronunciado, no es de aconsejar este estilo que les restará esbeltez a la figura.

Algunas casas tienen escotes cuadrados por delante



A: Zapato de Hellstern, en panamá blanco con cuero verde vivo.— B: Sandalias de Costa, con cartera “assorties”, en panamá beige con cuero rojo.

que terminan en punta y generalmente con flores en el hombro. Es también una idea bonita ribetear el escote o parte de él con flores.

Para los trajes de día, los escotes tienen líneas muy acertadas. Siguen siendo muy elegantes los cuellos blancos en lingerie, los cuellos “eton” y los cuellos estola.

Jenny tiene un cuello en organdie en forma de V que al llegar al hombro izquierdo termina con un moño.

Los cuellos de Martial et Armand son en crêpe de Chine a rayas.

Los de Premete son voladitos en encaje.

Jane Régný los prefiere en piqué blanco.

Lucile Paray usa terciopelo que arroja en forma de cordel alrededor del escote de un traje de lana.

Chez Drecoll-Beer, los trajes en encaje tienen canesús en terciopelo.

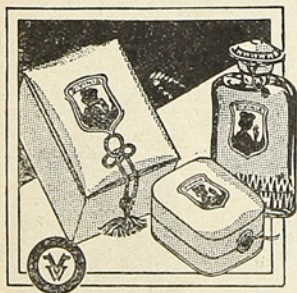
Premet exhibe un escote cuadrado con ribetes en armiño, de un efecto precioso.

Jenny tiene un terciopelo que caen ligeramente. Para aquellas que ya han pasado la primera juventud son los escotes de Lanvin en forma de V con una franja lisa, plateada, colocada al lado izquierdo.

Muchos son los modelos de escotes con efectos de echarpes. Maggy Rouff exhibe estos echarpes en dos tonos.

En los de Chez Régný, estos terminan a menudo como largas estolas.

Jenny exhibe pequeñas écharpes en dos tonos que se cruzan adelante.



Bouquet
DIVINIA

El perfume que no cansa

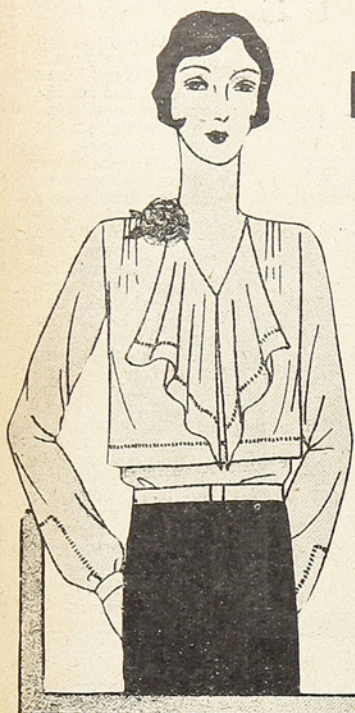
Extracto / Jabón de Tocador

Loción / Polvos / Brillantina

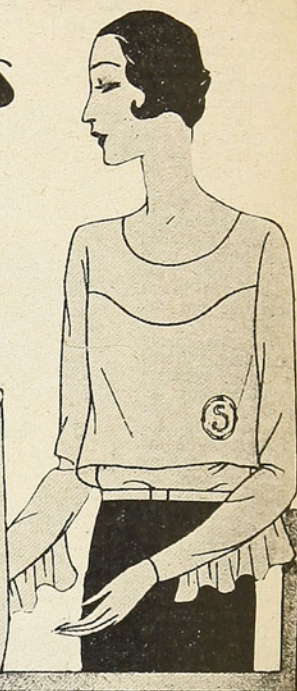
F. WOLFF & SOHN / KARLSRUHE
ALEMANIA



LAS BONITAS



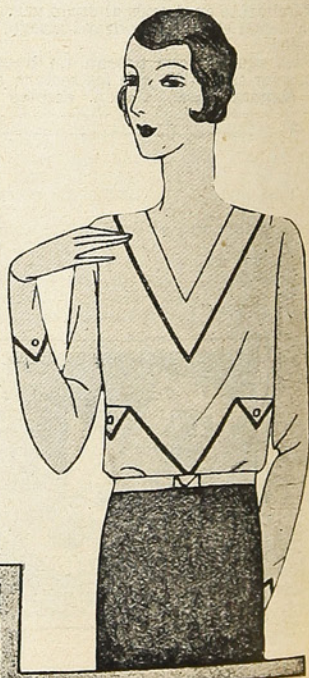
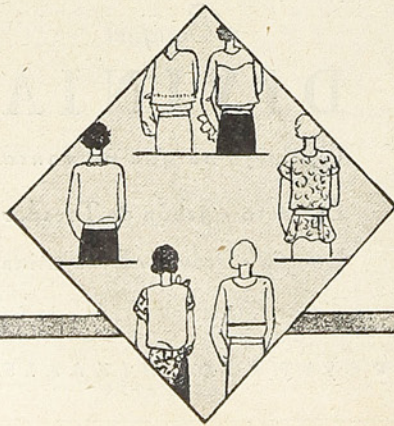
Las chorreras amplias convienen a las mujeres delgadas: las que adornan la blusa dibujada encima de estas líneas están cortadas al bias. La blusa de abajo está hecha con pañuelos estampados, uno de los cuales forma faldón y el otro el pechero y las mangas; el resto de la blusa se hará con seda lisa.



El cuerpo de esta blusa está recubierto por una sección recta que forma bolero; las mangas muy estrechas llevan un volante fruncido que va desde el codo al puño. Debajo linda blusa adornada con trencillas de tono contrastante, que marcan el escote, las bocamangas y los bolsillos.

BLUSAS

La blusa dibujada sobre estas líneas a la izquierda lleva un canesú que forma pechero y unos plieguecillos a los lados para darle un poco de amplitud; un encaje o puntilla de ganchito ribetea el cuello y los puños. Se hará con crespón brocado o con una muselina estampada la blusa casaca reproducida a la derecha de la anterior.



(Continuación de la página 4).

LOS AMORES DE UNA REINA

—¿Teméis por mí?, le preguntó.
—Porque de todos los seres vivientes, este Normando es el más formidable. No debías haberlo ofendido nunca, nunca.
—¿Debí haberme sometido, entonces?
—No, mi Princesa, ¿podría vuestro amante deciros semejante horror? Una mujer tiene cien maneras de escapar. Mucho temo por vos. El Mamzer de la Normandía nunca olvida un insulto. Sólo Dios y Vuestra Señora pueden hacerle frente.
—¿Entonces el Mamzer de la Normandía es un más grande hombre que vuestro Harold?, preguntó la Princesa Matilde, pensativamente.
—No podría decir eso, respondió el inglés, pero diría yo a Harold, mantened la ancha mar entre vosotros, sea la mantendría entre Harold y mi persona, si hubiera yo ofendido a mi señor.
La Princesa envolvió uno de sus dedos con los cabellos del inglés, en donde brillaron como un anillo de oro, mirándole con su más dulce sonrisa.
—Ya comprendo, le dijo. Eres fuerte, pero más lo es Harold, y más aún Guillermo de Normandía. Harold debe usar el mar como escudo. Bien, es mejor que conozca ya la verdad. Pero decidme una cosa, ¿habéis amado alguna vez a una inglesa? Decidme la verdad. Sé que ahora me amáis.
Rióse y encendióse como un niño, negando a medias y confesando a medias.
—Pues bien, sí, mi Princesa, díjole al fin, presionado por ésta más y más. Los jóvenes son siempre jóvenes. Lo confieso. Pero la he olvidado por completo.
—¿Y cómo es ella?
El viejo amor revivió en sus ojos, al responder medio soñando:
—Es una niña de sangre danesa. Swanhild es su nombre. Blanca como dientes de ballena. Ojos azules como un mar de verano. Cabellos de bronce como suelen encontrar los enanos en la Dovrefeld. Más dulce que el azúcar, orgullosa con todos, menos conmigo.

Interrumpióle la Princesa, suavemente.
—¿Olvida un hombre jamás a su primer amor?
—Nunca, nunca, respondió el inglés, como en un sueño, besando su mano suavemente. Pero sabía ella que sus labios acariciaban una mano distante, muy lejos. Retiró la suya, diciéndole una vez más, suavemente:
—¿Y seré yo olvidada?
De nuevo, respondió:
—Nunca, nunca!, tratando de tomar, de una vez más, la mano retirada, pero levantóse Matilde.
—Entonces os comprometéis conmigo en la vida y en la muerte? ¿Nunca tomaréis a otra mujer en esos brazos? ¿No contraeréis jamás matrimonio? ¿Juráis ser uno para siempre? ¿No perdono a un falso corazón, no!
Respondió él, con decisión:
—Para siempre. ¿Quién puede olvidar a una Princesa que se inclina ante su esclavo? Seré vuestro, mientras mi corazón lata y mi sangre circule. Para siempre y más allá de la vida.
—La sangre puede correr en más de una forma, respondió Matilde. Bien, no me olvidéis por Swanhild. No podría perdonaros. Tengo mis garras. Os prevengo. No olvidéis que soy una mujer.
—Dulces manos, díjole besándolas con pasión.
Pasaron juntos a la sala, en donde la Abadesa les aguardaba, mirando ésta con interés a Matilde, en acecho de alguna buena palabra respecto de Harold, el inglés. Pero nada hubo, salvo una sonrisa como la del santo, que después de haber sido un pecador, recuerda siempre los diversos aspectos de su vida.
Así, luego volvió la Princesa al castillo, en donde su padre la esperaba, contento al imponerse de su piadosa visita al convento.
Regresó poco después el mensajero enviado ante Guillermo, el Duque Normando, siendo introducido al aposento, en donde la Princesa descansaba sobre un sillón tapizado en brocado bizantino, rojo y oro.
—¿El mensaje?, preguntó Matilde.
—Ninguno, mi Princesa. Marché a Rouen, una gran ciudad en donde el Normando reside con su Corte, recibíéndome en un castillo inexpugnable.
—¿Qué aspecto tiene?

(Continúa en la pág. 19)

NOVO

Soir de Paris
Evening in Paris
BOURJOIS
PARIS - FRANCE

Soir de Paris
EVENING IN PARIS

BOURJOIS

CREATEUR DE MON PARFUM

CENDRE DES ROSES
Para Todos—3

— ROUGE MANDARINE

— VALPARAISO, CALLE O'HIGGINS, 1280

TURISMO FEMENINO

Mantengamos el entrenamiento que adquiramos en verano

Cuando hayamos regresado de nuestro verano, alertas, ágiles con hermosos colores, olvidadas casi del rouge y del fard y pensemos con pena en los meses de reclusión en un departamento, y en el renuevo de la complicada vida de la ciudad, donde pronto sentiremos disminuir nuestro apetito, los nervios de punta, pálida la tez, con subidos gastos de farmacéutico, médico e instituto de belleza, lamentaremos las cuentas de los hoteleros, por subidas que éstas hayan sido.

Sin embargo, es posible, con poco sacrificio, conservar en la ciudad una gran parte del buen estado de salud adquirido durante las vacaciones, si logramos aquí como allá, un poco más de aire, más de sueño y más movimiento.

Hoy voy a indicaros algunos medios, muy sencillos de conservar el entrenamiento del verano hasta el momento en que podamos partir de nuevo.

Estos consejos son naturalmente para las mujeres sanas. Para las que adolecen de algún mal, hace falta que consulten al médico, quien dosificará los ejercicios, por anodinos que sean.

La primera y la peor causa de debili-

dad en la ciudad, es la falta de aire. Nosotros lanzáramos legítimos gritos de horror si se nos ofreciera un vaso de agua en la cual alguien hubiera ya mojado sus mucosas, y sin embargo, soporamos sin estremecernos, el respirar en todos los locales cerrados y poblados, grandes almacenes, teatros, dancing, un aire que ha pasado y repasado numerosas veces en las vías respiratorias y bañado la piel de nuestros vecinos, donde uno es tuberculoso, el otro tifooso, el otro... No sigo, por no producirnos náuseas, sino solamente el deseo de salir a respirar afuera. Pensad que la vida de las grandes ciudades es tan desbordante, que si no tenemos cuidado, pasamos semanas sin respirar sino este aire confinado, porque de un departamento, pasamos a un tranvía, a un estrecho automóvil, y de allí a uno de los lugares de trabajo o de placer donde se almacenan todas las variedades de aire tóxico. Si no queremos en poco tiempo, perder todo el beneficio de las vacaciones, es indispensable pensar en respirar cada día y lo más a menudo posible, al menos el aire de los jardines públicos y una vez por semana el aire del campo durante un día y ello directamente y no en un vehículo, por bello que este sea.

Otra causa de debilitamiento, es la

falta de movimiento. Las de entre nosotros que tiene un perro, saben que si la pobre bestia no se pasea y sólo corre en el departamento, engordará, se le pondrá el pelo feo y por último enfermará. Sed buenas para con los animales, y sed buenas siquiera para con el animal que es vuestro cuerpo, animal tan precioso como irremplazable.

Me falta el espacio para desflorar siquiera un asunto tan vasto como la cultura física femenina. Me bastará pues con indicaros algunos ejercicios, muy útiles para aquellos que no disponen sino de muy poco tiempo para cuidar "su bestia".

No empleéis el tranvía ni el auto, sino cuando literalmente vayáis muy urgidos para llegar a buena hora caminando. Caminad ligero, calzadas con zapatos de tacos no desmesurados, que pueden ser también muy elegantes. Dejad los ascensores a las gentes de edad y a los enfermos y subid las escaleras de dos en dos, y en el invierno, no sólo seréis dueñas de unas piernas muy lindas, sino que ignoraréis las vrices hasta edad muy avanzada y también esos feos tobillos gordos, propios de las piernas que no se mueven.

A la marcha, agregad unos pocos ejercicios en el cuarto si no podéis ir regularmente a una palestra.

Al despertar, tendid flojamente la mano sobre la alfombra y coger una pesa de un kilo que habréis dejado allí la vispera. Con el brazo extendido en toda su longitud, levantad la pesa verticalmente unas diez veces de cada uno de los brazos. Así vuestro pecho conservará su tonicidad, aumentará de volumen y como los brazos la base natural de glándulas preciosas, haréis, ya que los encajes están tan caros, muchas economías en vuestros sostenidos.

Sin levantaros, tirad vuestras cubiertas. Estando sobre las espaldas, sentaos en vuestra cama sin ayuda de los brazos, y después acostaos diez veces. En seguida, estando acostada sobre la espalda, levantad vuestras piernas a cuarenta centímetros sobre el plan del lecho y describid con los pies pequeños círculos sin plegar las rodillas, diez veces. Esto será quizás un poco duro al principio, pero adquiriréis o conservaréis, músculos abdominales que harán innecesarias las fajas para reducir el vientre y muchísimos gastos en la farmacia. En seguida, sacad primeramente la cabeza del lecho, colocad las manos en tierra, dejad caer en el suelo vuestras piernas de un salto, y andad a cuatro patas, muchas veces la vuelta a vuestro cuarto. Es necesario que lleguéis a transpirar, por muy ligera que sea la tenida con que hagáis estos ejercicios y esté vuestra ventana abierta detrás de las cortinas. En seguida hacer vuestra toilette en agua caliente o fría según como estéis habituada y como os lo habrá aconsejado vuestro médico.

Estos muy sencillos ejercicios que son los menos que podemos dedicar a un cuerpo que debe durarnos toda una vida, y cuyo buen estado nos es indispensable en todo momento, os tomarán apenas un cuarto de hora, y vuestra bestia, contenta por todo el día, os hará gracia de sus recriminaciones que son las migrañas y otras fatigas, sobre todo si os acordáis que ocho horas de sueño son indispensables. De este modo, os encontraré a pie, en skis, en canoa, sobre la nieve, a través de todos los hermosos sitios donde os llevaré en las próximas estaciones.

JALEK



Para Ella y para Él...
Quinquina Jotaele
 JOSÉ LAPLACE - TALCAHUANO

(Continuación de la pág. 17)
LOS AMORES DE UNA REINA

—No es de estatura muy elevada, pero de robusta constitución. Sus hombros, como los de un toro, de cabeza redonda, un pico de águila en vez de nariz, y facciones de hierro. Un terrible rostro de combate. Puse mi rodilla en tierra, ofreciéndole la carta de mi Princesa y una extraña escena, extendió su espada, tomándola con la punta. Princesa, mi corazón latía como el de un pájaro. Leyó la carta, quedando un rato pensativo.

—¿Y entonces?

—Se rió, Princesa, sin irritación: "Si esta carta viniese de una mano menos bella, el nieto del talabartero habría asado vivo al portador, convirtiéndolo su piel en guantes para ella. Siendo así, volved en salvo".

—¿Y nada más?

Llamó a Taillefer, su bardo, ordenándole cantar la canción del Rey Cophetua y la muchacha pordiosera, lo que hizo con una voz dulce como la miel.

—¡Retiraos!, díjome el Duque en seguida, emprendiendo mi viaje de regreso, pero no comprendo sus intenciones.

Quedóse un rato pensativa la Princesa, relatando en seguida al Duque Balduino la información del mensajero.

—Ha tomado la cosa como una broma. Hemos escapado bien. Pero no volváis a repetir esta locura.

Guardó ella silencio.

La Princesa había pedido a la Abadesa, que enviase de vuelta a Inglaterra, al mensajero de Harold, sin promesa alguna. Era joven y debería pensarlo.

Dirigióse un día Matilde a oír misa al Convento de Santa Catalina. Al cruzar de a caballo las calles de la ciudad, parecía una reina de la leyenda.

La gente la saludaba con orgullo y con júbilo, respondiendo a sus sonrisas. Estaba en su tierra natal, en paz y rodeada del afecto general, pero avanzaba pensando en un hombre a quien jamás había visto.

De repente, un grito y un murmullo. Su caballo encabrióse violentamente. La muchedumbre replegóse. Un hombre, sin más armas que su espada abrióse camino desde una callejuela lateral, seguido por otros dos. Sus caballos pisotearon al gentío alarmado. Acercóse rápidamente a la Princesa, mientras se esforzaba ella por dominar su caballo.

—Un rapto, un rapto. Salvemos a nuestra Princesa, rugió la muchedumbre. Pero no había tal rapto. En medio del tumulto acercóse el desconocido furiosamente a Matilde, y al ver ella ese rostro, dejó caer las riendas, mirándole, como una estatua de mármol. Descendió como un rayo de su caballo, arrastrándola de los cabellos hasta el suelo. Siguió arrastrándola por el barro, hasta dejar sus brocados y su rostro enlodados e inmundos. Sus compañeros tomaron los caballos contemplando la escena tranquilamente.

Siguió arrastrándola por la calle, azotándola de vez en cuando, con el cuero de un estribo, como si fuera un caballo. Todo esto ocurría con la rapidez de un relámpago.

Oyóse un grito. —¡El Duque de Normandía!, y aterrorizada al oír este nombre, la muchedumbre huyó lejos...

Dejóla libre por fin, pero abandonada en el suelo.

—Me enviaste un mensaje, os he traído el mío, díjole, montando su caballo sin mirarla siquiera, y corriendo en seguida como el viento.

Aparecieron los soldados, volvieron las damas de la Princesa, trájose una litera, trasladándose en ella a Matilde hasta el Castillo, en donde fue bañada y reconfortada. No estaba herida, salvo en su espíritu, de donde la herida era profunda.

Llegó en ese momento el Conde Balduino, temblando de emoción:

—¡Mi hija, mi hija! ¡El bandido!

—¡No olvidaré, no olvidaré!, exclamó ella. ¡Mi amor propio está herido! ¡No me llevó consigo!

Su padre casi cae de su sillón.

—¿Cómo?, respondió él. ¿Os habríais ido con el bandido?

—Le habría seguido hasta el fin del mundo, dijo la Princesa, con ojos aflibados.

—Si, para matarle, para hundir vuestra daga en sus repugnantes facciones. Para...

—Para besar sus pies. Es el único hombre con quien jamás me casaré. El único sobre la tierra. El haber entrado a la ciudad de mi padre y haberme azotado a la vista de tanto cobarde, arrastrándome por el lodo. Es un castigo digno del vergonzoso ultraje que le hice. ¡Le amo! ¡Le adoro! Os digo que besaré sus pies.

Estaba excitada.

—¡Las mujeres, las mujeres!, gruñó el Conde. ¿Las conoces su mismo Creador?

—Escribidle. Decidle.

(Continúa en la pág. 22)

EL ARTE DE SER BONITA

Por CHARLOTTE RUBIER



¿SU CUTIS SE HA AJADO?

Hay mujeres que creen que solamente a los diecisiete años es cuando pueden exhibir un cutis perfecto. Están equivocadas. Mucho tiempo después de los cuarenta toda dama puede ostentar, si lo quiere, un cutis tan hermoso como el de una joven de veinte años. Lo que ocurre es que, a medida que pasan los años la envejecida cutícula exterior va adhiriéndose siempre más a la piel; de allí que haya que hacerla caer. Esto se logra fácilmente aplicando al cutis, todas las noches, cera mercolizada. Esta substancia se encuentra en toda farmacia. No hay que olvidar que toda mujer posee debajo de su viejo cutis uno nuevo y hermoso

que está a la espera de ser traído a la superficie, y en esto consiste el secreto del por qué nunca envejecen las actrices y "estrellas" del cine. ¿Por qué no hace usted también la prueba?

PARA HERMOSEAR Y HACER CRECER EL CABELLO

Los jabones y los shampoos artificiales causan la ruina de muchas cabezas de preciosa cabellera. Pocas personas saben que una cucharadita de las de café llena de buen stallax, disuelto en una taza de agua caliente, ejerce una natural afinidad sobre el pelo y constituye el lavado de cabeza más delicioso que pueda imaginarse. Deja el cabello brillante, suave y ondulado, limpia completamente la piel del cráneo y estimula en gran manera el crecimiento del pelo. Se vende en las boticas solamente, en paquetes sellados, a un precio que no es elevado, porque cada envase contiene cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoos, lo que, al fin y al cabo, resulta económico.

SUPRESION DEL BOZO FEMENINO

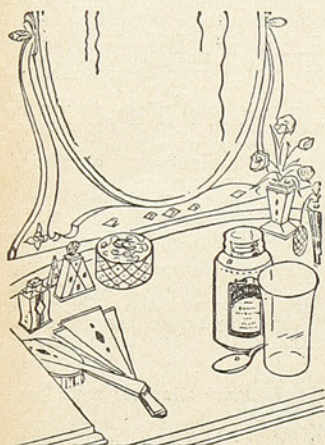
Para las damas que ven desfigurada su belleza por el vello, constituirá una noticia consoladora la de saber que se puede lograr la extirpación completa y definitiva de dicho vello mediante la aplicación de porlac puro pulverizado a las partes afectadas por semejante molestia. El porlac, que se halla en venta en todas las farmacias, no sólo logra la inmediata desaparición del vello, sino que, además, impide su reaparición.

¿POR QUE HAY MUJERES QUE APARENTAN SER VIEJAS?

Generalmente por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo, que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquier farmacia o perfumería. Toda mujer sabia conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones no son necesarios esos costosos "alimentos del cutis", sino tan sólo el uso de cera pura mercolizada.

EL ENCANTO DE UN ROSTRO INMACULADO

La mujer cuya cara no ofrece defecto cutáneo alguno, posee uno de los más poderosos medios de seducción. Pero, desgraciadamente, son muchas las damas cuyo rostro queda afeado por un cutis salpicado de barrillos, puntos negros, poros grasos, pecas y otras imperfecciones. Para combatir estos horribles inconvenientes sólo es necesario lavarse la cara con agua, en la que se haya disuelto una tableta de stymol, substancia que es fácil hallar en toda farmacia. Con estas abluciones de agua en la que se ha disuelto stymol se logra la inmediata desaparición de todos los defectos citados, devolviendo al cutis su natural, radiante y juvenil hermosura.



Hay un nuevo elemento de belleza en el Tocador Femenino

LAS damas estan descubriendo que existe una nueva ayuda para la conservación de sus encantos: **Sal Hepática**

Sal Hepática es la colaboradora de esos frascos, pomos y botellitas que encierran cremas, lociones y colorete. Porque Sal Hepática hace el *aseo interior* del cuerpo.

Sal Hepática es un laxante salino, y no hay mejor amigo de la hermosura que esta clase de laxante, cuya misión es eliminar del organismo las toxinas que causan el mal color y las manchas de la tez. Sal Hepática purifica la sangre, neutraliza la acidez y tiene la suprema ventaja de ser rapidísima en sus efectos.

Sal Hepática afecta la fuente misma de la belleza mediante su limpieza interna del cuerpo. Por eso resulta excelente para combatir el estreñimiento, la indigestión, la jaqueca y el catarro.

Rara vez tarda más de media hora en hacer efecto Sal Hepática. De venta en todas las farmacias



Sal Hepatica

Fórmula: Bitartrato de sodio, Fosfato de sodio, Sulfato de sodio, Citrato de litio, Acido tartárico, bicarbonato de sodio, cloruro de sodio.—M. R.

El proceso de la señora Lafargue

Una heroína de la Corte de los Assisses.

En los anales judiciales, no existe quizás ningún asunto que haya conmovido la opinión pública, como la conmovió en su tiempo, el enigma de María Capelle, acusada de haber envenenado al señor Lafargue, su marido, y condenada por este crimen—que no se probó—a la cadena perpetua. En todo caso, desde 1840, fecha del proceso, hasta nuestros días, se ha constituido en torno de ese crimen toda una literatura, como no la suscitó jamás ninguna otra condena, literatura en la cual colaboraron letrados, químicos, médicos, periodistas e historiadores. Se puede agregar ahora una pieza más y no la menos importante, y es el relato oficial del proceso, publicado por un historiador, M. Jaques Herissay, a quien tengo el placer de saludar aquí. Por otra parte, cada vez que se quiera estudiar el misterio que rodeó la muerte del señor Lafargue, será preciso atenerse a esta obra, presentada de una manera muy objetiva y por consecuencia imparcial, sin ningún comentario directo, y solamente completada por notas que permiten reconstituir la fisonomía de la corte de Assisses de Tulle en el mes de septiembre de 1840. Antes de evocar esta fisonomía, evoquemos los hechos.

María Capella, nació en 1816 en Villers Helon, en la Somme. Huérfana en temprana edad, fué educada por su abuela Mme. de Genlis y a los 23 años, se convirtió en una niña inteligente, espiritual, fina y letrada. Linada también. Y para más, rica, con una dote de 100.000 mil francos, que para la época no era una bicocha. En la elegante sociedad parisiense en que ella vivía, María Capelle no encontró sin embargo marido, y ella se desesperaba por ello. Esa desesperación fué su pérdida. Por conductos de una agencia matrimonial se le presentó un viudo, M. Lafargue, que no era muy seductor, pero él dijo ser dueño de una gran fábrica, y poseer en Grandier, en la Correze, un castillo cerca de su explotación industrial. Nadie pensó en hacer averiguaciones. En algunos días, el matrimonio se decidió. Tuvo lu-

Lafargue estaba arruinado, y era para pagar sus deudas con la dote de su mujer, que se había casado. Tercera desilusión, el marido sin atractivos, estaba bajo la completa dependencia de una madre que concibió instantáneamente un odio feroz contra su nuera.

Esta pensó en seguida en romper e in-



M. Lachaud.

tentó, por medio de maneras románticas, obtener su liberación. Después, poco a poco, pareció acostumbrarse a su nueva existencia. Pasaron algunos meses.

Monsieur Lafargue partió solo para París, a fin de tratar un asunto que debía reportarle algún dinero. María le dirigió cartas donde se encuentran palabras de este género:

"Amame porque te amo; abrázame porque te abrazo con toda mi alma. Para escribirte esta tarde he hecho mi toilette: mis cabellos flotan, mis ojos brillan de recuerdos que se refieren todos a ti. Mi espejo me lo dice y yo le doy las gracias, porque es dulce agradar a quien se ama.

Un día, en fin, ella envió al señor Lafargue un postre de crema confeccionado



Mme. Lafargue.

gar en el mes de agosto de 1839, y en seguida, los recién casados, partieron en silla de posta, para su nueva residencia.

La primera desilusión de la joven Mme. Lafargue, data desde su llegada: el castillo no era sino un caserón en ruinas, donde pululaban los ratones. La segunda, no tardó en revelarse: Monsieur



M. R.

SEÑORITA, extirpe de raíz ese vello que afea su gracia juvenil; use el rey de los depilatorios:

«EL DEPIILATORIO IDEAL KRAUSE», y lo adoptará para siempre. No irrita la piel, no deja huellas.

De venta en los siguientes establecimientos: Droguería del Pacífico. — Botica Klein. — Botica Francia. — Botica Miraflores. — Botica Sto. Domingo. — Botica «La Nación». C. de Marte 298. — Casa Muzard. — Casa Francesa. — Perfumería Pagani. — Etc.

Pedidos por Mayor y Menor a Castilla 988, y a Bilbao 257. — Se remite a provincias por encomienda postal contra reembolso

Precio: \$ 12.80 la Caja.

por la señora Lafargue madre. El viajero comió e hizo comer al mozo del hotel donde descendió. El muchacho se enfermó y el señor Lafargue igualmente. Tanto se enfermó, que de vueltas a Glandier, se metió en cama. En torno de su lecho, se representaba una sinistrea comedia. María parecía cuidar a su esposo con abnegación, pero estaban allí también, la madre y la hermana del señor Lafargue, y esas dos mujeres no ocultaban que suponían culpable a la señora Lafargue de haber envenenado a su marido. ¿No había hecho ella comprar arsénico so pretexto de matar los ratones que infestaban la vieja casa?

En fin, Lafargue murió el 14 de enero de 1840. Las acusaciones se precisaron, no sólo en la familia, sino en toda la región, donde la parisiense desterrada, no era amada. Llegó una orden de prisión. Se detuvo a la señora Lafargue y se la encarceló en la prisión de Tulle, y la instrucción comenzó en condiciones verdaderamente extraordinarias. Citaré un ejemplo: las deducciones hechas sobre el cadáver del muerto, fueron colocadas en cajas no selladas, que pasaron de mano en mano, se perdieron, se volvieron a encontrar donde se perdieron nuevamente en salas no cerradas con llave.

Sin embargo, los expertos, llegaron a la conclusión de que había envenenamiento. Así, cuando se abrieron los asises en el mes de septiembre, una lucha feroz se trabó entre la defensa, presentada por Paillee, Bac de Limoges y el célebre Lachaud, entonces debutante de 22 años, y por otra parte, la acusación. Lucha por la cual se apasionó un público como jamás se había visto en una sala de audiencia; en efecto, no sólo los curiosos de los alrededores concurrían a Tulle, sino que vinieron desde París, como también periodistas, que por primera vez inauguraban los grandes reportajes judiciales. La señora Lafargue, fué también la primera de las grandes heroínas de las corte de los Assises. ¿No se vió rondar en torno de su prisión, a un joven polonés, completamente enamorado de ella, que en época en que los viajes eran tan difíciles no titubeó en venir desde Varsovia a Tulle para ver a su ídolo?

En el curso del proceso hubo nuevas experiencias: Orfila de la facultad de medicina, declarando desde luego que existía el envenenamiento, dijo: El arsénico está colocado en tan pequeña proporción, que sería difícil pesarlo. Pero creo que se puede avaluar la cantidad en un medio miligramo. La defensa hizo entonces llamar al ilustre Raspail, quien debía decir después, que arsénico podía encontrarse en el brazo de un sofá. Desgraciadamente, el que habría quizás salvado a la señora Lafargue se retrazó, en el curso del camino, debido a un accidente. El tribunal no lo esperó. La acusada, declarada culpable por el jurado, fué condenada a trabajos forzados a perpetuidad y a la exposición en la Plaza de Tulle.

Esta condenación, aplaudida por algunos, suscitó nuevos defensores a la linda María Capelle. Las polémicas continuaron y debían continuar hasta nuestros días. Transportada sin embargo a la prisión central de Montpellier, la señora Lafargue permaneció allí doce años. En fin, en 1852, el Principe Presidente le acordó gracia. La desgraciada, herida física y moralmente, se retiró a Ussat, en Ariège. Ningún hotel de esta estación termal, quiso alquilarle habitación. Debíó contentarse con una miserable cabaña de madera que consintió

en arrendarle un campesino. Y algunas semanas más tarde murió en brazos de una religiosa, su única compañera, protestando hasta el último minuto de su inocencia. Entre los innumerables documentos que se han publicado acerca de este misterioso asunto, existe una carta de la señora Lafargue dirigida a uno de los abogados de su defensa. Ella muestra en que estado de alma se encontraba la condenada ocho años antes de salir de la cárcel.

“Acepto—dice—con profundo agradecimiento, las palabras de su carta que se dirigen a una inocente, pero no sabría aceptar de igual manera la piedad que podría dirigirse a la mujer culpable (y

luego se extiende en amargas reflexiones acerca de los matrimonios por dinero). Soy inocente—continúa—y no es en nombre de mis desgracias, sino en nombre de mis derechos que pido ayuda y protección. Hace ochos años, que he muerto, ocho años que mis pies no se posan sobre la tierra libre, que mis ojos no han visto el cielo sino encuadrado en los hierros de mis rejas, ocho años que veo el sol sin sentirlo, que sueño en la vida sin vivir, y espero la muerte sin morir. Si me cree usted inocente, no olvide que pido justicia en nombre de mi padre, y que escribo mi carta desde una prisión.”

ROGER REGIS

PARA
LA MUJER DE
BUEN GUSTO...

...UN
PERFUME DE
CHERAMY

PARIS

M.R.

ESTABLECIMIENTOS CHILENOS COLLIERE Ltda.-Casilla 3247-Las Rosas 1352-SANTIAGO DE CHILE.

(Continuación de la pág. 19)

LOS AMORES DE UNA REINA

Pero aquí el Conde negóse terminantemente. La ciudad estaba toda en movimiento. Los hombres se armaban. Batían los tambores. Los soldados se lanzaron en persecución. La Princesa estaba feliz. Mujeres de confianza de la Corte, la vigilaban desde este momento, para evitar la vergüenza de que escribiera a Guillermo de Normandía. El incidente circuló por toda la Europa.

Pasó un mes, y la Princesa se desesperaba, bajo la vigilancia de estas mujeres. No llegaba una sola palabra de excusas desde la Normandía. Los médicos temían por su razón; pero siempre repetía ella: "No me casaré con nadie más. ¡Oh, estoy viendo sus ojos impregnados de desprecio y de odio y no es raro! ¡Es un Dios entre los hombres!"

Entraron un día a Brujas heraldos y hombres de armas en oro y escarlata, con el León de Normandía en sus banderolas y pendones. "En el nombre del muy alto y poderoso Príncipe Guillermo, Duque de Normandía..."

No oyó la Princesa el tumulto desde donde estaba recostada, pálida y llorosa. El Conde no se resolvía a recibir el mensaje, pues toda la Europa conocía el insulto. Pero serían tal vez las excusas esperadas. En pleno Consejo, revistiendo sus Nobles sus armaduras, abrióle, mientras sus Barones, refunfuñaban alrededor de él.

Era una demanda en preciosas palabras por la mano "de mi muy distante y altamente honrada prima, la Princesa Matilde. He oído mucho de su belleza y de su valor".

Llevo el mensaje a la Princesa, rompiendo éste como un rayo de luz las tinieblas de su tristeza. Nada quería ella oír, nada quería ella decir, no deseaba argumentos.

—Me lo exigiste una vez. Lo deseo ahora, dijo Matilde. Y os digo esto: Si os negáis, me evadiré en cualquier forma, hasta entregarme a él. Es mi hombre.

Nada podía hacerse contra su locura, y el matrimonio sería magnífico, siempre que pudiera olvidarse la humillación de Brujas. Envióse, de consiguiente, una gentil aceptación, y muy luego después el novio hacia su entrada a la ciudad, para el matrimonio.

El encuentro de los novios fué observado por una gran muchedumbre, que se manifestaba inquieta y hostil al Normando. Los Flamencos temían ver de nuevo humillada a su Princesa. Pero nada de esto ocurrió, sin embargo. El Conde Balduino adelantóse con su hija, y Guillermo de Normandía avanzó a su vez a encontrarlos. Desprendióse Matilde del brazo de su padre, cayendo de rodillas ante su novio, besando sus pies. Aquellos que olvidaron por un momento fijarse en su semblante, pudieron, en cambio, observar el de Guillermo, frío como el polo y duro como el acero. Levantó a su Princesa arrodillada, estrechándola contra su corazón. Las nieves eternas parecieron derretirse.

Todo el mundo vió esto. Ni rieron ni oyeron lo que se decía, cuando estuvieron solos. Pero fué esto, según informó la Reina de Inglaterra años más tarde, a su hija mayor, el día de su matrimonio. "Estoy perdonada o si no, no habrías venido hoy día. Pero decidme, ¿es posible que améis a la muchacha que arrastraste por el lodo y contemplásteis humillada ante su pueblo? Decidme la verdad. Mejor sería romper nuestro compromiso ahora, que vivir juntos con esa duda. Pues nunca una mujer ha sido antes conquistada en esta forma".

La luz de una lámpara iluminó sus oscuras facciones, que demostraban orgullo y resolución incomparables. Pero era hombre de acción, más que de pensamientos.

—No soy hombre de palabras, dijo, pero creo que debemos conocernos, antes de haceros mía: vuestro desprecio me conquistó, tengo grandes sueños, seré Rey de Inglaterra, y más que eso. Estoy resuelto. No puedo prometer fidelidad, según las Leyes de la Iglesia. Si tengo que alejarme de vos, es muy posible que os fuera infiel. No tengo Religión, pero trataré de no faltaros. Os amé desde el momento en que vi vuestro blanco rostro en el lodo, sin enfadaros. Desde ese momento, fuimos uno, la misma sangre impulsa nuestros corazones.

—Sols mi Duquesa coronada y seréis coronada Reina más tarde, si falleciereis, permaneceré viudo. Descansaremos el uno, junto al otro, en la iglesia. Y cuando suene la Trompeta del Juicio Final, nos presentaremos ante Dios, tomados de la mano. ¿Os satisface esta forma de fidelidad?

Miráronse en silencio, por largo rato. Dejó caer sus manos, doblando su manga hacia arriba y dejando ver una blanca cicatriz.

—Esa es vuestra marca, mi corazón, díjole. Ved, la beso. La bendigo, la fidelidad que me prometéis es suficiente. Abrió él sus brazos estrechándola, y besándola en la frente.

Magnífico fué el matrimonio, brillando la novia como una rosa de fuego en su orgullo, y el novio como un mar dormido, con sus ocultos secretos.

El Papa ordenó su separación, al llegar ellos a la Normandía, porque aunque primos lejanos, no habían solicitado las dispensas de la Santa Iglesia.

—Debemos rendir homenaje a Cristo; tengo mis razones, dijo Guillermo a su Duquesa, levantando, en consecuencia, un gran Monasterio a San Esteban, y ella un noble convento a la Santa Trinidad, ambos caen, conquistando así los favores de la Iglesia, los que hasta hoy día permanecen, conmemorando una célebre pasión. Como había prometido, su corazón fué para ella un libro, y lo que leía, era su secreto.

Cuando Guillermo era león, era ella la leona. Conspiró con él para atraer a Harold a su castillo Normando y para obligarle a jurar por las reliquias de los santos, que nunca pretendería el trono de Inglaterra.

—Estoy deseosa de conocer Inglaterra, observó la duquesa pensativamente, antes de emprender Harold su viaje de regreso. —Conoció a un inglés en la Corte de mi padre, un hombre muy bravo y muy digno, Brictric. De nombre, creo. ¿Es siempre vuestro hombre, Conde Harold, como lo era entonces?

—Brictric, señora? Si, un hombre muy rico, poderoso en tierras, y por los favores del Rey Eduardo y unido en matrimonio, a una bellísima danesa, Swankild, conocida bajo el nombre de la Bella. Todo marcha bien con Brictric. ¿Le transmitiré vuestros saludos cuando cruce el Canal?

—Si, mis saludos y recuerdos, dijo ella, sonriéndose y agregando: —Desearía ser Reina de Inglaterra. Debe ser un bello país.

Harold sonrióse también de los dientes para afuera. Fué la Duquesa Matilde, quien, cuando Harold rompió su juramento, haciéndose coronar Rey de los ingleses, inflamó el corazón de Guillermo; ella, quien le dió el glorioso barco, el "Moro", buque insignia, de la flota conquistadora.

Así llegamos hasta la gran batalla de Senlac o Hastings, en la que Harold perdió la corona y la vida.

Así, a Inglaterra llegó la primera Reina de Albión, pues hasta ese día, la esposa del Rey había sido siempre conocida como la Señora de Inglaterra. En abril de 1068 fué coronada en la real y antigua ciudad de Winchester, con vestiduras que eclipsaron los rayos del sol, y su Guillermo fué una vez más coronado junto a ella, en gloria y majestad. Una vez terminada la pomposa ceremonia, la Reina Matilde acercóse a su esposo, diciéndole:

—Mi Señor, como la Reina Ester de las Escrituras, tengo una petición que haceros.

Respondióle él: —Como Tu Rey, os respondo: Pedid, aunque sea la mitad de mi reino.

—Esto. Hay un hombre en Inglaterra que me ha producido un gran disgusto. Su nombre es Brictric, un noble inglés, quien vino a Brujas a pedir mi mano para Harold, el Rey muerto. Pero atrevióse también a enamorarse de mí, y sin contentarse con esto cuando le desprecie, pretendió despertar mis celos por una más bella que yo, una mujer danesa del nombre de Iwandhil. Ahora que somos los soberanos de Inglaterra, ¿qué debemos hacer?

Guillermo parecía preocupado. Eran asuntos de mujer, que le intrigaban. Conocía ya a su Matilde, y cuando sus ojos pusieronse sombríos como un cielo tempestuoso, el Conquistador creyó más prudente ceder, hasta que de nuevo brillara el sol.

—Está en vuestras manos, mi paloma, díjole y por el esplendor de Dios, os ruego hagáis con él un escarmiento. Debemos molar a estos ingleses y construir caminos con sus huesos, antes que ésta tierra pueda conocer la paz. Necesito saber cuáles son sus propiedades.

Pero si ya las conozco, dijo la Reina Matilde, tranquilamente. Es Señor de la Ciudad de Gloucester, con muchas tierras en las regiones vecinas. Puedo considerarme dueña de él y de sus posesiones; ¿y aceptaréis mis actos como si fueran vuestros?

—Como si fueran míos, como vos lo eres, respondió el Conquistador.

Envió a buscar, de consiguiente, a Brictric, el inglés. Recibióle en el Palacio de Winchester, rodeada de sus damas y sentada en su gran sillón tallado, descansando sus manos sobre los dos brazos, dirigiéndole la palabra como si fuera ella una imagen, arrodillado él en las gradas de su sillón:

—Una vez nos amamos y me juraste por la Pasión de Cristo, que me serías fiel en la vida y en la muerte y más allá de ella. Que habías terminado con Swankild, que la habías hecho a un lado como un zapato usado; en vez de eso, contraíste matrimonio con ella. ¿Tenéis algo que decir?

(Continúa en la pág. 65)

PHILLIPS!

Fijese en este nombre al comprar la
LECHE DE MAGNESIA

Esta es la legítima, la única digna de confianza y la que han
prescrito los médicos desde hace más de 50 años para
INDIGESTION-BILIOSIDAD-FLATULENCIA
ARDOR EN LA BOCA DEL ESTOMAGO-ERUCTOS etc.

Leche de Magnesia.—M. R.—A base de hidróxido de Magnesio

NIÑAS ESPOSAS Y NIÑAS VIUDAS

Un gran movimiento que tiene lugar en la India

La gente de la India parece por fin dispuesta a sublevarse contra la bárbara costumbre de los casamientos entre niños.

El último censo acusa más de 200.000 esposas y 15.000 viudas de menos de cinco años, y más de dos millones de esposas y cien mil viudas de cinco a diez

años. Dos de cada cinco niñas entre diez y quince años de edad, eran casadas, y casi 400.000 de ellas eran ya viudas. Para darse cuenta del horror que significa esto, hay que tener en cuenta que las viudas son tenidas en menos en la India y que no les es permitido volverse a casar.

Hasta ahora no había en la India ninguna ley que prohibiera los casamien-

tos hasta una cierta edad, y el Gobierno sostenía que era inútil dictar leyes que no serían cumplidas por la gente, acostumbrada a esta clase de casamientos; pero la opinión pública, ahora más educada, se ha sublevado contra esta atrocidad, debido en gran parte a la influencia británica y americana.

El gobierno resolvió por fin, autorizar a una comisión para hacer averiguaciones e investigaciones.

Nuevos Cantares

Todo tirano es odioso,
por eso a mi corazón,
que me doblega, le odio.

Toda la culpa fué mía,
rompi mis alas creyendo
que él también las rompería.

Canta triste la paloma
cuando ha perdido el camino
y ve que viene la sombra.

Las flores de las veredas
sirven para entretener
a todo el que va por ellas.

Es mucho lujo el querer;
quien vive de los demás
no lo puede sostener.

Hay amores de ocasión,
iguales a un abanico
cuando tenemos calor.

Qué penita me da ver
a un pajarito sin nido
y a un corazón sin querer.

El miedo vive en mi alma.
¿A qué cultivar rosales
si tienen rosas las zarzas?

Rabla me doy a mí mismo.
¡He aprendido a vivir
cuando ya no tengo vida!

Ahora que soy un veneno
dices que me quieres tú.
¿Es que te gusta el infierno?

Hacer mal, tiene su encanto.
¡Hay quien regala un jardín
por coger un jaramago!

Gloria de la Prada.



USE SIEMPRE

EL MEJOR

DE LOS JABONES

FLORES
DE PRAVIA



BUENOS
HACE
IMPRESIONES
UNIVERSO

LA VIDA DE HOMBRES CELEBRES

Miguel de Cervantes Saavedra

Miguel de Cervantes Saavedra, llamado comúnmente Cervantes, es el escritor más popular que haya producido España. Su fama, que se extendió en toda Europa durante su vida, se ha hecho mundial, aunque se apoya principalmente en un solo libro, "Don Quijote"

La vida de Cervantes, aunque conocida en sus grandes rasgos, ha sido oscurecida en sus detalles por tradiciones y conjeturas. Fué bautizado el 9 de octubre de 1547 y después de una vida llena de aventuras, pasada en su mayor parte en la adversidad, murió el 23 de abril de 1616.

En el año 1570, contando Cervantes con 23 años de edad, se encontraba en casa del cardenal Acquaviva. Antes de ésto, su vida vagamente conocida. Tenía un nombre histórico, castellano, pero su familia había decaído. Su educa-

ción es dudosa, pero sentía grandes ambiciones prácticas. Sin embargo, dejó éstas a un lado, poniéndose al servicio de la flota española, donde tomó parte activa en la gran batalla de Lepanto. No puede haber duda alguna sobre el coraje que demostró Cervantes en dicha oportunidad, de la que salió perdiendo la mano izquierda. A pesar de eso siguió combatiendo contra los turcos durante varios años y a su regreso a España fué capturado por piratas argelinos y llevado prisionero. Durante cinco años vivió en cautividad en Argelia. Los moros, reconociendo en él a un hombre de gran importancia, pedían para su rescate una suma muy elevada; además, creían que mientras estuviera prisionero no debían temer un ataque de los españoles. Cuatro veces el cautivo trató de evadirse, pero fué en vano. Por fin sus amigos reunieron la suma de sesientos ducados que pedían para su rescate, y en 1580 fué puesto en libertad.

De regreso a España prestó nuevamente servicios en el ejército, esta vez en contra de los portugueses, y luego se dedicó a la vida literaria, alternando con servicios prestados al gobierno. Durante toda su vida fué pobre y se vio obligado a las más penosas ocupaciones para ganarse la vida. En el año 1604 publicó la primera parte del Quijote que había de inmortalizar su nombre. Fué un verdadero triunfo, pues se vendieron en pocos años más de treinta mil ejemplares, lo que era enorme para aquella época, y se hicieron traducciones en varios idiomas. Sin embargo, Cervantes no publicó la segunda parte de su obra y se dedicó a escribir para el teatro obras que si bien tuvieron éxito entonces, no han conseguido conservar hasta nuestros días su primera popularidad. Recién en 1614 se publicó la segunda parte del Quijote. Entre las mejores obras de Cervantes se deben contar a las "Novelas Ejemplares" y la "Numancia".

SOBRE EL TALENTO FEMENINO

Para que un hombre pueda llegar a ser hombre de talento es indispensable que empiece por ser un hombre serio.

El talento varonil no se ríe nunca.
Esta doctrina no es aplicable a las
mujeres.

Las más serias no suelen ser las de más talento.

El talento de las mujeres—sigue diciendo Severo Catalina, a quien pertenece este fragmento—no tiene los medios de exteriorizarse de que dispone el talento de los hombres. Las mujeres no tendrán el talento de los grandes sabios, ni el de los maestros, ni el de los oradores... y, sin embargo, tienen mucho talento. Si el talento es la vista del alma, muchos de esos sabios, y de esos maestros, y de esos oradores, son míopes com-

parados con innumerables mujeres que no se dedican a esas catividades.

Entre cien hombres encontraréis dos de talento; entre cien mujeres encontraréis una sin él; hé aquí la proporción en que distribuye el talento una escritora célebre de Francia.

Aunque, por razones de equidad, modifiquemos un tanto la proporción, siempre resultará, meditando con detenimiento, que esa escritora se aproxima a la exactitud.

El hombre, en la mirada de una mujer, no ve más que una mirada. La mu-

jer, en la mirada de un hombre, lee de ordinario hasta la última página del libro de su corazón.

Con mucho talento, bastante belleza y poco amor puede una mujer, según Fontenelle, gobernar a su capricho al hombre más altivo y más soberbio.

Hace tanto la mujer que en determinadas ocasiones mantiene la paz doméstica como el diplomático más serio de esos que con sus protocolos diz que mantiene el equilibrio europeo.

Del noviazgo y del matrimonio

Son rarísimos los casos en que unos novios, al casarse, se conozcan verdaderamente a fondo. El novio jura toda suerte de locuras a su amada, y ésta toma los juramentos al pie de la letra. Se imagina al futuro marido como un hombre que se pone a sus pies dispuesto a complacerla siempre. Un príncipe al servicio de una reina, obediendo clementemente... Ella procura aparecer siempre a los ojos del amado adornada con infinitas gracias. Echa mano de toda suerte de secretos de tocador para aumentar su belleza y disimular sus defectos. En lo moral, los secretos de tocador fueron substituidos por un paciente y hábil disimulo de los puntos flacos del carácter. Es fácil sostener la simulación, porque los novios se ven a horas determinadas y en momentos en que la realidad del vivir no pone a prueba sus nervios y su

carácter. Actúan sólo como novios. Conversación pueril, naderías, frases galantes... Los primeros días de casados la pasión aumenta. Pero pasa el tiempo... Una buena mañana él quiere hacer por primera vez su santa voluntad. Protesta ella, insiste él. Primeros ruegos, suspiros lloriqueos, varias alusiones a las promesas locas del novio, una querrela, y si él sale con la suya, una mujer que se imagina haberse casado con un malvado...

CANOSOS

NO PIERDAN SU TIEMPO EN ENSAYOS CUANDO TIENEN A LA MANO

LA
TINTURA FRANCOIS

INSTANTANEA

M. R.

La única que devuelve en algunos minutos y con una sola aplicación el color natural de la juventud en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro, y que ha probado sus buenos resultados desde 20 años, que se vende en todas las Farmacias.

Autorizada por la Dirección General
de Sanidad, decreto N.º 2505.

INFLUENCIA DE LA DIGESTION SOBRE EL CORAZON

Los dolores en la región cardíaca son también algunas veces consecuencia de las malas digestiones. El exceso de acidez estomacal origina fermentaciones secundarias en los alimentos, así como flatulencias náivas, las cuales, ejerciendo una presión acentuada sobre el corazón, motivan síntomas dolorosos, algunas veces muy violentos. En tales casos, basta tomar media cucharita de las de café de Magnesía Bisurada y se obtendrá un alivio, casi inmediato, en la eructación de gases, en las fermentaciones y flatulencias suaviando al mismo tiempo los más delicados epitelios gástricos. Se vende en todas las farmacias y constituye un remedio rápido y seguro y el más eficaz para aliviar los trastornos consecuencia de malas digestiones. Base: Magnesía y Bismuto.

Para disminuir el ruido de las máquinas de coser

Se practican en los pies de la máquina orificios en forma de cono del tamaño de la cabeza de un tornillo no muy grande, y se rellenan con plomo, que habrá que redoblonar o remachar por ambos lados. El ruido entonces será más sordo y apagado y perderá esa penetración aguda que tanto molesta a las que se ven obligadas a permanecer largas horas sujetas al trabajo.

LA MENDIGA

Por LUISA CARNES

A las seis de la tarde se iluminaba la portada de aquel teatro y aparecían en ella anchas fajas de electricidad, gritos de luz, rojo y azul de bombillas minúsculas:

«TEATRO DE LOS NIÑOS» y simultáneamente surgía en la esquina de la calle un mendiga, que invariablemente iba a colocarse bajo el dintel de una de las puertas del salón de espectáculos.

Acostumbraba a mendigar ante los pórticos de las iglesias, prefiriendo siempre los lugares adonde la multitud afluye en gran número, pero, desde la aparición en aquel teatro de la Compañía Infantil, renunció a sus lugares habituales, consagrándose por entero a la faena de extender la diestra ante todo aquel que llegaba a la puerta del local.

La mendiga era joven aun; alta, delgada; vestía de negro, y al andar arrastraba penosamente la pierna derecha, a la que se arrollaba trapajos para fingir una gran hinchazón que inspirase piedad y estrujase los bolsillos de los transeúntes. Llevaba entre los brazos una criatura de pocos meses, a la que ofrecía con frecuencia el pecho moreno y flaco. A su lado caminaba siempre un niño desmirriado y pecosco, que se colgaba frecuentemente de su falda, tropezando en la pierna monstruosa y haciendo prorrumpir a la mujer en agudos gritos.

El primer día se instaló el grupo junto a la ventanilla de contaduría, pero un guardia les expulsó de allí. Entonces la mendiga, sin soltar al pequeño de sus brazos y dando empujones al otro chico, se replegó a un lado de la puerta central del teatro.

A las seis y media daba comienzo la representación, pero, un cuarto de hora antes empezaba a llegar el público, que era en gran parte infantil. Iban generalmente en automóviles brillantes, y se apeaban con saltos ágiles, yendo directamente al vestíbulo del teatro.

La mendiga contemplaba el desfile de «autos», amarillos, grises, negros, verdes; veía cruzar los niños, finos, pálidos y rubios, por lo general, sin deponer su actitud dolorosa un solo instante, sin apartar la boca de su hijo menor del pezón, negro y arrugado como la boca de un globo sin gas.

Apenas la advertían aquellos coches pulcros, que iban, dirigidos por la mano experta del chofer, a esperar el fin de la función a una plaza próxima. Apenas la miraban aquellas mujeres, gruesas y perfumadas, que entraban en el recinto dando la mano a aquellos niños delgados y pálidos, envueltos en blandas lanas y suaves pieles.

El hijo mayor se cansó también de la indiferencia común en las gentes aquellas:

—No me dan, madre.

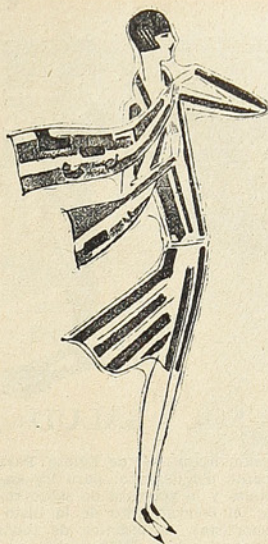
E iba a situarse ante el escaparate de un bazar inmediato adonde había expuesta una magnífica imitación pequeñísima de aquellos automóviles brillantes y silenciosos, que se detenían cada tarde ante las puertas del teatro. Lo había remirado muchos días durante largas horas, y, conocía exactamente su color (rojo y negro), la forma de la colchoneta de su asiento y las estrechitas de sus neumáticos. Apretaba la naricilla enrojecida contra el cristal, hasta sentir la magullada por la presión, y no se apartaba de allí hasta que su madre se le acercaba, arrastrando la pierna, con aquel su gesto quejumbroso de siempre. Entonces se agarraba a su falda y marchaba a su lado, otra vez a dar la vuelta a la esquina de la calle, sin pensar por qué aquellos niños que iban al teatro tenían el rostro tan blanco, ni por qué su madre se enrollaba a la pierna sana una colección de vendajes sucios, ni recordar de todo aquello tan vario, que los días hicieron monótono, al regreso al hogar, sobre el asfalto mojado de las calles céntricas otra cosa que la contemplación del «auto» enano, que le escocía en la punta de la nariz.

II.

Al cabo de varios días, la mendiga había llegado a experimentar por aquellos coches magníficos que se detenían ante las puertas del teatro tanto odio como por sus ocupantes. Los aborrecía, como si aquellas ruedas que hacían chirriar bajo su opulencia las ampollas de barro del pavimento tuviesen calor de humanidad, como si aquellos engranajes duros de su complicada maquinaria se movieran a impulsos de un corazón y no de unos litros de esencia. Detestaba a los conductores, que se paseaban ante ellos, revestidos de fuertes abrigos y limpiaban cuidadosamente con un paño oscuro que sacaban de misterioso cajoncito del «auto», las motas de fango que se adherían a la superficie del capot, pero particularmente odiaba a aquellas criaturas paliduchas y perfumadas que llegaban dentro de los coches, muy abrigaditos y bien calzados, con unas botas altas que les cubrían hasta cerca de las rodillas.

Un día, uno de aquellos niños se detuvo un momento a mirarla la pierna; después, observando al pequeño que tenía en los brazos, preguntó a la señora que le acompañaba:

—¿Por qué tiene la cara tan sucia, Madame?



UNA SILUETA ELEGANTE

obtendrá usted en muy poco tiempo, haciendo desaparecer la obesidad y gordura excesiva tomando:

Tabletas Phytolina

M. R.

Concesionarios para Chile, de este producto:

BOTICA DEL INDIO

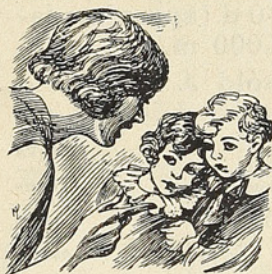
ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

AHUMADA ESQ. DELICIAS

CASILLA 959

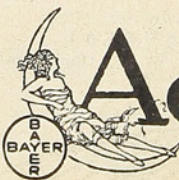
SANTIAGO

Base: Phyt.B.



Con frecuencia es Vd. impaciente con sus niños

Por los compromisos mundanos la queda poco tiempo libre para sus pequeños, y esto es mas sensible cuanto que, en esas pocas horas, no les puede Vd. atender como quisiera, a causa de su distracción o irritación nerviosa. Las Tabletas de ADALINA le ayudarán, pues calman y dan vigor a los nervios, proporcionando la energía necesaria para hacer frente alegremente a los deberes con la familia y la sociedad.



Tabletas de

Adalina

[La cruz Bayer M.R. - Adalina M.R. a base de Bromodietilacetilurea]



DEPORTES - SOL - SALUD

Todo viajero siente la atracción irresistible de Egipto. Para los jóvenes, allí está el encanto del desierto; para los ancianos, el confort de los hoteles y la promesa de salud renovada; para los estudiosos, el conocimiento de la historia antigua y para los deportistas, la práctica de todos los deportes en condiciones inmejorables. Golf, tennis, natación, yachting, carreras de caballos: he aquí deportes que agradan aún más bajo los áureos rayos del sol de Egipto.

VISITE EGIPTO

OFERTA UNICA

28 DIAS de VIAJE Confortable
por sólo £ 73-10-0 d (aproximada-
mente \$ 3,000 m/c.)

ó 35 DIAS por sólo £ 82-10-0 d
(aproximadamente \$ 3,500 m/c.)

DESDE	POR	HASTA
Marsella	Alejandro	El Cairo
Tolón		Luxor
Génova	o	y
Venecia		Asuán
Trieste	Port Saïd	

Desde el 1.º de noviembre hasta
el 15 de enero

INCLUYENDO: PASAJE MARITIMO de primera clase, viaje en ferrocarril en primera clase, comidas en coches comedores o Pullman, coches dormitorios con lujosos compartimientos individuales y estadas en los mejores hoteles.

PUEDEN OBTENERSE PASAJES EN LAS AGENCIAS MARITIMAS Y DE TURISMO.

También pueden adquirirse pasajes más económicos de segunda clase y pueden concertarse Excursiones por el Nilo en combinación con esta oferta.

Remítanos libre de gastos un Folleto Ilustrado a quien lo solicite a

LATIN-AMERICAN PUBLICITY SERVICE LTD.

Entre Ríos, 1334 - Buenos Aires.

Para mayores informes, escribase a

EGYPT TRAVEL BUREAU

60, Regent Street - LONDRES, W. 1 (Inglaterra)

Madame le agarró por un brazo y le metió en el teatro, sin contestar a su pregunta.

Desde aquella tarde, la mendiga aborreció a aquel niño y a su institutriz de un modo cruel.

El niño era muy rubio; tenía el rostro diminuto, el perfil agudo y la voz feble. La institutriz caminaba con gran rapidez. Vestía de gris siempre. Bajo el cabello y el rostro muy rojos le asomaban los picos de un cuello blanco, endurecido por el almidón.

Observó también el color amarillento del coche que los conducía, y cada noche, al verlo desaparecer de la calle, le pedía a Dios que se hiciera añicos contra el primer obstáculo que hallara a su paso.

Muchas veces, después de haberlo perdido de vista, se acercaba a su hijo y le despegabá el rostro del escarpate con un gesto brutal.

—Hala. Vamos.

Un día la dijo el pequeño:

—Fíjate que «auto».

—Anda pa alante. Esas cosas son nada más para los hijos de mala madre.

El chico la siguió sin pensar en nada, como le era habitual; sin comprender por qué su madre lo arrastraba de allí, apretándole con rabia la mano pequeñita y resquebrajada.

III.

El frío y la nieve no les amedrentaban. Aparecían cada tarde los automóviles, silenciosos, raudos, y luego de arrojar sobre la acera su carga tibia, resbalaban hacia la plaza inmediata, alineándose a lo ancho de ella como reclutas.

Aquel coche amarillento se destacaba de los otros; ¡oh, qué inmenso!

La mendiga le veía comparecer todas las tardes en la esquina de la calle céntrica, que palidecía y se teñía de su color.

La institutriz se apeaba de él, muy tiesa, y daba la mano al niño, para ayudarlo a bajar.

Penetraban en el vestíbulo del teatro dejando en torno una suave tibieza, que acariciaba por un instante el rostro de la mendiga, como el aroma de las cocinas aristocráticas el olfato sutil de los miserables.

Ella cerraba los ojos para no ver a la pareja inarmónica, sin lograrlo. Porque, aquel niño blanco y rubio, tenía la facultad de penetrar sus párpados oscuros y lácios y crecer ante sus pupilas, borrando de ellas todo objeto extraño a su presencia. Y, aunque no hablaba una sola palabra, ni se aproximaba a ella, la mendiga creía verle llegar cada tarde a su lado y oír su voz, como aquella vez dolorosa: «¿Por qué tiene la cara tan sucia, Madame?» Y, sufría atrocemente. Aquel niño poderoso, era invulnerable. Ascendía los peldaños del vestíbulo rápido, flexible, sin el menor titubeo, salvándolos, a veces, en dos saltos graciosos.

«No sé cómo no se mata — pensaba la infeliz; — ¡es tan poquita cosa! Seguramente estará tísico».

Una tarde, mientras la institutriz adquiría las localidades, el niño rubio se acercó al escarpate del bazar, cubierto por el vaho cálido del interior.

Ya estaba allí el hijo de la mendiga, que apartó los ojos del «auto» adorado para mirar al otro chico, con cierto respeto. «Seguramente su papá va a comprarle el coche», pensó. —¡Fernando!

A la voz de Madame, el chiquillo rubio se volvió. Sus ojos eran anchos, azules, inmóviles, como siempre. La contemplación del magnífico juguete no había conseguido dilatarlos lo más mínimo. Frío, indiferente, se dirigió a su acompañante, sin mirar al espacio, sin mirar al suelo, ciego de tal modo que puso pie sobre la cáscara de una nuez abandonada en la acera y resbaló, yendo a caer de bruces ante la mendiga, quien no hizo el más ligero gesto de compasión.

Lo levantaron un guardia y la institutriz, atenuada de súbito la rojez perenne del rostro, redondo como una naranja.

—¡Oh!

Frunció la boca en una O mayúscula y puso su mano temblorosa sobre los cabellos rubios y desmayados del niño.

—¡Oh!; tiene sangre.

Repitió la O, interminable esta vez, y acomodó al herido en el coche, que arrancó en seguida.

Apenas hubo desaparecido de su presencia la mancha amarilla del «auto», la mendiga empezó a reír.

—¿De qué se rie usted? — la preguntó un hombre, que había presenciado el accidente; — ¿no ve que se ha roto la cabeza?

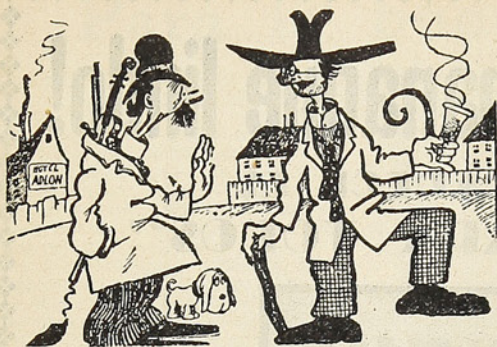
Ella no respondió, y siguió riendo.

El hombre se alejó.

—Es posible que esté borracha — se dijo.

La mendiga seguía riendo. Había apretado extraordinariamente entre sus brazos al chiquito que dormitaba sobre su pecho; y le buscaba la frente, morena y áspera, con sus labios amoratados. Reía, mientras sus ojos contemplaban una gota de sangre, ancha y redonda, que se enfriaba en uno de los ángulos de piedra del pavimento, igual que un sello de lacre en un sobre gris.





—No pises ese insecto. ¡Quién sabe! ¡A lo mejor resulta una «voiturette»!

Sombreros, alhajas, calzado

Es difícil encontrar novedades en alhajas. Sin embargo, se ha lanzado ahora una idea feliz que consiste en una serie de tres presillas para la cabellera. La más grande es un marco de platino, que hace juego con el brazalete correspondiente.

Hay joyerías que se especializan en perlas, empleándolas en originales pulseras y collares, y combinándolas con otras piedras en formas que demuestran imaginación y extraordinario gusto en el diseño.

En las exhibiciones de las colecciones de primavera, se han visto atrayentes vestidos oscuros de noche, que se adaptan para servir de fondo a las alhajas. El nuevo verde oscuro bronceado, el negro, los matices negruzcos del tono ciruela y tinta, los profundos y ricos rojos de Borgoña, todos son apropiados para realzar el efecto de los resplandecientes adornos.

La sencillez en materia de calzado aparece subrayada por las combinaciones de materiales. Muchas especies de reptiles proporcionan sus pieles para ser usadas con la cabritilla, piel de Suecia o cuero de ternera, o para constituir el calzado total. Ha aparecido el cuero de ternera en un tono de sangre de buey, apto para el zapato Oxford para todo uso. El castaño y el negro comparten la preferencia y quizás el primero se lleve más. El taco bajo continúa favorecido para el tipo de calzado sólido. Los tintes castaño, con un delicado matiz cacao son muy adecuados para la calle.

Brochados en tonos metálicos suaves aparecen en forma graciosa bajo los extensos vestidos de velada.

En París se nota la preponderancia de los zapatos escotados, tanto para el uso diario como para la noche. En «crêpe de Chine» negro acompañan los trajes de tarde semilargos. Hay una tendencia manifiesta a usar calzado de baile del mismo tejido del vestido; pero, asimismo, se favorece el contraste complementando por ejemplo, un vestido de noche en lamina de oro con zapatitos en verde brillante.

Los sombreros se llevan sin alas o de amplio borde, como la capelina irregular. Negro y turquesa, colorado, plumitas, alas dobles, maravillosas pajas exóticas son los motivos esencialmente nuevos. Los múltiples modelos expuestos en los últimos días constituyen ejemplos que exteriorizan una perfección y hermosura pocas veces alcanzadas. Los colores verde, negro y castaño no deben faltar en el guardarropa de la mujer que sabe vestir.



EVITE LAS CANAS

haciéndolas desaparecer con la tintura

OMBRINA 18

Esta tintura devuelve al cabello y barba más encanecidos, su color primitivo, dándoles, además, una brillantez y flexibilidad sedosa, y los matices obtenidos son perfectamente naturales y estables.

Se garantiza que OMBRINA "18" es inofensiva e inalterable y no contiene substancia nociva alguna.

Se expende en los siguientes colores: Negro, Castaño oscuro, Castaño, Castaño claro y Rubio.

DE VENTA EN LAS BOTICAS



¡Chita... con el Almanaque lindo!

ESTA SEMANA APARECE EL
"ALMANAQUE PARA TODOS"



Precio:
4
PESOS

Precio:
4
PESOS

PORTADA EN COLORES

LOS 365 DIAS DEL AÑO con su recuerdo histórico.
50 PRECIOSOS RETRATOS e informaciones del Cine: Greta Garbo, Anita Page, Bessie Love, Mary Pickford, Jannings, Barrymore, Norton, Dolores Costello, etc.

CIEN CUENTOS de primer orden, sentimentales, delicados.

TODLO LO QUE INTERESA A LA MUJER: consejos para el cuidado de la belleza, la costura, la cocina, bordados, modas, la medicina casera.

100 MODELOS para bonitas labores.

DOS NOVELAS completas, que por sí solas valen cuatro veces el precio del Almanaque.

200 POESIAS: de Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Manuel Magallanes, Gutiérrez Nájera, Guillermo Valencia, Max Jara, María Monvel, Rubén Darío, Alfonsina Storni, Villaespesa.

LOS GRANDES POETAS: de Francia, de Alemania, de Italia, de Argentina, de Chile, de España.

LOS BUENOS AUTORES CHILENOS: cuentos, poesías, estudios.

1,000 CHISTES: ¡para reventarse de risa!

200 PLATOS EXQUISITOS para la cocina: 200 recetas escogidas.

600 ARTICULOS con todas las variedades literarias, artísticas, científicas, históricas.

MAS DE 1,000 GRABADOS PRECIOSOS

Para la buena ama de casa

UN MODELO DE COLCHON PLEGABLE COMO SECAR LA ROPA

La moda impone actualmente los sillones bajos. Los lechos son de composición absolutamente simple: un armazón y un colchón. Algunos almohadones diseminados ante la estufa chimenea sirven de asiento a los que el cansancio de los deportes invita al reposo.

Ciertas personas, por indicación médica, descansan extendidas, no sólo después de las comidas, sino también una o dos horas por día, rodeadas de calma perfecta. Existe para ese propósito un modelo de colchón plegable, que puede ejecutarse fácilmente, útil y cómodo a la vez. Se compone de cuatro colchoncitos de sesenta y cinco por sesenta centímetros, reunidos alternativamente arriba y abajo en una de las líneas transversales y bordeados de un «burlete» como un colchón ordinario.

Cuando este acolchado está replegado, se presta como sillón, como un simple «pouf» o como una silla si se le apoya contra la pared. Puede forrarse el colchón en cretona, paño terciopelo u otra tela de tapicería. En terciopelo negro, embastado con botones de oro, resulta de un efecto precioso. Se le rellena de paja de Java o de algún otro material análogo.

Por causas diversas, algunas de mis lectoras no pueden alojarse en departamentos vastos y deben contentarse con uno de proporciones reducidas. Se trata, entonces, de aprovechar ciertos inventos prácticos y económicos con el fin de hacer el hogar familiar y cómodo.

Por las mismas razones de economía, suele lavarse en casa la lencería fina, y sobre todo la ropita del nene. La acción de secar resulta a veces dificultosa, ya por falta de espacio o por el mal tiempo, que no permite colgar la ropa al aire libre. He aquí un aparato para secar, de fácil construcción, que cualquier carpintero podrá confeccionar sin inconvenientes.

Está formado por un marco de un metro cincuenta centímetros por uno y cincuenta, en varias varillas de madera de diez centímetros de ancho y cinco de

espesor. Una varilla atravesada, colocada en el centro, consolida el marco. Los hilos de alambre destinados para tender la ropa, se sujetan con pitones atornillados en las varillas.

Si se tiene en cuenta el peso de la ropa mojada, la madera elegida para el marco debe ser sólida. Cuatro grandes pitones más se fijarán en los ángulos, dejando pasar las cuerdas de suspensión que terminan en una firme argolla.

En el cielo raso se hará colocar una polea o, sencillamente, un grueso pitón, a través de cuya abertura pasa la cuerda que suspende el marco, deslizándose

luego por otra polea semejante, incrustada en el ángulo de muro y techo, y descendiendo finalmente a lo largo de la pared, donde un clavo gancho permitirá retenerla. De ese modo el «secador» podrá bajarse a la altura requerida para colgar la ropa. En seguida se volverá a subir y las prendas se secarán sin inconvenientes.

Este marco puede instalarse igualmente en el cuarto de baño, pintándolo de blanco y rodeándolo con un ancho volante de cretona. Si se deseara un aparato más grande, una doble hilera de hilos de alambre le proporcionará dos escalones.



**UNA
COMBINACION
EXQUISITA
AL PALADAR**

Cremona

Marca Registrada

Reemplaza a la crema y es más deliciosa.

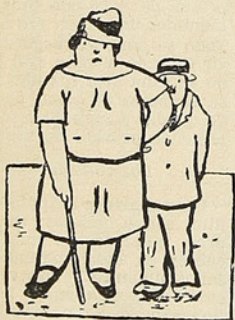
“CREMONA” con frutillas, fresas, zarzamoras, frambuesas, etc., como con frutas cocidas o al jugo, forma un postre sumamente apetitoso.

¡Pruébela con Avena!

En los nuevos tarros de medio tamaño que se venden ahora, hay una gran economía para la dueña de casa, que desea tener cada vez “CREMONA” fresca.

Leche evaporada (sin azúcar) “CREMONA”

Fabricada en Graneros (Chile) por
WEIR, SCOTT & CIA,



—Oye, Lulú: empiezo a estar cansado...

—Es inútil, Manuel... Hoy no te llevo auestas.

LA COCINA ELEGANTE

Chicken Pye

Este primer plato que hoy presentamos es de lo más exquisito que puede pedirse, capaz de satisfacer el más refinado gusto del "gourmand" más exigente. Nuestras lectoras pue-

den proporcionar con él, a los suyos, un verdadero extra, si leen detenidamente estas líneas.

1.º Preparar unos doscientos gramos de masa de hojaldres. 2.º Cortar en presas dos pollos chicos o, en su defecto, uno grande, sazonalos con sal, pimienta, nuez moscada rallada, colocarlos en una cacerola baja y algo grande con un poco de manteca y aceite bien caliente, y estando las presas doradas de ambas partes agregarle unas cucharadas de cebolla picada fina, un par de dientes de ajo igualmente picado, un atadito compuesto de perejil, tomillo y laurel, remojar con una media copa de buen vino, hacer reducir, adjuntar al pollo un par de cucharones de caldo, un poco de extracto de jugo de carne, unas cucharadas de salsa inglesa, una latita de champiñones cortados por la mitad, un poco de extracto de tomates y hacer cocinar por unos veinte minutos. Estando todo cocido, dejar enfriar. 3.º Preparar de antemano o mientras se enfria el pollo, lo siguiente: tres huevos cocidos auros y cortados en cuatro a lo largo, unas papas hechas a la cucurita y blanqueadas, unas tajadas de panceta ahumada frita a la sartén, unas tajadas de jamón crudo igualmente fritas a la sartén y una pequeña cantidad de masa hecha con harina y agua, simplemente. 4.º Elegir una terrina honda, ponerle al borde la masa compuesta de harina y agua, pegando esta con clara de huevo, colocar luego en el interior las presas de pollo, los champiñones y el jugo del mismo pollo, ponerle por encima las papas, los huevos, el jamón y panceta, esmar la masa (mojare), tapar la parte superior de la terrina, apretar bien la masa, adornar encima con recortes de la misma ayudándose de un cortapastas (cortapastas son moldes para cortar las masas), pintar encima con huevo batido, colocar la terrina en horno de calor moderado por espacio de una hora mas o menos y servirse al salir del horno, mandándolo sobre una fuente con servilleta.

Flan de nueces

1.º Poner en una cacerolita 50 gramos de azúcar, removerlo con dos cucharadas de agua y cocinarlo a fuego vivo. Cuando el azúcar está casi quemada, volcarlo en una budinera para acaramelar el fondo únicamente. 2.º Poner en una cacerola 200 gramos de azúcar, una barrita de vainilla, un litro de leche y colocar al fuego. Aparte, en una taza se ponen 6 huevos enteros, dos yemas, se baten con un batidor, se le agrega de a poco la leche hirviendo, se pasa por un colador, se rellena la budinera acaramelada y se cocina a horno de calor moderado en baño-Maria por unos 50 minutos más o menos. Estando la crema cocida y bien fría, pasar alrededor de la budinera un cuchillo y desmoldar en una fuente.

El arroz con pato

El arroz con pato se prepara así: Primero se mata un pato, se le despluma y se lava bien partiéndolo en pedazos. Después en una olla grande se prepara cebolla, manteca, ajos, pimienta, ají molido y dentro de esto se echan las presas de pato con todas sus menudencias. Agua y arvejas. Todo se pone al fuego a hervir. Cuando el pato está blando se echa el arroz hasta que se consuma el agua, pero ha de quedar jugoso. También se le ponen pedazos de papa.

Los tallarines

Los tallarines de pato o gallina son especiales; se compran tallarines de huevo; se cuecen en agua hirviendo con sal y pimienta y una vez cocidos se ponen en la fuente, una capa de tallarín, otra de mantquilla derretida y queso parmesano, otra de jugo de gallina o pato con salsa de tomate y aceitunas, otra capa de pollo, pato en tajadas y se cubre con jugo, queso y mantquilla, se pone por un rato al horno.

LA DAMA ELEGANTE

Y ESPIRITUAL USARA
SIEMPRE EL

TE LUXOR

compuesto de hierbas, porque éste mantiene su cuerpo sano, y fresco su espíritu.

TE LUXOR es laxante, suave y diurético, estomacal y muy agradable al paladar.

AYUDA A ADELGAZAR

En las buenas Farmacias.

M. R.



Ya los ves
van
alegres
y dichosos.

No arrastran lastre consigo.

Y todo por haber hecho una cura con HELMITOL. Ahí tienes el resultado de emplear las TABLETAS DE HELMITOL. Ya sabes que, las vías urinarias son los órganos de nuestro cuerpo que ofrecen terreno más propicio para toda clase de gérmenes de enfermedades, además en los riñones y en la vejiga se forman cálculos y arenillas que son como las escorias en una fragua. Ese lastre que produce tantos dolores te lo puedes evitar gracias al HELMITOL, que impide su formación en las vías urinarias, y lo elimina debido a su acción desinfectante y purificante.

Tabletas de Helmitol



M. R.: a base de anhídrometilencitrato de hexametilentetramina.

TELAS DE ALGODON

La tela de algodón, Cenicienta de otros días, fué al baile y halló al príncipe. Vive ahora más feliz que nunca. Su época de uso regular, casero ha terminado, y los más grandes modistos de París le concedieron el derecho real de aceptación. Vuelven estos señores a prestar su atención al organdi, y le dan el detalle de confección que siempre prodigaron a la seda. Conociendo el efecto juvenil de la pana en su sencillez, la adaptan a la innegable distinción del abrigo corto, adecuado sobre un vestido amplio y largo.

El piqué blanco, que alegraba últimamente, en juegos de cuello y puños, todos los trajecitos oscuros, enterizos, reaparece para los calurosos días de verano, cuando su frescura se hace irremplazable en vestidos de uso diario. Cómodos, sin mangas, acompañados de un sombrero en paja Bakú y guantes blancos, cortos y holgados, constituye una indumentaria agradable.

La lencería en fina tela de algodón mercerizado es muy buscada por las damas elegantes. Se presta especialmente para los viajes a las afueras, durante las vacaciones estivales.

Algunos de los materiales de algodón

más interesantes son: piqué con minúsculos cuadros, adecuado para deportes y trajes de playa; «tweed» de trama abierta, fresco semejante a la tela de hilo; encaje, tejido en nuevos y diminutos motivos y que sirve para hacer un nuevo modelo: el traje de saco en encaje.

Existe, asimismo, un madrás para vestidos sencillos, fácil de lavar. Hay géneros a rayas, en azul y blanco, para conjuntos de playa, que lucen muy bien con la adición de un voluminoso sombrero de paja.

Para las jovencitas son las muselinas a lunares, los pequeños frunces, los sombreros de grandes alas. Estas muselinas pertenecen a la categoría de las telas de algodón para la tarde, que incluye también el encaje, redecilla, «voile» y organdi.

El sombrero en este último tejido ha primado ya en veranos anteriores y vuelve a aparecer ahora. Se anuncia una forma en tela de hilo, para playa, que puede hacerse, asimismo, en tela de algodón, con un borde ancho que se abotona en la copa cenida a la cabeza. Puede sacarse el ala y llevarse el turbante solo.

Una pechera delicada y puños en organdi comunicarán nueva vida a un vestido obscuro, usado en temporadas pasadas, y su gracia se hará notar en seguida.

Los accesorios de playa aprovechan las características del tejido de algodón. Con esas telas baratas, en colores simples, rayadas o lisas, pueden forrarse las sillas, los almohadones, el quitasol, etcétera.

CONSEJOS PRACTICOS

Para limpiar los impermeables

Tanto los impermeables como todos aquellos vestidos que estén protegidos o que en su textura entre el caucho, basta lavarlos con agua y vinagre. Como la mancha más frecuente es el barro, y éste es, por lo general, alcalino el vinagre se combina con él haciendo desaparecer la mancha.

Jabón en polvo.	250 gramos
Amoniaco.	10 "
Agua de Javelle (lavandina).	165 "
Agua común.	155 "



BUICK

para

1931

De cada cinco dueños de BUICKS

cuatro vuelven a comprar Buicks. ¿Qué mejor prueba de la satisfacción que brinda? No obstante los grandes triunfos alcanzados anteriormente por Buick, puede usted tener la seguridad de que los modelos Buick para 1931 superan a sus predecesores.

No deje de verlos donde

MORRISON Y CIA

VALPARAISO
SANTIAGO



UN MOSQUITO (x).—Oye: a éste no se te ocurra picarle en las orejas. El otro día le picó mi hermano, y a las dos horas lo enterramos.

EL OTRO.—¿Cómo es eso?

—Sí; es que oye todas las noches la radio.

Conserve su Juventud y Alegría

evitando las irregularidades que muchas veces son causa de serias molestias por medio de una higiene íntima adecuada.

La mujer moderna debe saber que no es conveniente experimentar con medicamentos desconocidos ni tampoco confiar en métodos antiguos que son insuficientes.

Mediante la elaboración de

FORMOSAPOL 18

la ciencia moderna ha puesto al alcance de todas un preparado de eficacia reconocida y completamente inofensivo para la higiene íntima de la mujer.

FORMOSAPOL "18" es el antiséptico ideal, pues la libra de todas las preocupaciones y molestias que son causadas por las bacterias perjudiciales las cuales destruyen sin perjudicar ni las más delicadas mucosidades del organismo.

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Envase de venta:

Frascos de 100 gramos.
Frascos de 250 gramos.

DRUGERIA DEL
PACIFICO, S. A.

Suc. de Daube y Cía.

Valparaíso, Santiago,
Concepción, Antofagasta,
Llay-Llay.

M. R.



Base: Formaldehído, jabón potásico, alcohol y esencia.

COPLAS DE OCASION

Mayo florido: aquí estoy...
Ya adivinarás que soy
el coplero de ocasión,
que desde que el mundo es

llego, atrevido y jocundo,
a ofenderle su canción.

Si, Mayo, soy el coplero,
que implacable y palabrero
cumple como un ritual
inevitable y sagrado,
hacer, cursilón y osado,
tu elogio chirle y banal.

Quiéren mi suerte y tu daño,
que me corresponda hogaño
evidenciar mi osadía,

poner tu paciencia a prueba
y dar como cosa nueva
mi ramplona poesía,

en la que será forzoso
que, cansador y latoso,
diga, plagiatario y servil,

que eres tú, Mayo risueño,
hijo del viento marceño
y de las lluvias de abril.

He de ensalzar tus primores,
llamarte el "mes de las flores,
florón de la primavera",

y he de asegurar que eres
el mes en que las mujeres
aman con pasión sincera.

He de decir que Natura

en tu reinado inaugura
su más gayla floración
y viste por ti de gala,

—que esta frase, vacua y mala,
aunque mala, es de cajón—

Hablaré de las praderas
verdosas y placenteras,
de Febo, que argenta el río,
de náyades agraciadas,
de sílfides, de driadas
y del mar glauco y bravo.

Diré que en tus noches be-
(llas

lucen doble las estrellas
(que esto es consentido error
que acredita de poeta);

diré que la violeta,
la rosa y el risueño,
celebrando tu llegada,

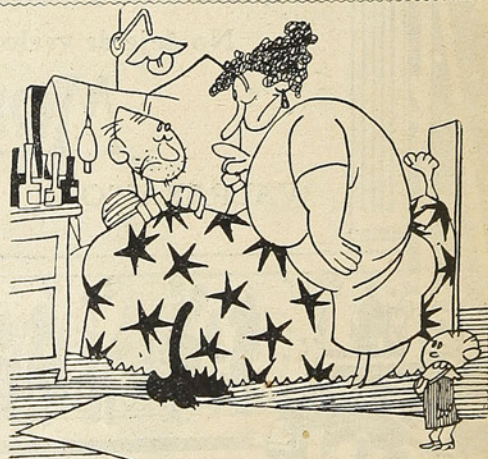
como una fiesta esperada,
dan, o su aroma mejor,
o su más sonoro trino,

mientras siguen tu camino
como una corte de amor.

Y, harto de plagiar dislates,

te daré mis disparates
como cosa original
y quedaré satisfecho,
seguro de que te hecho
tu canto de ritual.

M. TOL.



—Mira, te voy a sacar tu trajecito nuevo para que te lo vayas poniendo, porque luego los quedarás tan tiesecitos!

EL RONQUIDO

Se habían conocido en la Fonética. Ella era dactilógrafa y él uno de los apoderados de esta importante empresa. Casáronse al cabo de algún tiempo, y en la noche de bodas, en el momento en que él se durmió, no tardó ella en experimentar una pequeña decepción.

—¡Caramba! Es que ronca.

El roncabá, en efecto. Sin embargo, a un hombre a quien se ama, se le perdona todo. A partir de la tercera noche, comenzó ella a acostumbrarse al ronquido de él; y hasta le encontraba cierto encanto.

Pero todo se atenúa; todo pasa, incluso el amor. Diez años habían transcurrido. Ella lo seguía queriendo, pero con un cariño amistoso.

La amistad es menos indulgente que el amor. Y, además, es posible que habiendo él envejecido, roncara más ruidosamente.

Muchas noches despertábase ella sobresaltada de sentir un ronquido más sonoro que los precedentes y entonces lo despertaba y comenzaba una discusión en que ella se mostraba cada vez más implacable.

Una noche, el marido, colérico exclamó:

—Ya estoy harto, ¿sabes? ¿Dices que ronco? No lo creo; pero, aunque así sea, ¿tengo yo la culpa? Te lo repito: basta ya; estoy harto... Si no estás conforme, vete; y si no te quieres ir, ronca tú también...

Como empleados de la Fonética, tenían en su casa todas las creaciones de la fábrica, incluso el célebre fonético Heracles, susceptible como sabe todo el mundo, de registrar los sonidos más tenues y reproducirlos después, ampliándolos a voluntad. Ella se levantó, corrió al salón y apartó el Heracles. Aproximóse de puntillas a la cama, colocó la placa sensible del aparato ante la boca del durmiente. Durante diez minutos estuvo ella cuidando de recoger concienzudamente los ronquidos de su marido.

Al día siguiente, cuando, alrededor de las diez, se acostaron ambos, ella pretextó un cansancio inhabitual para apagar la luz en seguida y fingir que se dormía, después de haber hecho lo necesario para que debajo de un sillón, puesto a la cabecera de la cama, del lado de ella, se elevase pronto — mientras el marido

trata en la obscuridad de conciliar el sueño — un ronquido rítmico y potente.

Esta vez fué él quien despertando a su mujer, le preguntó:

—¿Qué ruido es ése, Lola? ¿No oyes? — ¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Qué ruido es éste? contestó Lola con naturalidad. — Soy yo, que ronco... Ahora me toca a mí, ¿no es justo? O, mejor dicho, y para confesarte la verdad, eres tú, también, tú, que sigues roncando... Así te vencerás de que por la noche eres un hombre imposible... ¿Lo reconoces? Ese es el concierto que desde hace trece años vengo escuchando todas las noches... ¡Confiesa que no es muy agradable!

Al fin, después de disputar mucho, se levantó él de la cama, se apoderó del Heracles, y fué rabioso a guardarlo debajo de un armario.

POR

Max y Alex Fischer

Justino ha muerto hace tres semanas.

Cuando, después de enterrado, su mujer se vió sola al llegar la noche, en el gran lecho donde desde hace un cuarto de siglo dormían juntos, se sintió tan desorientada, que a poco de haberse acostado, no pudiendo soportar por más tiempo esa soledad, a la que no estaba acostumbrada, se levantó y anduvo por la habitación sumida en dolorosos pensamientos.

De pronto al abrir maquinalmente la puerta de un armario, se acordó del aparato registrador, que muchos años antes, había terminado — idea maquiavélica — de utilizar para recoger los ronquidos de su pobre marido. Al contemplar el aparato, no pudo menos que sonreír con ternura.

—¡Ah! ¡Qué feliz tiempo aquel! ¡Ahora ya estoy sola, sola para siempre! — Y, en seguida como si cometiese un acto censurable, cogió con cautela

el aparato y fué a colocarlo en la alcoba, sobre la mesa de noche que estaba a la cabecera correspondiente a su marido. Se acostó después. ¡Oh, milagro! A pesar de los años transcurridos, el aparato funcionaba perfectamente. Lo puso en marcha y se durmió, imaginando que su marido seguía roncando junto a ella. Y desde entonces, todas las noches, escondiéndose de la criada, antes de apagar la luz para dormir, instalaba el Heracles sobre la mesa del difunto y reproduce el ronquido que le pareció intolerable durante tantos y tantos años...



Lo que el Bebe y su Hermanito Necesitan

NOVEDADES EN LANA, FACIL PA-
RA TEJER A CROCHET Y
PALILLO

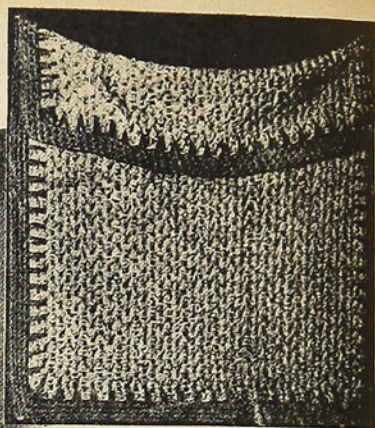
1.—El ramito para los chicos: Una misma puede hacer estos ramitos; las florcitas en lana rosa y los palitos y hojitas, verdes; es un encantador adorno para los vestiditos de los pequeños.

2.—Indispensable para los paseos, es el lindo paltocito con su correspondiente gorrito. Se teje con lana rosa pálida a crochet en punto entero. Las orillas van adornadas con dos corridas en punto de conchita, una blanca y una celeste pálido.

3.—Especial para el tiempo frío, es este trajecito con polainas. Está tejido a crochet en un punto sencillo con lana rosa. Las polainas se tejen junto con el corpiño. El pull-over es cerrado hasta arriba, con vueltas blancas en las mangas.

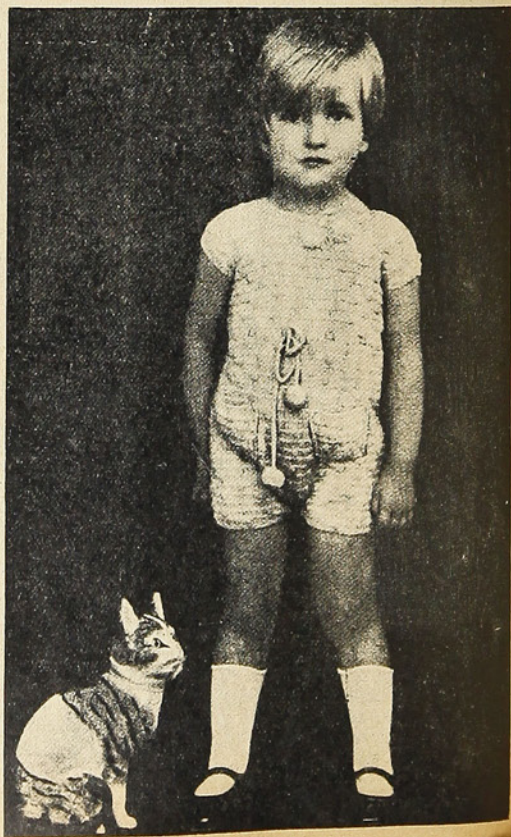
4.—Abrigadora es la colchita para el coche o cunita. Tejada a crochet con lana blanca y rosa (las dos lanas se tejen juntas), por la orilla, una corrida con lana rosa. Muy bonita queda también en lana blanca y celeste, o blanca y verde. Tamaño más o menos 68 cms. por 86 cms.

5.—El lindo traje-cito les queda tan bien a las niñas como a los hom-brecitos. Se teje a crochet en punto entero con lana amarilla pálido y cuadrados color lila. Las mangas también se pueden tejer largas. En el escote se pasa un cordón y uno más grueso sirve

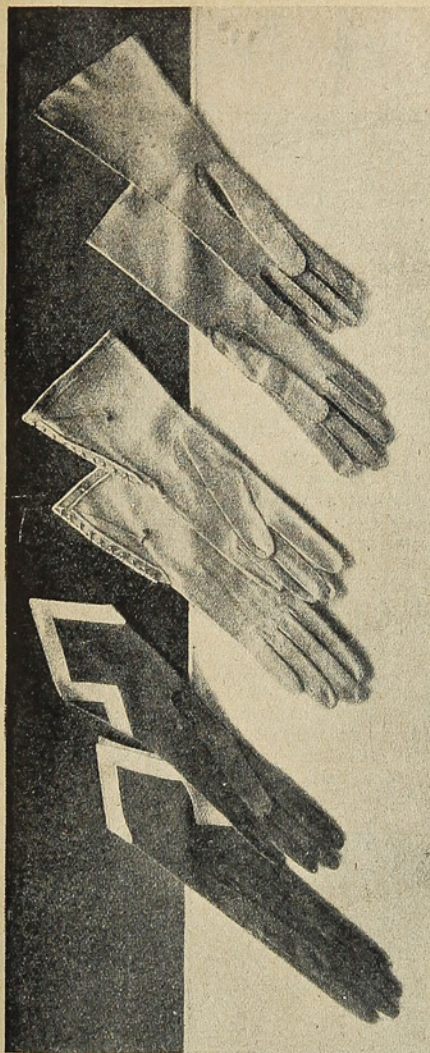


de cinturón. En cualquier otro color más obscuro queda muy bien y práctico.

6.—Esta chombita, guantes y medias, son el complemento del ajuar del niño. Todo se teje a palillo en punto, todo al derecho con lana fina blanca. Los guantes y medias son todas blancas, en cambio la chombita va orillada con lana color rosa o celeste.



Algunos Detalles de la Moda



LOS GUANTES NUEVOS

Han retornado: se llevan largos, semilargos y cortos. Los extensos guantes negros constituyen la última novedad. Mitones y guantes de encaje, también se ven. Los brazaletes de florecillas “rococó” completan la fantasía.

EL CUERO TRENZADO

Con el cuero trenzado se fabrican para la indumentaria deportiva unos juegos de accesorios muy interesantes: collar, pulsera, cinturón de cuero claro, en cuyo extremo se fija una fruta y su follaje, de cristal teñido.

ADORNOS PARA VELADA

Un peinetón para la nuca, sujeto en el mechón de rizos y un collar correspondiente, se ven con frecuencia. Ambas joyas están hechas en placas de cristal, engarzadas en oro o en plata.

LOS ZAPATOS FLORIDOS

La camelia, blanca o rosada, se coloca sobre el zapato plateado o dorado, para uso de noche. Una hebilla de fantasía cierra la presilla sobre el tobillo. Es el tipo Salomé el que se lleva con preferencia con ese detalle florido.

LA BOGA DEL AZUL

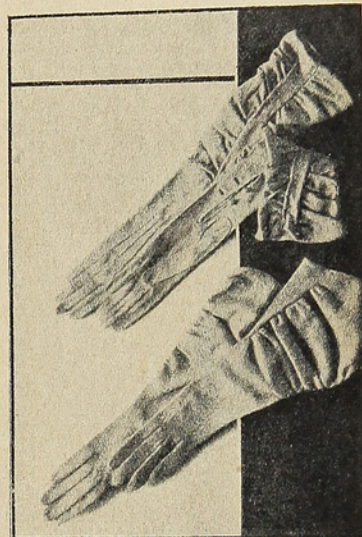
Los coloridos son en algunos casos de una audacia hábil en sus motivos imprevistos. Pero en primer lugar, es el azul sobre blanco el que afirma como armonía clásica para las horas vespertinas.

LOS PEQUEÑOS ABRIGOS

Sobre los vestidos hechos en muselinas, en velos, en crespones, estampados o unidos, los abrigos de formas originales, cortados en el mismo tejido, parecen hacer juego con ellos. Un modelo lleva, por ejemplo, un aldón agregado en el talle, remendando la parte inferior de una casaca; otro, una simple chaqueta, recta adelante; otro, una pelerina o capa.

Las impresiones dispuestas geoméricamente siguen gustando. Obedece a ese afán del equilibrio que conduce el arte moderno hacia su perfección.

Son agradables a la vista, y dan a la silueta gran precisión.



FALDAS MAS LARGAS

Sin exagerar su extensión, los vestidos elegantes descienden aún un poco más; han recuperado el capricho de los paneles, que, calando la línea, no pesan sobre el conjunto.

MUCHOS PLEGADOS

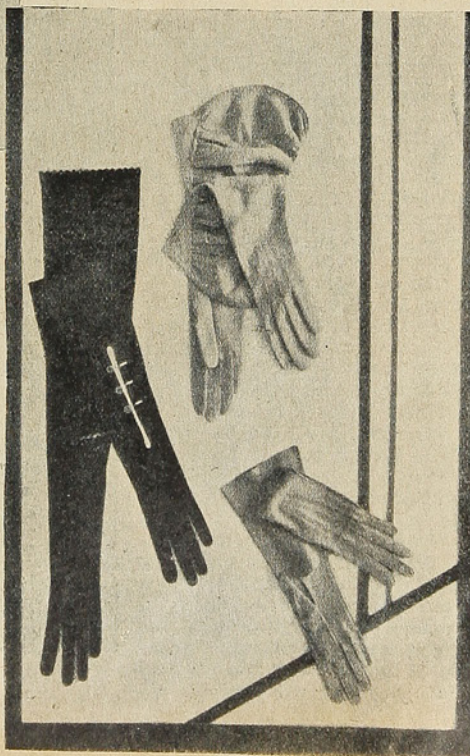
Los plegados finos están decididamente de moda. Se hallan en detalles, tan bien sobre los vestidos como en los tapados livianos. Regulares y de aire juvenil tienen la elegancia de la sencillez.

LAS MANGAS “A TRANSFORMACION”

Las mangas obtendrán franca aceptación en esta temporada; se las llevará según el gusto personal: cortas, largas, semilargas o bien se las suprimirá completamente para lucir los brazos. La manga que llega al codo da pretexto a infinidad de fantasías gentiles. Sobre un precioso vestido de tarde, en crepe de China, negro, estampado con florecillas rojas y beige, la manga posee ligeros “godets” y puede completarse con unos mitones en tejido similar, trocándose así en manga larga cuando se desea.

EL BORDADO TRIUNFA

Las telas lisas parecerían un poco monótonas, a pesar de los detalles de su confección, si el bordado no viniera a asegurarles el socorro de sus hábiles composiciones florales y de sus relieves.



LAS GRANDES



LADY HAMILTON

No las llamaré grandes amorosas. La categoría de las grandes amorosas sólo pertenece a las mujeres que dieron cuerpo y alma, sin cláusulas o restricciones, al ciego sacrificio del amor. Aquí abro un paréntesis. Hagan ustedes el favor: apaguen la sonrisa desdeñosa. Yo dije las que dieron. No he dicho las que dan. Conozco el tiempo en que vivo. Y sé, por eso mismo, que el amor pasó de moda desde que Rusia denunció a Cupido como el más abominable de los burgueses, poniéndolo en fuga de la comunidad social, apodándolo Ché-Ché, asegurándole con hebillas cascabeles de Arlequin y reduciéndole a ejemplar de museo o caso de manicomio.

Y, cerrado el paréntesis, volvamos al principio. Las grandes amorosas, observaba yo, fueron las que todo lo entregaron, sin exigir en cambio nada.

No fué gran dominadora Eloisa, la festejada sobrina del canónigo Fulbert, renunciando comodidades y dignidades a favor de Abelardo, que la quería más por el espíritu que por el corazón. No fué gran dominadora Mariana, la notable monja de las cartas incomparables, olvidando las exigencias del monasterio y las conveniencias de la familia por la seducción de Chamilly, que en breve sintió el disgusto de la copiosa miel de sus labios. Grandes dominadoras no fueron la apasionada Lucrecia Crivelli, el hermoso e instantáneo capricho de Francisco I, ni la sincera señorita de La Vallière, el lindo y efímero romance de Luis XIV. Pero fué gran dominadora la tranquila y egoísta Diana de Poitiers, la que se ofreció en la desnudez del Paraíso al escoplo de Juan Goujon, la que trocó en esclavo de sus ligerezas y frivolidades al mismo rey Francisco I, reduciendo a la intolerante Catalina de Médicis, su madre, a la subalternidad de vasalla. Y fué gran dominadora la inaccesible y fría Montepán, que sabía excitar el interés y oponerle oportuna es-

quivez, y dominó por los favores concedidos y no por los afectos experimentados, a aquel mismo rey Luis XIV, sometiendo a la corte entera a sus mandatos de voluntariosa.

Retrocediendo en el tiempo y en el espacio, entre otras innumerables, se nos depara Aspacia de Mileto, en Grecia. Házcelo perder la cabeza a Pericles, el mayor de todos. Y la perdió en tal forma, que repudió a su legítima esposa para conferirle a aquélla el lugar de la repudiada. ¿Por qué Aspacia le dedicase más ternuras que la primera esposa? Tal vez... por dedicárselas menos, y porque le irritaba los sordos impulsos del corazón como la falsa sonrisa que extasiaba a Sócrates y perturbaba a Alcibiades, aunque ni de cerca ni de lejos correspondiese al pacto común de las transigencias limitadas. Y, en Grecia todavía, tenemos una nueva dominadora. Es Friné. La armoniosa e incomparable Friné. La que tuvo sujeto por la vida toda, como pequeñuelo a las faldas de la madre, el escoplo genial de Praxiteles revelándole las líneas purísimas de que surgió la Venus de Gnido. Y el sometimiento del gran escultor era menos la resultante del prestigio de la belleza corpórea que el recelo de perderla, olvidada del artista en aquellos pecados que obligaran a Hipérides, en audiencia de tribunal, a fin de que los jueces los perdonasen, a rasgarle la clámide y a revelar el maravilloso sortilegio de sus formas inmortales. Y si Cleopatra arrebató e hizo desvariar a Antonio, el desvario y el arrebato no fueron solamente el estímulo del amor en correspondencia con el amor o de la hermosura cautivando los sentidos. Debieron nacer antes el encanto imprevisto del ritmo y de la esbeltez que musicaban su andar, de aquella gracia e ingenio denunciados por Delio, quien decía ser necesario escucharla y respi-



«LUCRECIA CRIVELLI», por Leonardo de Vinci

DOMINADORAS

rarla para sentir su divina irradiación, todo eso acrecentado por el sortilegio de la galera en que teatralmente apareció en el mar, galera de popa de oro, remos de plata y velas de púrpura.

Es el caso de la Ribeirinha, la dama del siglo XII y de la corte lusitana que redujo a paje obediente al valeroso rey don Sancho I. Y el caso de Leonor Teles, la única mujer que convirtió en constante al inconstante rey don Fernando el Hermoso.

La Pompadour, dócil instrumento de las sollicitaciones de Luis XV, no hubiera sido sino el episodio de una semana o de un mes en la vida galante del real señor. La Pompadour, después del rey y del reino, fué al final la reina y la realeza de la Francia contemporánea de su mocedad, porque llevó todos los primores de la seducción y todas las frivolidades del mundanismo a suscribir alianza con todos los dones de su belleza.

Los rasgos fisonómicos más sobresalientes de la máscara de Ninón de Lenclos — precursora y maestra de la Pompadour, — esa a quien madame de Sévigné calificó de Aspasia del siglo de Luis XIV — eran la incredulidad en los amigos y la volubilidad en los afectos. No acreditaba, porque no sentía. Y como no sentía afecto por éste, fácilmente lo confesaba por aquél, lo que le confirió fama de máxima dominadora entre las de su sociedad y de su tiempo. Tal como la terrible Armanda Bejart, incapaz de afecto profundo, llenando el corazón de Molière de angustias atroces y conmovidas ansiedades. Exactamente como la mujer de La Fontaine, la voluble Champollé, que con sus livianas actitudes hizo desbordar la hiel en el alma enamorada del insigne fabulista. Napoleón, el conquistador de medio mundo, fué conquistado por Josefina cuando ésta más y mejor ponía en pie de guerra sus artes de coquetismo.

Chateaubriand no quiso de alma y corazón a ninguna como a madame de Récamier, que contaba por los dedos el activo militante de sus adoradores.

No, amigos míos; no son las mujeres que más aman las más amadas. No son las más amadas las mujeres más hermosas. Son las que poseen el ingenio instintivo de transformar en fantoches pasivos de fútiles caprichos a los hombres que caen bajo su varita mágica. Son las que en las medidas de las compensaciones usan invariablemente la rígida aritmética del cálculo, nunca las prodi-



«CATALINA DE MEDICIS». (Cuadro de F. Matania).

galidades fáciles del sentimiento. Las aborramos con aire de altivos vencedores y de ahí a poco somos humildes vencidos. Las pedimos la mitad de lo que a ellas les damos, y cuando mucho nos conceden un tercio.

Aplicase la regla en la misma proporción a los hombres: el más querido, por lo general, es aquel que menos quiere. Y esto corrobora la sabia definición del amor: dueto en que uno canta y otro finge que hace las veces de cantar.

GERARD DE NERVAL

Nerval, el millonario de la rima
Y el mendigo de bienes terrenales,
Alza regios palacios ideales
De hosca montaña en envolada cima.

Su ambición de comarcas siderales:
Nevalis vive en él. Nada hay que oprima
[ma]

La quimera le dió alas inmortales
Y una antorcha, a su paso, en cada
[cima]

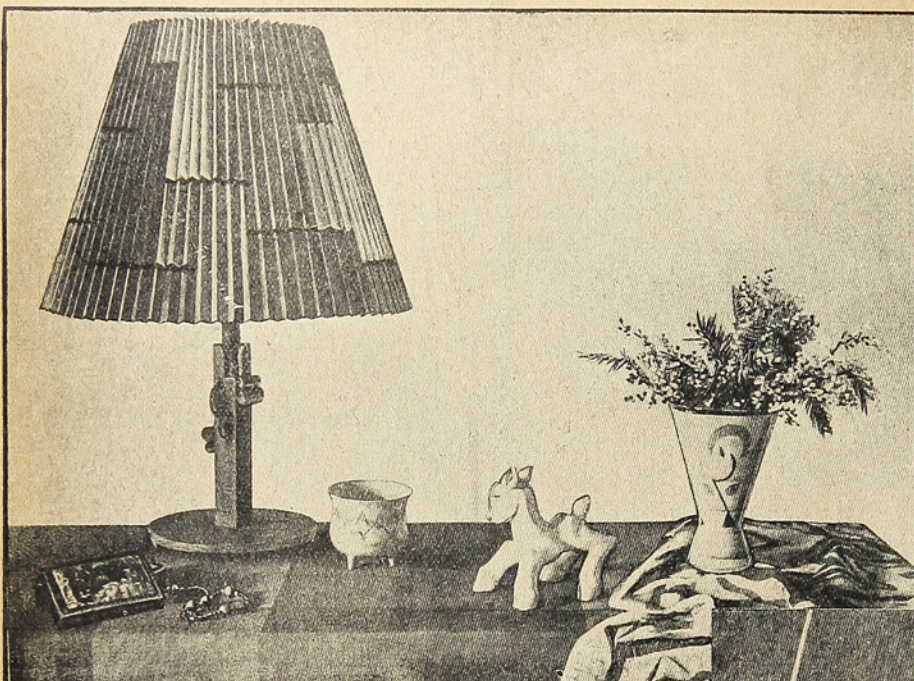
Debajo su arambel fulge una aurora;
[trora];
Como el alma de Assis era sonora
La suya, reflejando el Universo...

Mientras la ignora multitud se mo-
[fa],
Labra y esculpe el oro de la estrofa
Para el diamante espiritual del verso.

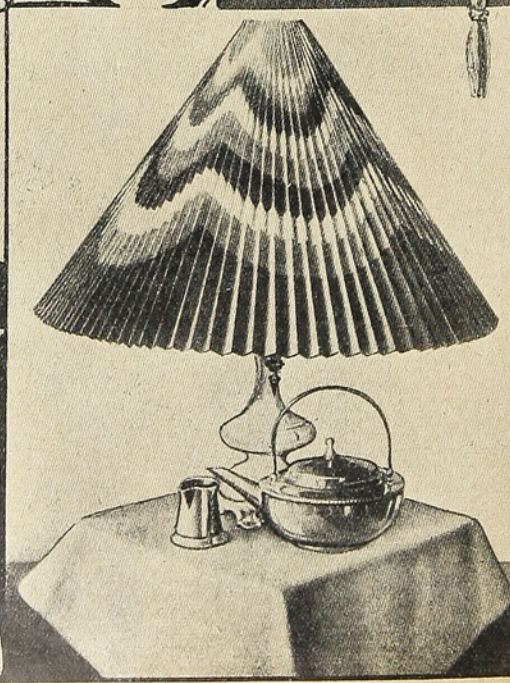
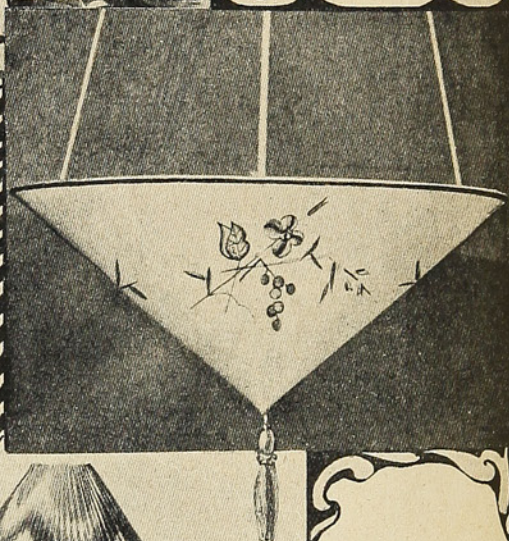
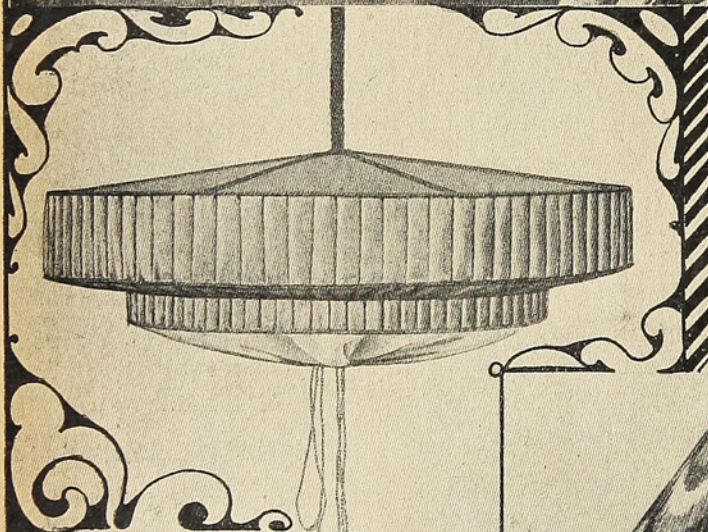
LEOPOLDO DIAZ

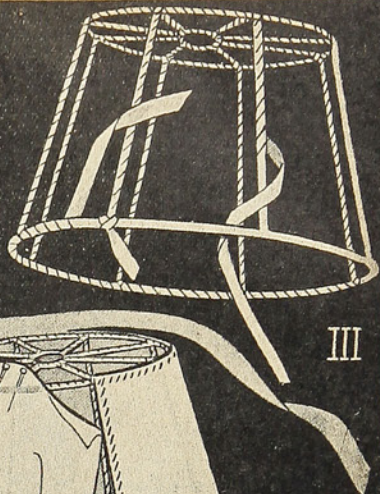
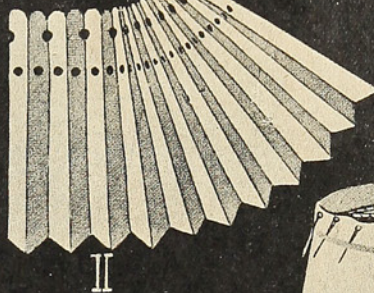
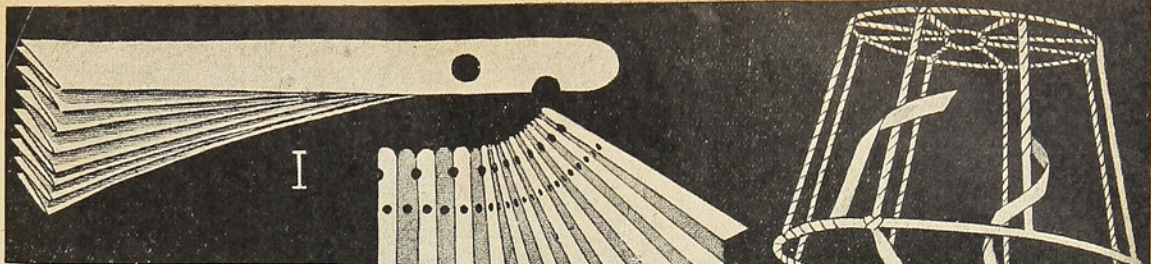


«LA EMPERATRIZ JOSEFINA». (Cuadro de Prud'Homme).



*Modelos prácticos
para ejecutar fá-
cilmente pantallas
de papel pergami-
no, en varias for-
mas y dimensio-
nes.*





I y II.—Se dobla el papel según el grueso, tres veces muy exactamente calculado, en seguida se le hace un hoyo con el perforador al medio e igualmente en la orilla, como lo muestra el grabado.

III.—Manera de forrar una pantalla de alambre; se compra cinta de batista, primero se forran los alambres verticales y en seguida los horizontales.

IV.—Manera de forrar una pantalla de alambre con género. Se toma el género al sesgo, se pincha con alfileres, se cose con puntadas cortas y se corta exactamente según el tamaño. Esto se adapta a todas las formas.

V.—Manera de forrar un cordón con borla en una pantalla. En el ojal se pone una bola de madera, se pasa el cordón y se hace un nudo al final.

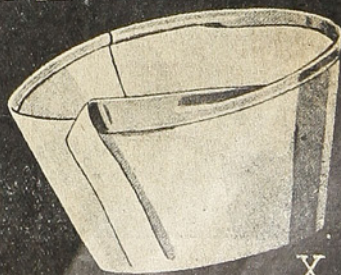
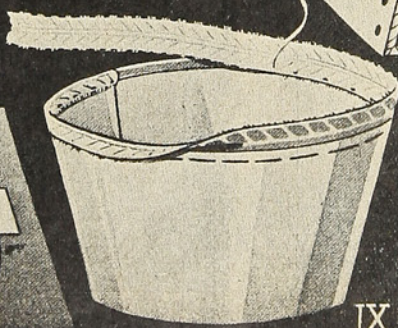
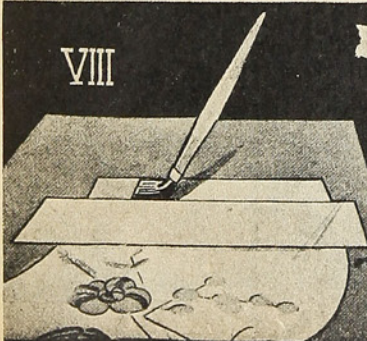
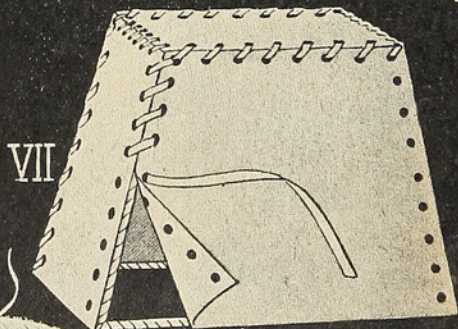
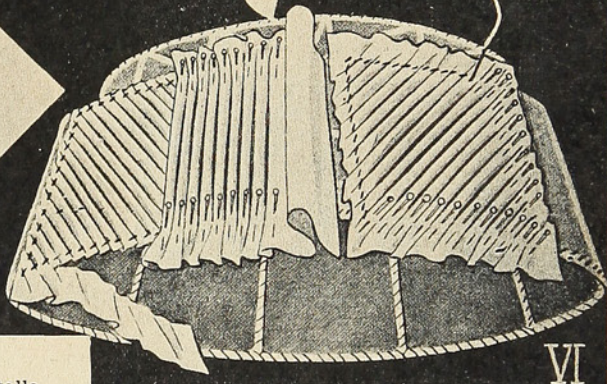
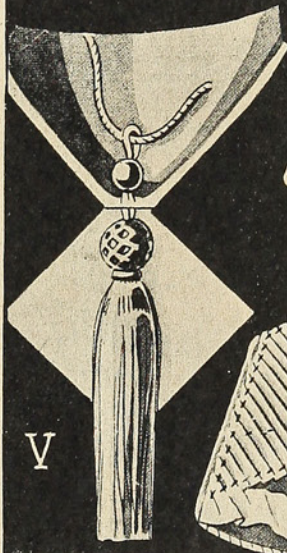
VI.—Manera de hacer tablas, cómo se deben pinchar para que quede bien.

VII.—Manera de unir el papel pergamino sobre un armazón de alambre.

VIII.—Para pegar un tapado de papel se debe engomar éste en partes muy exactas para que no se trasluzca.

IX.—Cómo se coloca un borde dorado en una pantalla de pergamino. Se cose con puntadas largas por un lado y cortas por el otro. El grabado muestra la parte interior. Se pega con goma y se da vuelta bien tirante al otro lado.

X.—Manera de poner papel al borde de una pantalla, se forra primero con papel delgado; se empieza de afuera hacia adentro.



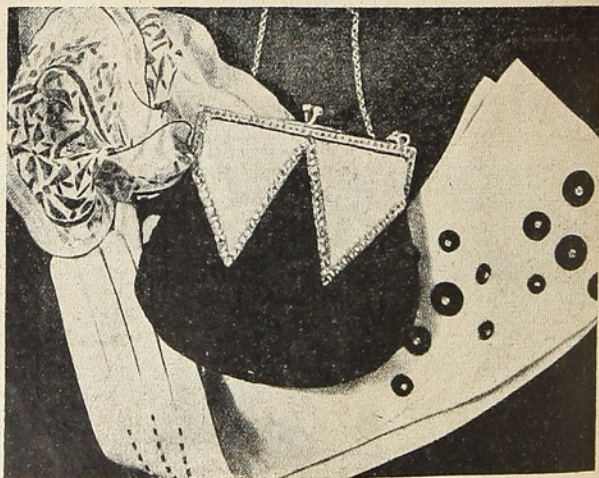
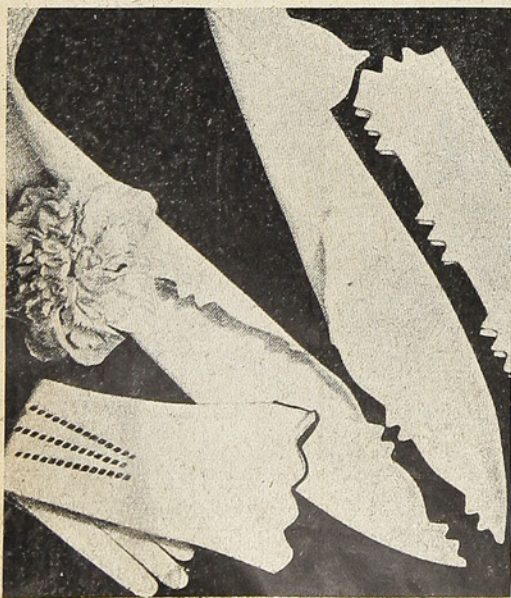
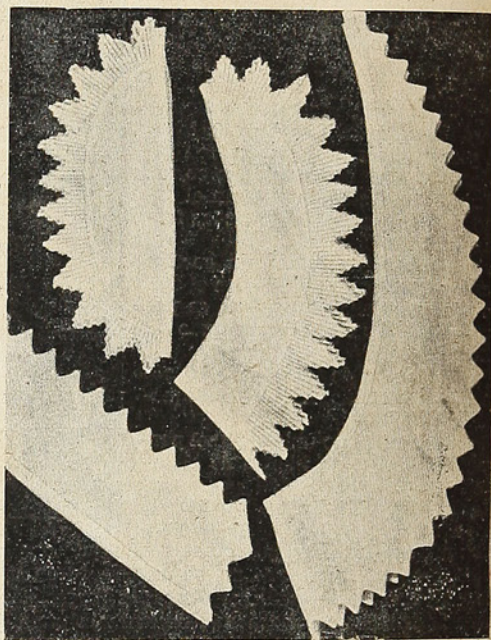
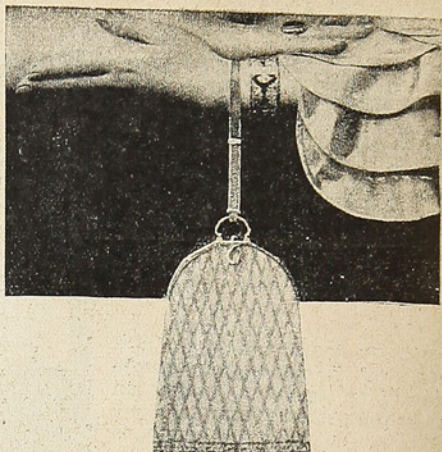
Detalles de la Moda



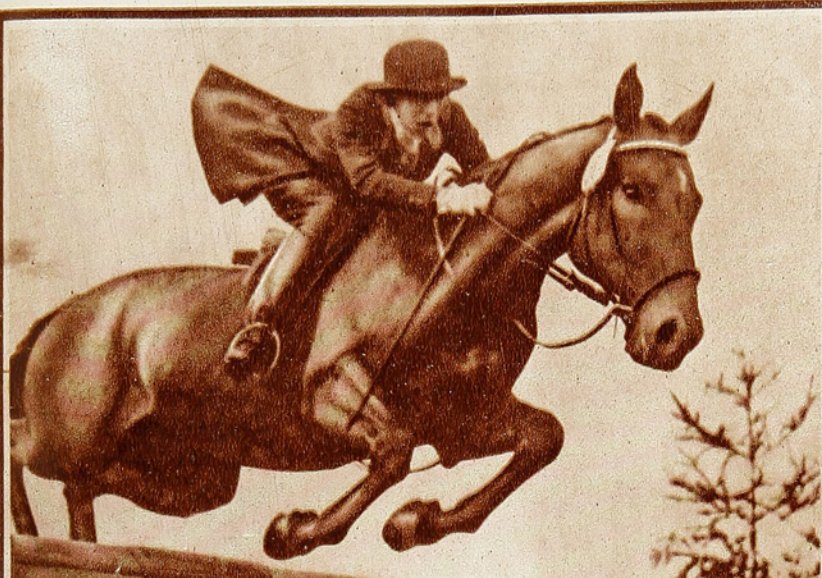
La moda ha tomado orientaciones nuevas concerniente a los detalles. Hoy día se le da mucho más importancia, siendo que siempre se les ha tomado en cuenta.

Toda mujer sabe como un cuello, echarpe, guantes y cartera, cambia el aspecto de un traje.

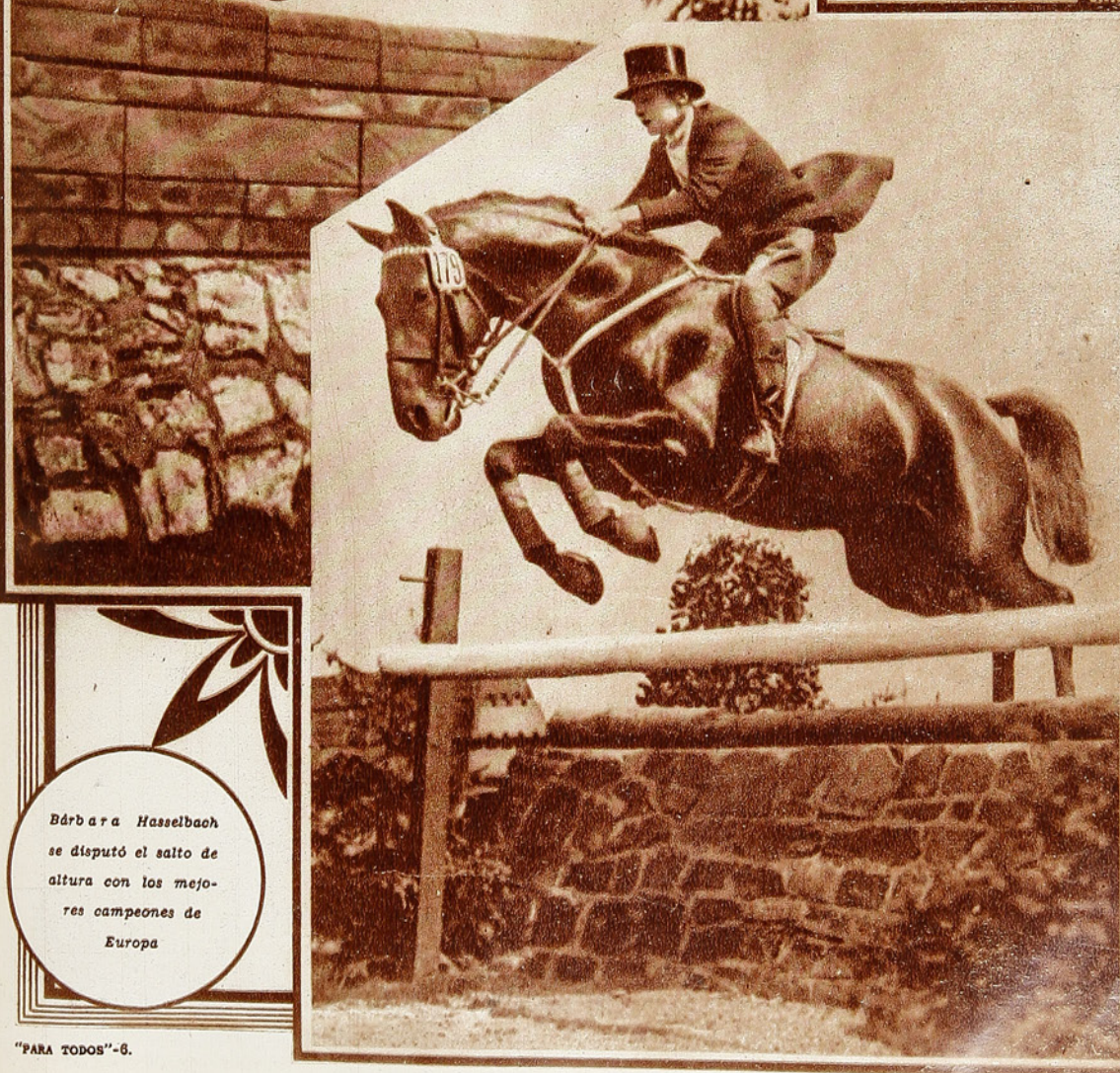
El detalle es muy necesario para sacar de esta rutina diaria del uniforme en nuestros vestidos, adaptándose siempre a la Moda.



ELLAS, las que saltan bien



La condesa Mavignano es una deportista consumada. Por eso la admira Mussolini. Sus saltos son famosos en Europa.



Barbara Hasselbach se disputó el salto de altura con los mejores campeones de Europa



El parque delicioso del actor: cualquiera quisiera tenerlo. Es el parque de un magnate.

La hija de Jannings

El dormitorio de la esposa de Jannings, en su magnífica villa



En la terraza, Jannings y su esposa atienden a un invitado. La vista del fondo parece cosa de ensueños.



La pareja artística, consagrada a la pesca, su deporte favorito

Los nuevos modelos de zapatos que harán furor





Un bonito mantel, algunas flores, servicios sobrios, de gusto moderno, bastan para hacer una mesa elegante



¿Cómo debe armar usted la mesa de su comedor?



Ya se ve aquí que dos buenos servicios de té, sobre manteles de buen gusto, bien para hacer de una mesa toda una novedad



Este fino servicio de porcelana de Saffonia es un dechado de elegancia. Sin embargo, cualquier puede llegar a tenerlo.



Los adornos de las mesas deben ser muy sencillos, según se ve, en estas dos, que son, sin embargo, tan elegantes



SIMPATIA Y BELLEZA



¿La belleza perfecta? Así por lo menos lo asegura el fotógrafo, que ofrece este primor



La gracia y la simpatía: por eso fueron premiadas estas dos pequeñas coquetas



Los dos niños más bonitos de Europa, premiados en un concurso reciente

**EL ARTE
APASIONADO
DEL BESO**



Chester Morris y Betty Compson saben bien lo que es el arte dulce del beso...



Y el malogrado Valentino, con Vilma Banky, también...



Besar, besar, todos los artistas del cine lo aprenden en el agradable ejercicio... del deber



Elija

un perrito para su auto:
¿CUAL LE GUSTA?



Estas dos cabezas serian muy decorativas,
pero los perritos son algo grandes...



Abajo: Este sa-
po, resulta de-
licioso para un
Roaster

¿Y que decir de
este? Es elegante,
de buen gusto
también



Por lo que a éste toca, hace contraste su
fealdad con su raza. Como que vale una
fortuna.



Este es feo también, pero qué
hermoso y fino...





Traje muy elegante en seda negra con adorno de strass. Este traje muestra una silueta muy distinguida y esbelta, y naturalmente el abullonado en las caderas lo puede llevar únicamente una silueta como esta.

Traje de noche en crepe de China color damasco, con las mangas muy de moda. La cartera, cierre del traje y collar son en tono café dorado.

Traje en crepe de China estampado; falda corte campana.

Traje en crepe georgette color limón, con adorno de mostacillas y capa en la espalda.



La nueva moda y silueta del sombrero "BARETT'S"

Los sombreros sin ala ya hace tiempo que están de moda, pero los nuevos Barett's se distinguen mucho de estos, pues se llevan bien echados hacia atrás y se deja la frente descubierta hasta el nacimiento del pelo. Algunas se los ponen bien ladeados hacia un lado; esto le da a la cara una cierta gracia muy coqueta y se destaca más la cabellera ondulada que, con gracia, se debe dejar al descubierto. Por suerte los modistos nos dejan estos de distintos estilos, igual que los vestidos, para que cada una los adapte a su tipo como mejor le venga.



LOS TRAJES LINDOS



MAGGY-ROUFF. — Traje en crepe negro, drapeado en la blusa y fruncido en la falda, bajo un recorte reinsertado por delante. El escote y los puños van bordeados con un plisado de crepe blanco.

SIMONE GARY. — Conjunto de sport en jersey de lana marrón. El traje va guarnecido de pespuntos en punta, y de los ángulos cuadrículados que se repiten sobre el abrigo con pequeña capa incrustada por atrás. Están cubiertos con un gran cuello de castor.

MAGGY-ROUFF. — Traje de tarde en crepe de China azul rey. Panneaux en forma en la falda. Escote encerrando los hombros y drapeado por delante, reteniendo un volante que forma capa.

PIJAMA Y CAMISAS DE NOCHE



Pijama en franela roja drapeada, con recortes reíncrustados. Cinturón rojo, bordado de blanco. Cuello drapeado, mitad crepe blanco, mitad crepe rojo. Metraje: 3.75 en 1 metro.

Pijama en crepe de China marfil, bordada con galones de seda azul rey. Blusa abotonada por delante con inicial bordada en un medallón redondo. Metraje: 3.75 en 1 metro.

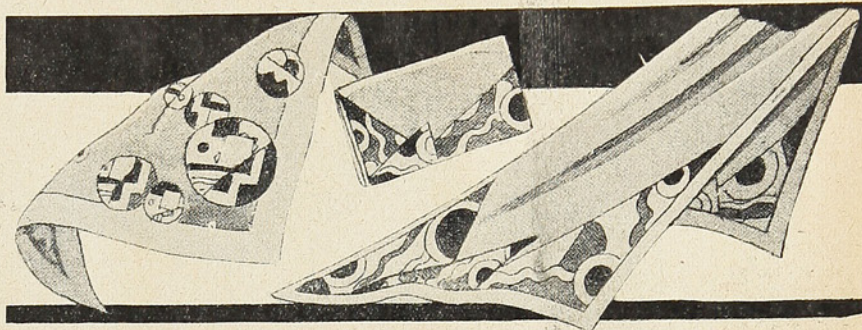
Deshabillé en crepe amarillo cruzado por

delante con el cierre subrayado con tres bandas incrustadas, de tonos marrón degradés, que se ensanchan abajo en godets. Metraje: 3.25 en 1 metro.

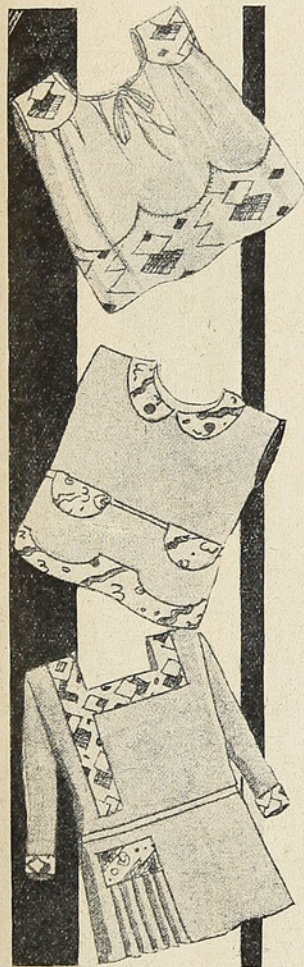
Camisa de noche en tela de seda rosa, con pastillas bordadas en tono sostenido. Cane-sú dentado, incrustado. Festón en los bordes. Metraje: 3.25 en 1 m.

Telas impresas como incrustaciones

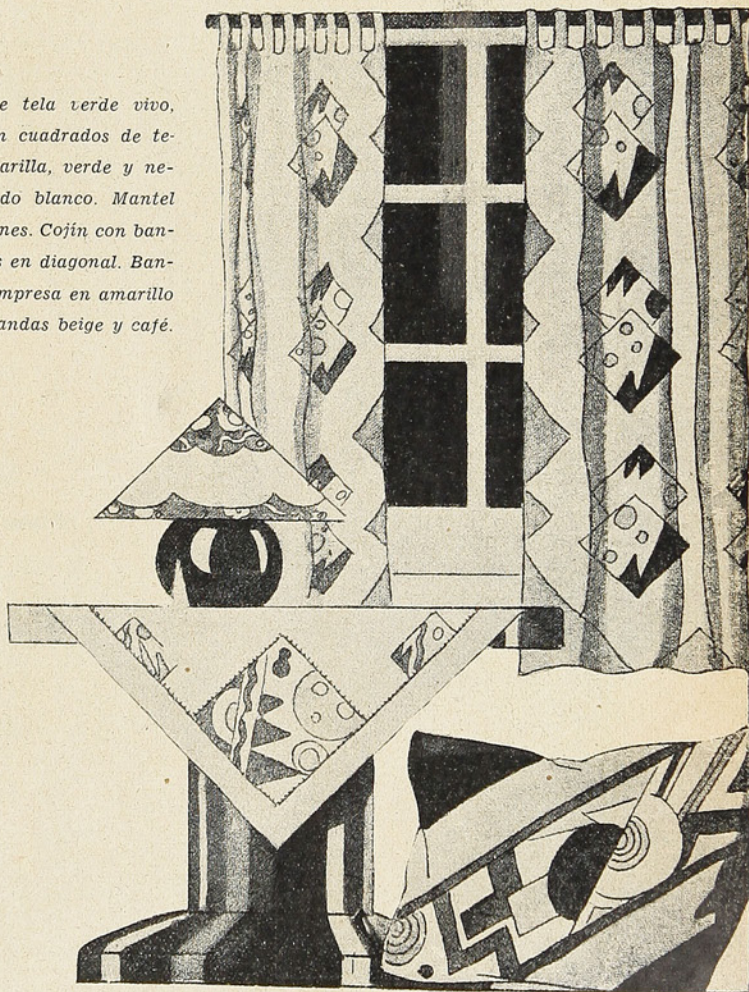
INCRUSTADAS POR MEDIO DE DESHILADOS, LAS TELAS IMPRESAS EN LOS TEJIDOS LISOS, PUEDEN SERVIR PARA LOS TRABAJOS MAS DIVERSOS.



Tela de crepe liso amarillo. Bordes blancos. Incrustaciones en crepe impreso blanco y café. Echarpe beige, incrustado en las extremidades, con triángulos impresos, amarillo, blanco y habana. Saco haciendo juego.

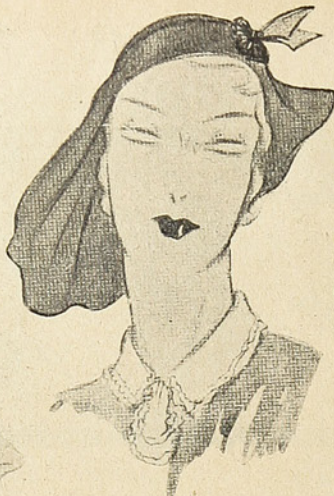


Cortinajes de tela verde vivo, incrustados con cuadrados de tela impresa amarilla, verde y negra, sobre fondo blanco. Mantel con incrustaciones. Cojín con bandas incrustadas en diagonal. Banda del medio, impresa en amarillo beige y café. Bandas beige y café.



Traje de niño en terciopelo verde, con incrustaciones en terciopelo impreso verde y blanco.

Las últimas novedades de París



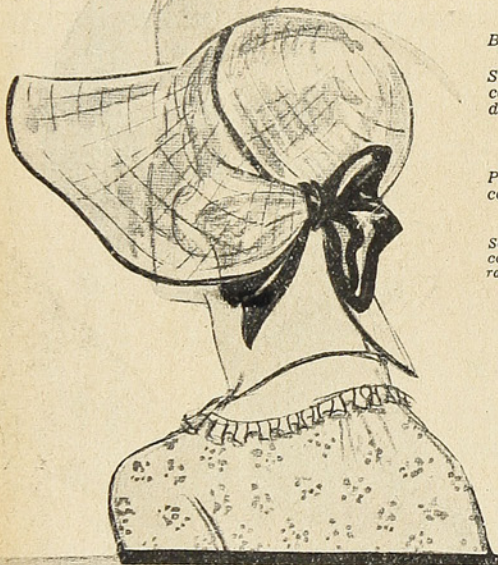
Sombrerito de cinta de terciopelo rosa y negro.



Sombrero en terciopelo de seda roja, los runces rebordados de oro.



Sombrero de terciopelo negro, guarnecido de cinta.



Sombrero de crin negro guarnecido de cinta de terciopelo.

Boina de paja y crin negra.

Sombrero de cadenilla blanca sobre crin negro, cinta de terciopelo. (Bordado de Paul Samuel). Creación Lewis.

Pequeño sombrero en topo color aceituna, guarnecido de nervures.

Sombrero de topo color rojo mejorana, alfileres oro y esmalte



A.W.

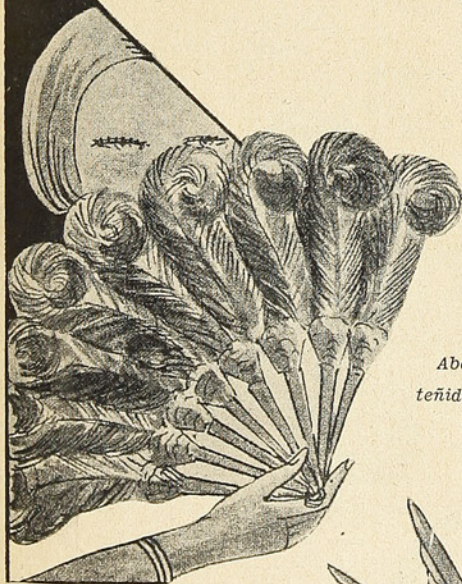


LOS ABANICOS

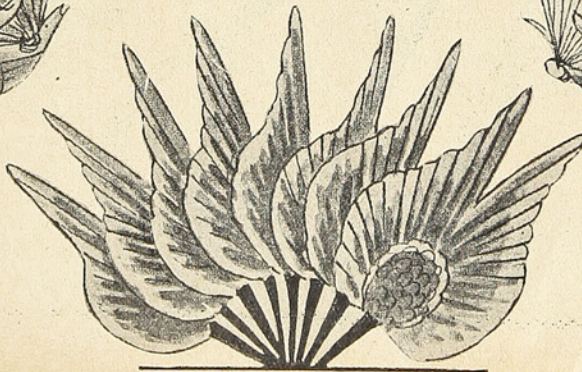


Objeto antiguo que vuelve a estar de moda. Precioso abanico hecho de pétalos de organdi que hace juego con el traje. El abanico cerrado, semeja una gran flor.

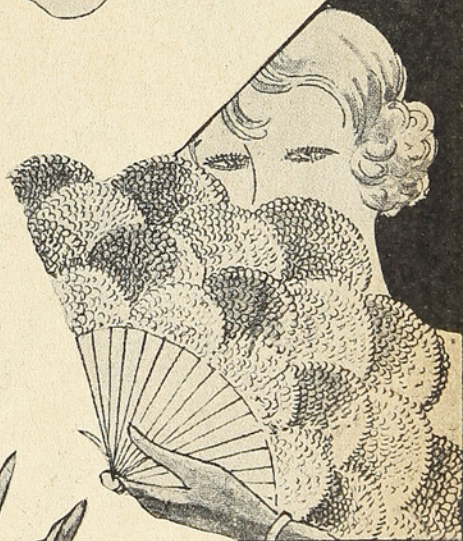
Abanico de alas de pichón teñidas. Montura de carey.



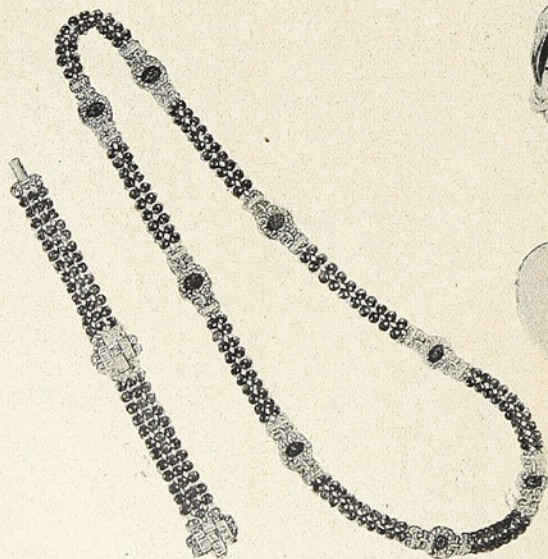
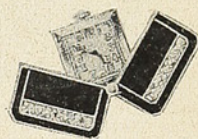
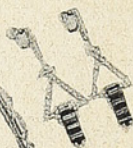
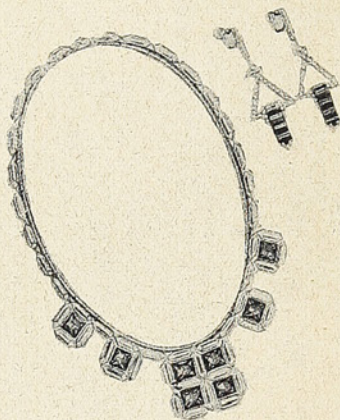
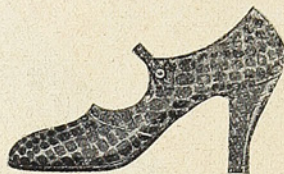
Abanico de oro y plata, en círculos intercalados.



Abanico de plumas. Montura de carey.



DETALLES de la MODA



*"Esta 'foto' Kodak
es una preciosidad"*



ESAS FOTOGRAFÍAS TAN BONITAS SE DEBEN A BUENA PELÍCULA, Y SE CONSIGUEN CUANDO SE CARGA LA CÁMARA CON:

**"PELÍCULA KODAK,
LA DE LA CAJA AMARILLA."**

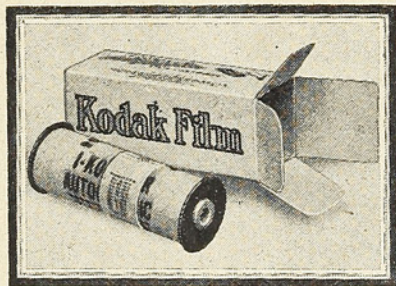
EMOCION y satisfacción íntima causa el ver las fotografías tomadas por uno mismo: se abre rápidamente el sobre que las contiene y cada una proporciona mayor alegría.

—Esta "foto" Kodak es una preciosidad (dice uno con legítimo orgullo al exhibirla).

Preciosidades son, en efecto, las fotografías que se toman en Película Kodak. Por algo la película Kodak es la preferida por los aficionados del mundo entero. He aquí ese algo.

La Película Kodak tiene gran velocidad, es decir, reacciona pronto a la acción de la luz, lo cual salva la situación y la fotografía.

La Película Kodak parece que entendiera a los aficionados, pues tiene gran "latitud," que contrarresta los pequeños errores, muy humanos, que se puedan cometer al calcular la exposición.



Por las bonitas fotografías que con ella se toman, la Película Kodak aumenta el placer que la fotografía proporciona.

La Película Kodak produce negativos con gran detalle y contraste, que se prestan para fotografías precisas y nítidas y para ampliaciones magníficas.

La Película Kodak tiene *uniformidad*: su calidad es invariablemente la misma. Por eso, con Película Kodak se obtienen buenas fotografías en rollo tras

rollo, mes tras mes, en cualquier clima

Pídase la legítima Película Kodak: "la película de la caja amarilla es segura." Es el primer paso para tomar buenas fotografías.

Kodak Chilena, Ltd.,
Delicias 1472, Santiago

Película Kodak

SOLO EASTMAN FABRICA
PELÍCULA KODAK

Arte, Gusto, Belleza

Pleno Verano



Vestido de sport en piqué blanco.

Modelo—Jean Patou

Ensemble, bordado inglés sobre organdi.

Modelo—Martial y Armand

Vestidos de tarde en crepe de China.

Modelo—Jenny

Princesas casaderas: Juana y María de Italia

San Rossoro, en Italia, estuvo de fiesta. La ciudad vió en esos días rejuvenecidos y calefaccionados sus salones por la presencia de dos jóvenes hijas del rey. Juana y María son la alegría y la claridad de la vieja vivienda, como representan para sus augustos padres, toda la alegría y toda la vida del Quirinal. Giovanna pasa por ser una de las más bellas princesas de Europa. Muy diferente de sus hermanas mayores, Yolanda y Mafalda, casadas, la una con el conde Calvi de Bergolo, y la otra con el príncipe Felipe de Hesse, es considerada como uno de los más envidiables partidos. Más de un rey se sentiría dichoso si pudiera colocar su corona sobre la encantadora frente de esta niña de 20 años, de la cual los italianos están doblemente orgullosos. Juana no es solamente hermosa. Pasa por ser notablemente inteligente. Sobre todo está dotada de ese tacto precioso que no se adquiere. Sabe presidir con mucha gracia un comité o una ceremonia oficial y decir a cada cual la palabra que le será más agradable. Mientras que sus hermanas, y particularmente Yolanda, se entregan con entusiasmo a los ejercicios físicos, a las largas cabalgatas a través de los bosques o las peligrosas partidas de natación, Juana prefiere las reuniones mundanas, los conciertos, el teatro y la charla. Sin embargo, como sus hermanas, ha recibido a la vez la educación más sencilla y austera. La reina Helena, su madre, no ha cambiado su género de vida, al subir a un trono donde únicamente el amor la condujo. Montenegro verdadera, ha conservado las costumbres de su país. Costumbres de otra época, que ya no se encuentran en el siglo XX. Ella está constantemente ocupada de su casa y de sus hijos, como cualquier burguesa, y a todos los ha nutrido con su leche, como lo ha visto hacer allá, donde las mujeres son, ante todo, esposas y madres.

Las princesitas han aprendido de ella las artes domésticas sin tener necesidad de acudir a ningún curso, y son todas admirables dueñas de casa.

Sin embargo, nobleza obliga, y como son hijas de rey, deben saber algo más que vigilar una cacerola o coserse su «trousseau».

Las princesas de Italia no tienen en este punto, nada que envidiar a nadie. Juana, muy instruida, habla cuatro lenguas corrientemente, y testimonia un gusto pronunciado por la música.

Hasta el matrimonio de la princesa Mafalda, no se veía a Giovanna, si no era paseando con su madre en uno de los automóviles reales, o en el coche de caballos, preferido para los paseos campestres.

Ahora, al contrario, es la joven princesa, la que más a menudo reemplaza a la reina Helena en las reuniones públicas, y siempre es con orgullosa alegría, que saluda el pueblo esta alicha aparición, verdadera figura de leyenda, cuya soia presencia pone de fiesta los corazones. Giovanna no tiene los cabellos dorados ni los ojos azules de las jóvenes del Norte. Sus negros bucles encuadran un rostro muy favorecido por un delicado tinte marfileno. Sus grandes ojos son muy oscuros y tienen todo el brillo de los ojos latinos. Un tallo adorablemente esbeto y un caminar lleno de natural nobleza componen a la princesa Giovanna un conjunto de los más seductores.

Giovanna es más orgullosa que sus hermanas mayores. No habría hecho ella seguramente lo que hizo en cierta ocasión su hermana Yolanda: ayudar a un campesino a colocar su carreta fuera del camino. Además, no habría podido hacerlo. A los sports brutales, a los gestos de fuerza, prefiere los juegos ligeros en que se despliega la gracia femenina.

Pero si siente el amor profundo de la naturaleza, y las villas de San Rossoro y de Racconigi tienen sus preferencias. Racconigi, sobre todo. Allí vino al mundo el príncipe heredero. Allí tuvieron lugar hace tres años, las suntuosas bodas de la princesa Mafalda. Allí, en los bosques que rodean el castillo, aprendieron las jóvenes princesas a distinguir las diferentes especies de hongos, que constituyen el alimento favorito de los *gourmets* italianos.

Muy gran dama, Giovanna, que tiene de su abuela, la reina Margarita, todos los dones de la raza, no admite sino con pena, lo que ella considera una «mésalliance».

Cuando se anunció el noviazgo oficial de la mayor con el conde Calvi de Bergolo, Giovanna había declarado:

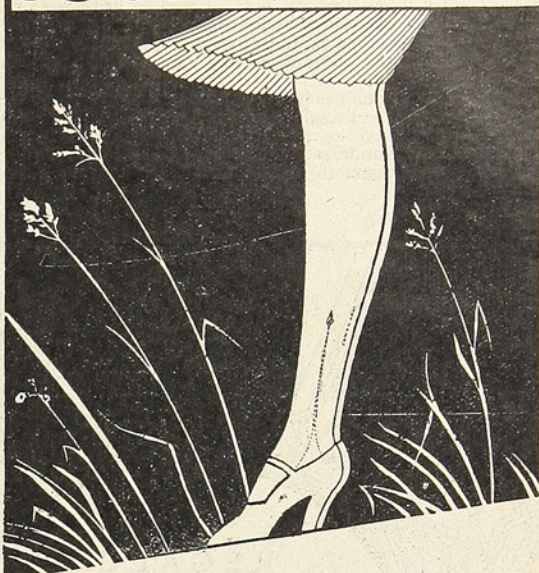
—Mis hermanas harán lo que les parezca. Por lo que toca a mí, sólo me casaré con el hijo de un rey.

¿Hará ella hablar su orgullo o sólo su corazón, el día en que se decida su destino?

Nos lo dirá el porvenir.

Cerca de ella, y con toda la gracia encantadora de sus dieciséis años, María, se parece mucho a su hermana Yolanda. El mismo tipo de morena ardiente, la misma fuerza, igual vitalidad. Esta niña cuyos estudios se prosiguen como los de todas las colegialas, muestra un gusto sorprendente por las letras. Se asegura que escribe de manera notable y que su gusto por la lectura llega a la pasión. Lo que no la impide

Der-Ven



Todas las personas entendidas compran únicamente la media de seda DER-VEN, que unen a la refinada elegancia su duración y bajo precio.



La juventud Elegante!

JUANITO.—No hay cosa más cómoda que el sombrero de paja en verano: mantiene la cabeza fresca.

ROBERTO.—La Laurita me dijo que yo le gustaba más así.

LUCHO.—Y se puede saludar con elegancia y sin miedo de despeinarse.

¡USE SOMBRERO DE PAJA!

amar, como sus mayores, los grandes paseos por la montaña y las sanas alegrías de la playa.

San Rossoro sigue siendo el sitio predilecto de reposo para la familia real. La villa de amable aspecto, no tiene nada, sin embargo, de principesco. Ella está situada en los alrededores de Pisa, a cuatro kilómetros del mar, al cual se llega por una ruta rectilínea, de una belleza magnífica. La casa tiene cierto aspecto de «bungalow» de la India, y para que su apariencia exótica sea mayor, está rodeada de una cantidad de extraños animales.

Es preciso saber que desde hace muchos siglos, San Rossoro se eligió para la educación de los dromedarios. Hubo allí más de seiscientos, pero hoy no pasan de cien. Es esta la única provincia de Italia donde se han podido aclimatar estos animales, venidos directamente del Africa. Se encuentran tam-

bién en los parques y en los bosques una cantidad de gamuzas, un número incalculable de faisanes, sin contar con los caballos de todas las razas.

Por eso, las jóvenes princesas aprendieron la equitación al mismo tiempo que aprendieron a andar, y son, desde su más tierna infancia, amazonas notables.

En San Rossoro fué cuando la princesa Giovanna, habiendo cumplido recién sus doce años, y montando un fogoso caballo, mandaba los guardias y a los centinelas lo mismo que un viejo capitán. Ese don de autoridad que en ella se ejercía ya, cautivó la profunda admiración del pueblo. Italia puede enorgullecerse de la princesa Giovanna. Ella mantendrá fieramente el cetro de su raza.

J. de I.

**REGALO
DE PASCUA**

«BIBLIOTECA ZIG-ZAG»
ofrece por sólo

\$ 1.40

la inmortal obra de V. Pérez Rosales, obra que debe leer todo chileno que ame a su patria, así por los interesantes relatos históricos como por los interesantes pasajes de la vida chilena del pasado siglo.

RECUERDOS DEL PASADO

se publicará completa en dos tomos a \$ 1.40 cada uno.

Aparecerán los días 12 y 26 de diciembre.

¡¡LEALOS!!

Contra las injusticias de los hombres al hablar de las mujeres

Hombres necios, que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual solicitáis su desdén, ¿por qué queréis que obren bien, si las incitáis al mal?

Combatis su resistencia, y luego con gravedad decís que fué liviandad lo que hizo la diligencia.

Queréis con presunción necia hallar a la que buscáis para pretendida Tais, y en la pretensión Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro que el que, falta de consejo, él mismo empaña el espejo y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén tenéis condición igual, quejándoos si os tratan mal, burlándoos si os quieren bien.

Opinión ninguna gana, pues la que más se recata, si no os admite es ingrata, y si os admite es liviana.

Siempre tan necios andáis, que con desigual nivel a una culpáis por cruel, y a otra por fácil culpáis.

Pues, ¿cómo ha de estar templada la que vuestro amor pretende, si la que es ingrata ofende, y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena que vuestro gusto refiere, ¿bien haya la que no os quiere!, y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas a sus libertades alas, y después de hacerlas malas, las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido en una pasión errada? ¿La que cae de rogada o el que ruega de caído?

O ¿cuál es más de culpar, aunque cualquiera mal haga, la que peca por la paga o el que paga por pecar?

Pues, ¿para qué os espantáis de la culpa que tenéis?, querédsas cual las hacéis o hacédsas cual las buscáis.

Dejad de solicitar, y después con más razón acusaréis la afición de la que fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo que lida vuestra arrogancia, pues en promesa e instancia juntáis carne, diablo y mundo.

Vistazo general a la moda

Las faldas largas. — Los cuellos. — Las nuevas mangas. — Los colores. — El negro repudiado.

Cuando anunciamos a las damas la moda futura, basada únicamente en los modelos que presentan los costureros-creadores, por lo general no se dan cuenta más que de la nueva línea que deben adoptar, pero ignoran aquello que da a la moda la consagración definitiva, los detalles, los adornos, la manera de ponerlos y el movimiento del conjunto.

Por lo cual, a pesar de saber que el talle es más corto, las faldas más largas y que las piernas van recubiertas por oleadas de telas, las damas no tendrán una idea completa, si los cronistas no cumplen bien el papel que les incumbe. Por esto he querido llegar hoy a vosotras provista de todos los informes necesarios para ilustraros perfectamente. Hay un movimiento general de línea cruzada, yendo de derecha a izquierda; esta línea oblicua pide abotonaduras al lado; las faldas, las blusas, los canesús, los boleros, los vestidos de toda especie, obedecen muy a menudo a esta ley. Algunas veces la amplitud se amontona hacia atrás en las faldas y en los abrigos, lo que da un aspecto muy nuevo a la silueta. La tendencia a complicar el corpiño se acentúa cada vez más los drapados, como en las túnicas griegas, los

echarpes prendidos al vestido, de un corte rebuscado, uniones de sesgo de diferentes colores, y muchos detalles más, hacen que la parte alta de los vestidos sea muy trabajada. Los lazos pequeños o grandes, se utilizan de una manera muy nueva, tanto por los sitios donde se colocan, como por el modo cómo se anudan; unas veces en medio del delantero, otras a uno de los lados, encima de un hombro o en la espalda. Se ven multitud de cuellos, su diversidad es inmensa desde el pequeño, modesto, casi invisible, al majestuoso e importante; el encaje, fino o grueso, juega un papel de primer orden; este adorno se completa con puños, vueltas, solapas, los cuales no están de acuerdo, a menudo, con los cuellos que acompañan. Así he visto cuellos redondos y estrechos a los cuales hacen compañía enormes vueltas en las mangas.

Estas son de una rara novedad; vemos flotar sobre los hombros, volantes sueltos; regulares o no, con bordes rectos o punteados; la manga balón tan del gusto de las «Maravillosas», reclama nuestra atención, pero ¿obtendrá vuestro favor?...

La parte alta de algunas mangas me

recuerda las llamadas «piernas de cordero»; puede ser que tengan éxito si una flexibilidad absoluta las distingue de sus antecesoras, porque no hay que olvidar que, sin la ligereza, esos amontonamientos de tela se convertirán muy pronto en paquetes informes.

Muchas abotonaduras a lo largo de las mangas, su altura obedece a vuestra fantasía, habiendo algunas que la lleven desde el puño hasta el hombro.

Con un corazón resuelto deseo la rápida desaparición de todos estos adornos, ya que no hay nada que entorpezca más la silueta de una mujer que estas embarrasas mangas.

El volante triunfa en todas partes; recto o plegado, en forma o recogido, festoneado en puntas agudas o redondas, unido o recortado en sacabocados, recorre la falda en todos sentidos y en toda su altura; se enrolla en las mangas, hace especies de faldones encantadores en los corpiños, y cosidos los unos sobre los otros forman «panneaux» del más curioso efecto.

Los boleros y las capitas parten a veces de un canesú, lo cual resulta de una gran novedad, no efectuándose nunca esto en línea recta, sino siguiendo el mo-

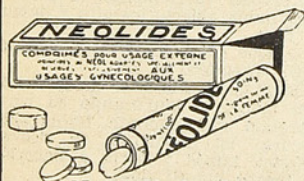
El
desinfectante
que toda mu-
jer debe usar
diariamente
para su hi-
giene íntima



NEOLIDES

antiséptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
dolencias
femeninas

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Acido ortobórico, dispersulf, petáe.

ANTI-REUMÁTICO
ANALGÉSICO SEDANTE

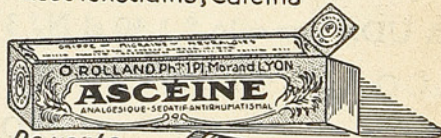
NEURALGIAS, FIEBRE,
JAQUECAS, GRIPE,
CIÁTICA, REUMATISMO

Resfriados, Dolores de cabeza y muelas

Alivio inmediato:
sin efectos secundarios nocivos

ASCEINE M.R

Comprimidos de Acido acetil-salicílico
Acet fenetidina, Cafeína



De venta
" en todas las
farmacias

Tubos de 20 tabletas.
Sobrecitos de 1 y 2
tabletas

vimiento del corte del modelo.

Los cuellos altos tienen el propósito de reaparecer; noto algunos que se cierran herméticamente, lo cual para el invierno tiene sentido común, pero hay que pensar que a algunos bonitos cuellos les gusta hacerse admirar. Muchos chalecos, con o sin mangas, siempre en una tela diferente a la del vestido y su color debe igualmente no tener nada de común con el de la «toilette».

Para mi gusto, es en piel en lo que ellos son más cautivadores; tienen a veces un bolsillo del cual se escapa un pañuelito muy elegante, tan elegante que pierde por este hecho todos los derechos acordados a un pañuelo verdadero. Imaginaos que es en terciopelo, en raso, en encaje, en lama metálica y convendréis conmigo en que con él no podréis ni siquiera enjugar una lágrima furtiva.

No parece, por lo menos hasta ahora, que el bordado vaya a decorar a menudito nuestros vestidos. Para la noche, se entiende, su presencia será lo más brillante posible; pero para el día no se usará más que en forma de galón de perlititas o en franjas de «chenillo»; ni lo uno ni lo otro es muy bonito, y si tengo el deber de señalarlos, no tengo ningún deseo de aconsejarlos.

El bordado inglés se usa bastante complicado; se ve sobre las telas de lana unidas, sobre las sederías de cualquier clase que sean; la gran novedad es hacerlo sobre piel lisa; la idea es exquisita, pero muy difícil de ejecutar; felizmente la habilidad de cada cual puede triunfar a veces sobre estas dificultades. Quiero atraer vuestra atención sobre un chaleco de armíño bordado a la inglesa con metal dorado.

Al contrario de la estación anterior,

el strass, muy usado para el día, se reserva únicamente para los vestidos de noche, sobre terciopelo negro preferentemente, y en inmensos dibujos.

A propósito del terciopelo, no podéis ignorar que hace tiempo éste goza de grande aceptación; se emplea no solamente para la confección de los vestidos y abrigos, sino combinado a otras telas para adornarlas; con él se hacen cuellos, grandes puños, aletas sobre los hombros, anchos cinturones drapeados y anudados, cinturones angostos cerrados por hebillas, bolsillos incrustados, flores de pequeños pétalos sueltos y volantes dispuestos caprichosamente.

El bolero muy corto o la esclavina minúscula, se hacen a veces en terciopelo, como único adorno de un sencillo vestido de lana. Cuando se recubren con bordados son de una grande elegancia, pero el vestido debe tener siempre una sobria silueta, a fin de conservar la distinción, lo cual debe ser nuestra preocupación dominante.

Los tonos de moda, aquellos a los cuales puede predecirse el éxito, son los verdes, marrón, pasa de Corinto, grosella y algunos azules. Será hacia ellos que las miradas deben volverse, ante todo. El negro, siempre favorito, ha entrado en desuso y lo veo casi repudiado.

Pueda ser que este vistazo general os dé los conocimientos necesarios de la moda que esperabais de mí.

THERESE CLEMENCEAU.

EL REY Y SU BARBERO

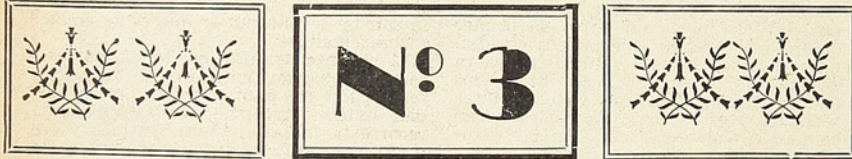
Carlos V, Rey de Francia, a quien llamaban «el sabio», hubiera podido ser llamado «el bueno», como su padre. Tenía por las faltas que cometían los que le rodeaban, una indulgencia extraordinaria. Lo prueba la historia que vamos a relatar, tal como fué escrita por una dama de la corte de esa época, que dejó una historia de ese buen rey.

Mientras afeitaba al rey, según la moda de entonces, su barbero, persona poco escrupulosa y astuta, había observado que éste guardaba grandes sumas de dinero en una bolsita que llevaba siempre colgada de su cinturón. Los ojos del barbero brillaban cada vez que se detenían a contemplar esta bolsita, pensando que con un poco de habilidad podía bien apoderarse de esos magníficos escudos de oro. Mientras tanto, el Rey, que no sospechaba las malas intenciones de su servidor y a quien la operación de afeitarse parecía siempre larga y aburrida, cerraba los ojos y se distraía pensando en las complicaciones de su Gobierno. El barbero contaba con esto y como su deseo se había transformado en una imperiosa necesidad, se aventuró un día a apoderarse de la codiciada bolsita. Mientras pasaba la brocha por las mejillas del Rey con la mano derecha, estiró la izquierda, introduciéndola en la bolsita. Ya la retiraba llena de monedas de oro, cuando... sintió que le apretaban fuertemente la muñeca. El Rey había abierto los ojos y descubierto el robo.

—¿Qué quiere decir esto, maestro Pedro?—preguntó el Rey.

El maestro Pedro se arrojó a los pies del monarca, implorando su perdón y llorando amargamente. Había sido una locura, un momento de desvario... ¡Nunca jamás volvería a hacerlo! Eso lo juraba por su vida.

Carlos V perdonó, y el barbero siguió su trabajo. Pero pocos días después, ese dinero volvió de nuevo a deslumbrar y trató de substraerlo.



COLECCION UNIVERSO

PUBLICACION QUINCENAL - APARECE LOS VIERNES.

\$ 1.40

solamente le permitirá a usted deleitarse leyendo la más interesante de las obras de aventuras; no la aventura corriente, sino una trama completamente novedosa, interesante para todo el mundo, interesante para USTED!

“El Canto de la Tripulación”

De PIERRE MAC-ORLAN

es la novela de aventuras magnífica por todos sus aspectos.

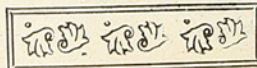
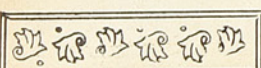
¡LEA UD.! por sólo \$ 1.40 el N.º 3 de

“COLECCION UNIVERSO”

el PROXIMO VIERNES

EN VENTA EN LIBRERIAS Y PUESTOS DE REVISTAS;
EN AGENCIAS «ZIG-ZAG» EN TODO CHILE.—PEDIDOS
Y SUBSCRIPCIONES: CASILLA 84-D., SANTIAGO.

UNIVERSO
SOCIEDAD EDITORIAL LITOGRAFIA



CONTRA LA INSTRUCCION DE LA MUJER

Hojeando un día de lluvia los libros de un biblioteca de provincias, he encontrado un curioso documento, cuya publicación fué muy comentada en 1801. Era un proyecto de ley, que prohibía a las mujeres el aprender a leer, impreso en París, y firmado por Sylvain Marechal.

Este Sylvain Marechal, que obtuvo algunos éxitos como poeta pastoral, era un peligroso sofista que buscaba reputación en el escándalo.

Así compuso un Almanaque de Gentes Honradas, en que los nombres de santos fueron reemplazados, por los de gentes célebres por cualquier motivo. El de Jesucristo se encontraba entre los de Epicuro y de Nerón. Ultrajado con tal sacrilegio; el abogado general Seguier, denunció la obra al parlamento. El libro fué quemado y el autor preso en Saint Lazare, durante cuatro meses.

Ateo determinado, publicó durante la Revolución, un singular diccionario de los ateos, donde coloca, entre los ateos disimulados, a Pascal, Bossuet, Fenelón y San Agustín. Aunque entonces no se tomó medida alguna en contra de él, pareció tan chocante y estúpida esta mezcolanza, que se prohibió a los periódicos hacer mención de ella.

No habiendo conseguido la celebridad, actuando como un fanfarrón del ateísmo, Sylvain resolvió dar su gran golpe. Y él, que vivía, se nos dice, rodeado de mujeres instruidas, imaginó el invitar al gobierno que prohibiera a las mujeres el aprender a leer.

Esta burlesca súplica provocó violentas reprobaciones, y una de las amigas del autor, respondió con otro ruego al gobierno, pidiendo que fuese encerrado el autor en una casa de salud, en la cual le curaran de su demencia, si es que ésta tenía cura, lo que parecía difícil.

Pero lo que es más curioso, es que aun hoy, los antifeministas, reproducen los artículos de Marechal.

Un Mussolini, que no quiere que estudiemos filosofía, y que cree que la mujer, no habiendo jamás producido obras de arte, debe permanecer encerrada en el gineceo, no está lejos de un Sylvain Marechal. Todos los que nos rehusan el participar en los asuntos públicos, no piensan con mucha diferencia que ese misógono.

Por eso es que encuentro que hay cierto interés de actualidad retrospectiva en exhumar las singulares proposiciones de Sylvain Marechal.

“Considerando — dice él — que el amor honrado, el casto himeneo, la ternura maternal, el agradecimiento de los benéficos, con anteriores a la invención del alfabeto y de la escritura, y han subsistido y pueden subsistir sin ella. Considerando que la intención de la buena y sabia naturaleza, ha sido, que las mujeres, exclusivamente ocupadas de las tareas domésticas, se honren de tener en sus manos, no un libro ni una pluma, sino una cacerola y un plumero;

Considerando, que una mujer que no sabe leer es reservada en sus palabras, pudibunda en sus maneras, parsimoniosa, tímida y modesta, pareja e indulgente;

Considerando, como al contrario, la que sabe leer y escribir, se inclina a la maledicencia, al amor propio, al desdén de aquéllas y de aquéllas que saben un poco menos;

Que la naturaleza misma, dando a las mujeres una prodigiosa capacidad para hablar, parece haber querido libertarlas de los cuidados de aprender a leer; que su hermosa presencia las indemniza con usura de la ausencia de su estilo, y que las que saben leer y escribir, no son ciertamente las que saben amar mejor;

Que por lo general, una mujer pierde en sus gracias y virtudes cuanto gana en talentos y sabiduría; que por poco que ella sepa leer y escribir, ya es suficiente para que se crea emancipada, y fuera de la tutela en que la naturaleza y la sociedad la han colocado para su propio interés;

Que hay escándalo y discordia en un hogar donde la mujer sabe tanto o más que el marido;

Que desde que se encuentra en todas las profesiones mujeres que saben leer, la comerciante abandona su negocio, la cocinera su servicio, y la obrera llega más tarde y se va más temprano de su fábrica;

Considerando, que impidiendo a las mujeres aprender a leer, se da un gran paso para detener la multiplicación de los libros y para operar una saludable reforma en la literatura».

Por estúpidas que sean las razones invocadas por Sylvain Marechal, no es menos cierto que muchos hombres, aun hoy día, utilizan estos argumentos. Acabo de pasar tres meses en provincias, y os juro que muchas personas razonan todavía como Sylvain Marechal.

No se trata, sin embargo, de transformar a todas las mujeres en eruditos y en sabios, pero jamás una instrucción justamente apropiada, ha impedido a una mujer ser una buena esposa y una mejor ama de su casa.

Por el contrario, el espíritu de rutina y la ignorancia, mantienen los prejuicios y favorecen el error, y dejan a las gentes sin defensa contra la impostura. Y no son éstas las



Ponga fin...

...a ese decaimiento que se advierte hasta en su modo de caminar.

TONIFIQUE SUS NERVIOS
para reconstituir su salud, tomando

“PROMONTA”

Preparado orgánico a base de sustancias del sistema nervioso central, vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

Indicado en los casos de:

ANEMIA

DEBILIDAD

DECAIMIENTO

INSUFICIENCIA ORGANICA

NERVIOSIDAD

NEURASTENIA

«PROMONTA» es recomendado por eminentes médicos del extranjero y del país.

De venta en todas las boticas.

M. R.



ecran

LA
MEJOR
REVISTA
CINEMATOGRAFICA



¡¡LÉALA SIEMPRE!!

UNIVERSO
SOCIODAD MODERNA LITOGRAFIA

mejores condiciones para educar a sus hijos, gobernar una casa y conducirse en la vida.

En tiempos de Marechal, pocas mujeres sabían leer, y él se espantaba al pensamiento de que todas supiesen leer y escribir. Hoy, todas entre nosotras son capaces de ello. Si hubiera una que no supiese leer, sería mirada como un testimonio de una época prehistórica, o sea con verdadero estupor.

En el fondo de todo eso, transpira siempre esa inquietud masculina de ver a la mujer igual al hombre. Largos siglos de esclavitud nos habían colocado en segundo plan, y en el desprecio de la justicia. Muchos hombres que se creen superiores por el sólo hecho de que el azar les ha hecho nacer hombres, no pueden habituarse a esta idea, para ellos monstruosa, de que la naturaleza no ha hecho diferencia alguna entre un cerebro de hombre y otro de mujer. Una mujer que se instruye, una mujer que se les va a igualar, a amenazar sus privilegios, quizás a sobrepasarlos, les parece una enemiga desleal.

No hay más que un punto en que no se nos niega la superioridad, y es en los dominios del corazón. Jamás los hombres se quejan de que seamos más abnegadas y más amantes, y nunca nos han propuesto reemplazarnos junto al lecho de los enfermos y al lado de la cuna. Por lo demás, han hecho muy bien.

MARTINA

UNA ESMERALDA

(Continuación)

a su hermana, que ellos puedan invertir en otra cosa el legado de su padre?

—¿Qué legado? — preguntó Federico. z

—El que yo le traigo.

—Pero Ud. no ha mencionado legado alguno, — dijo Elsie.

—Y ¿a qué he venido entonces? — y los ojos de Hernández miraban del modo más inocente, — a traerle algo que no podía confiar a nadie. Es una esmeralda. El padre de Uds. tenía oportunidad de adquirir estas piedras preciosas a precios más bajos; ésta es una maravilla; soy entendido en esmeraldas; ésta vale alrededor de 50.000 dollars.

Elsie y Federico se miraron; pero Minnersley dijo:

—No creo una palabra de ese cuento.

—¿Ud. no cree lo que yo digo? — siguió Hernández.

—Quiero decir, que no creo que Fenn haya obtenido honradamente esa esmeralda.

—Bueno, ahora estará contento al saber que yo doy mi palabra de honor que esta piedra fué adquirida honradamente.

—Habrá tenido que mendigar para eso.

—Bien, — dijo Hernández, — o quizás Ud. no lo sabe; pero eso y mucho más han hecho los hombres por alcanzar un ideal.

—Quisiera ver esa piedra.

—Por supuesto, si el doctor me permite.

Y Hernández sacó la esmeralda de su bolsillo. Era una piedra maravillosa.

Esa noche, cuando Hernández se retiraba, Elsie lo detuvo en la puerta; pero él cubriéndola con su abrigo la hizo salir fuera.

—¿Cuál es la verdad? — murmuró ella. — ¿La esmeralda era realmente de mi padre... o es de...?

La verdad, — dijo él, — es la que Ud. quiera que sea.

—¿La que yo quiero que sea?

—Sí porque si la idea de darme algo a mí le es desagradable a Ud., la esmeralda era de su padre y Ud. no me verá más; pero si por alguna razón le es agradable saber que yo me intereso tanto por Ud. que con gusto daría todas mis minas por librarla del abrazo de ese hombre, entonces le confesaré que esa esmeralda es mía, que la traía para un anillo para mi madre... o para otro uso mejor... ¿Le parece bien, Elsie?

—Sí, — dijo ella, — pero... no me bese. ¡por favor!...

—No, si Ud. me dice que no; pero aclaremos una cosa: si Ud. se encuentra obligada a casarse con el hombre que pague las deudas de su padre, podía ser yo ¿o tiene que ser el señor Minnersley?

—Creo, contestó Elsie, que es la pregunta más tonta que he oído en mi vida.

El se rió:

—Entonces, puedo preguntarte ¿por qué no me dejas besarte?...

—Porque no puedo imaginarme cómo es!... — murmuró Elsie, sonriéndole feliz.

Dentro de la casa, Minnersley aconsejaba a Federico desconfiar de los extranjeros que enamoraban a las mujeres y... pero Federico, fumando, tenía su pensamiento muy lejos. Su padre... todas sus deudas pagadas... su hermanita feliz... el amor triunfante... una Navidad dichosa...

ALICE DUER MILLER

(Continuación de la pág. 22)

LOS AMORES DE UNA REINA

—Nada, aparentemente.
—Entonces nada hay que hacer, dijo la Reina, salvo que arrojáis a Swankild con desprecio. Realizado eso es un hecho vuestra sumisión, dejaré las cosas como están. Estáis tan bajo mi persona, que todo ésto poco importaría, sino fuera porque las Reinas no aceptan insultos tan fácilmente. Esas son mis condiciones.

Produjose un silencio; las melodiosas voces de las damas de la Corte, que conversaban suavemente, bajo la gran tapicería de Bayeux, en la que la Reina de Inglaterra inmortalizaba las hazañas del Conquistador, no lograron perturbarlo más que el distante gorjeo de las aves en los jardines del Palacio de Winchester.

Levantóse Brictric el inglés, afirmando sus manos sobre la empuñadura de su espada. Tan elevada era su estatura, que podía contemplar a un mismo nivel los ojos de la Reina, en el dosel sobre el cual reposaba su trono. Y así habló él:

—Fuimos un día amantes, y creo que cuando un hombre y una mujer han estrechado una vez sus labios, el odio entre ellos es una blasfemia, aún suponiendo que del fuego no queden sino cenizas.

—Creí entonces en vuestra nobleza. No sé ahora lo que sois. Pero ésto os digo. Señora de los Normandos, si abandono a mi esposa, la madre de mis hijos, que ella y la Reina de Inglaterra me desprecien al unisono. Pero no la abandonaré. La amo, y no me despreciará ella, ni tampoco Matilde, la que fué Princesa de Flandes. Si yo cediese, deshonraría a mi raza. Ahora, haced de mí lo que queráis.

Pálida como la muerte, la Reina Matilde con sus manos siempre sobre los brazos de su real sillón, permanecía impasible.

—A mí el Rey ha concedido todas vuestras tierras y la ciudad de Gloucester para que yo disponga, y todo lo que aparece a vuestro nombre. Insistiréis siempre en guardar fidelidad a Swankild? Recordáis vuestro juramento? Mirándola siempre derecho a los ojos.

—He respondido ya, le dijo.
Con la corona de doradas flores de lis que ceñía su preciosa frente, y con el blanco y transparente velo que de ella descendía, parecía más bien una imagen de la Madonna, coronada, recibiendo homenajes. Más de algún escultor llevaba a la reina en su mente, al tallar las hermosas estatuas de su noble Abadía de Caén. Más celestial parecía todavía al contemplar al niño que reposaba en sus hermosos brazos.

Al fin habló Matilde:

—Os privo de todas vuestras tierras. Son mías; os privo de vuestra libertad. Sois mío. Habéis escogido. Acepto vuestra decisión.

Aquel mismo día, Brictric fué encadenado en el castillo de Winchester y respecto de su fin nadie sabe, salvo aquellos que le dieron la muerte y un secreto sepulcro. Y hasta hoy día en el Gran Libro de Doomsdays, en donde se encuentran registradas las tierras de Inglaterra, aparece el detalle de las grandes propiedades de Brictric el Blanco, con esta anotación:

“De propiedad más tarde de la Reina Matilde”.

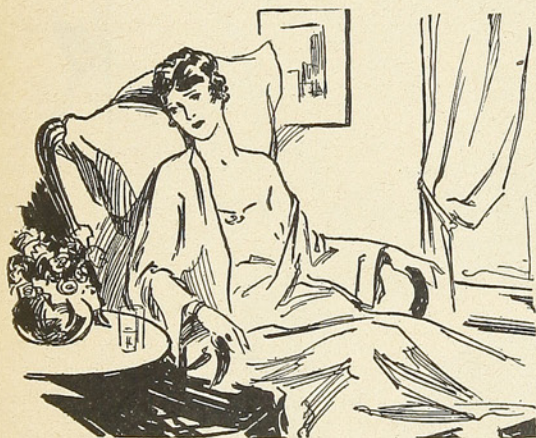
Sin duda, una gran Reina y una gran Señora, pero en el fondo duro su corazón, como el granito de la Normandía.

(Continuación de la pág. 4)

MUJER, DEFIENDE LO TUYO

Y fueron los otros, los extraños, quienes buscaron al padre para que diera nombre al recién nacido. Ella, de nada concerniente a su marido se ocupó más; como si se lo hubiera tragado la tierra. ¡Tenía lo que más había ambicionado desde que el uso de su razón comenzó a apuntar en su cerebro de niña!... Ya no envidiaba a mujer alguna, ni se moría de santa envidia ante la imagen de aquel antiguo San Antonio, enfanalado en la urna de la vieja Iglesia, con su niño en los brazos, que le brindaba una graciosa caricia; jella también tenía el suyo!... Ni miraría más con nostalgia aque-

(Continúa en la pág. 67)



Los Dolores Físicos Desmejoran, Afean y Envejecen

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

Quita instantáneamente los fuertes dolores del período menstrual de la mujer, que tanto la debilitan, privándola de entregarse a sus tareas domésticas y sociales.

Estos sufrimientos son completamente innecesarios, porque con las tabletas de FENALGINA se quitan en seguida.

Toda mujer que experimente dolores por esta causa durante el período, debe tener siempre al alcance de su mano las tabletas FENALGINA. Centenares de miles las toman cada vez que se sienten mal. Léanse las instrucciones que vienen en cada cajita. ES INOFENSIVA.

NO ACEPTE SUBSTITUTOS.

EXIJA QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amoniatada.

Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

No más restricciones

NO DIGIEREN
NADA
LO DIGERIRÁN
TODO
con la

Sal Digestiva

Beme-ce

M. R.



**ARDORES DE ESTÓMAGO
ACIDEZ GÁSTRICA
PESADEZ DE ESTÓMAGO
VÓMITOS**



DOSES: Una cucharita después
de cada comida

FÓRMULA: Magnesio
Bicarbonato, azúcar
Carbonato de calcio



VENDESE EN TODAS LAS FARMACIAS
CONCESIONARIO PARA CHILE: AM. FERRARIS CASILLA 29D SANTIAGO



El sombrero desaparece

Durante años, el sombrero escondía la frente, los ojos, y hasta parte de la nariz, y el peinado no tenía mayor importancia debajo del sombrero. La moda de hoy día, la cual siempre se acerca más a lo ideal de lo natural, ya no toma en cuenta el tapado de la cabeza, por el contrario, más interés se debe tomar al ondulado o color del cabello.

Los gorros de taupé, terciopelo-



¡ El peinado reina!

lo o moire, que ya no se pueden llamar sombreros, pues ya no dan sombra. Son tan livianos como una pluma, y flexibles como un pañuelo, y requieren más atributos para la mujer elegante.

El ponerse un sombrero de esta clase, significa cada vez una creación nueva, pues el conjunto de toda su belleza depende de como esté puesto sobre los rizos y ondulado del cabello.

Por lo tanto, todas deben cuidarse el pelo. ¡Pues de él depende toda nuestra belleza!

(Continuación de la pág. 65)
MUJER, DEFIENDE LO TUYO

lla otra imagen de la Virgen Santa en su sitial, recubierta de sedas y blondas, que pudorosamente alzaba el maravilloso encaje de un pañuelito antiguo (regalo de la misma Casilda) para acercar el virginal seno a un perfecto Niño de talla que, esquivando de soslayo la divina cabecita, dejaba el puro néctar que la madre le ofrecía para mirar con amor al devoto, arrodillado ante la Madre y el Hijo... ¡Ya ella tenía también el suyo!... ¡Un hijito de carne, un niño de verdad, un muñeco vivo, como siempre había deseado!...

Pasaban los días para Casilda como si el tiempo no tuviese treguas que no fuesen de delicia.

Ya chapurreaba, con su lengua de trapo, el pequeñuelo y se oía llamar *mamá*... La dulce palabra, que ella nunca había pronunciado sonaba en sus oídos, aunque no la escuchase, como un continuo eco...

En los anochecidos, dormido en su cuna el pequeño, criado ya, robusto como una flor abierta dispuesta a recibir todas las luces, se extasiaba la madre contemplando aquel fruto de sus entrañas, tan cuajado tan exuberante de vida, tan sabroso de acercárselo a los labios para comérselo a besos, como la pulpa de aquellas manzanas robadas a la codicia de la tía Chicharra en las tardes memorables de travesura infantil, cuyo recuerdo la hacía ahora sonreír y la aborronaba un poco... Mientras, sus manos no estaban ociosas, y se afanaban por pulir y engrasar los antiguos hierros forjados, los bruñidos aceros y aquellas célebres hojas toledanas, que paso a paso su padre había ido coleccionando, año tras año, y cuya adquisición ella continuaba como algo exclusivo de la «casas», con lo que había logrado su tienda (tan buscada por artistas y anticuarios) un verdadero renombre en la ciudad y hasta fuera de ella.

Una noche, mientras las brasas de oloroso castaño ardían en la vieja chimenea de la trastienda, saturada ya de buen gusto y bienestar, esa noche, en que todo era plácido en aquel ambiente, entró un hombre en el despacho...

Habían pasado cinco años desde la huida de Salvador, y Casilda, al pronto, no pudo reconocerlo. Después, un gran estupor dejó paralizada su garganta...

—¿A qué vienes?—preguntó primero.
Y un cruel presentimiento, que hasta entonces no inquietó sus anhelos maternos, vino a herirla...

—¿Que a qué vengo?... Debías haberlo sospechado y haber pensado que algún día vendría...

—Pero... ¿a qué?... ¿a qué?...—siguió preguntando, sin querer comprender—. ¿No te fuiste y para nada te he llamado?... ¿Para qué volver?...

—No me has llamado, no. Y ya sabía yo que mi huida, más que apartarte, te alegraría. ¿Qué más querías tu?... sonrió socarrón—. ¿Piensas que estaban para mí ocultos tus sentimientos?... Bien comprendí que no me querías...

—¡Mientes! Tú eres quien no lo mereciste...

—Si... ya sé... Mi mal comportamiento, mis pretendidas juergas... Pero ¿y tú? ¿Qué hiciste para que yo fuese de otro modo? Una vez logrado tu propósito de ser madre—único que hasta mí te atraía—, ¿qué era yo en esta casa para ti?... Poco menos que uno de esos trastos o esas armas que pules y repules para darlas más vista, pero que no serían nada si en tu mano no estuviesen... ¡Y yo tengo también mis ambiciones y, como tú, ocultas y bien ocultas las tenía!... ¡Yo quería ser yo, hacerme hombre, debérmelo a mí todo, y en estos cinco años ya lo he conseguido!... La mejor tienda que se ilumina por las noches en una de las principales calles de Buenos Aires es mía... Allí tengo también una familia y una casa ¡mía!, hecha por mí, como yo la quería, no como la que me dabas tú, prestada...

—Pues si tanto tienes, ¿a qué vienes, dí? ¿Qué buscas aquí?

—Busco tu cría, que es mía también...
—¡No, eso no!... Pídemelo lo que quieras; cuanto tengo te doy si lo necesitas; pero el hijo es mío, ¡sólo mío! Yo lo crié... Tú nos abandonaste...

—¡Mentira! ¿Ahora te acuerdas? Ante la Ley podré probar que no; fui en busca de trabajo que me diera un porvenir; hoy lo tengo y vengo por el muchacho y..., de paso, a vengarme de tu desprecio... ¡El chico es mío!... ¡Es mi hijo!...

—¡Mentira!... ¡Mentira!... ¡Es sólo mío!...

—Eso ya lo veremos... La ley me ampara y te lo quita... Hoy vengo a llevármelo...

—¡Llévartelo?—rugió la madre.

—¡Tan seguro!...—respondió él con flemas.

(Continúa en la pág. 69)



es lo que debe Ud. exigir cuando sólo quiera una dosis de la noble **CAFIASPIRINA** para los dolores, pues así tiene la seguridad de recibirla en forma higiénica y segura. ¡Cuidese de substitutos e imitaciones!

Tan ideal como es el "Sobrecito" para una emergencia, es el Tubo de 20 Tabletas para tener en la casa.

CAFIASPIRINA (M.R.) Eter compuesto etánico del ácido orto-oxibenzóico con Cafeína

Fijese siempre en la **Cruz Bayer** y recuerde que

Síes BAYER es bueno



Sanos como dientes de niños

EL DENTOL (agua, pasta y polvo) es un dentífrico, que, además de ser un excelente antiséptico, está dotado de un perfume muy agradable.

Fabricado según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente las caries de los dientes, las inflamaciones de las encías y de la garganta. En pocos días da a los dientes una blancura resplandeciente y destruye el sarro.

Deja en la boca una sensación de frescura deliciosa y persistente. Ejerce su acción antiséptica contra los microbios de la boca durante 24 horas, por lo menos.

Empleado puro con algodón, calma instantáneamente los dolores de dientes más violentos.

La PASTA DENTOL se vende en cajas de vidrio y en pomos modelo grande y chico.





NEGRO Y BLANCO

El traje es en crepe blanco incrustado, a la altura de las caderas y de la cintura, de una banda de crepe negro recortada en dientes irregulares. En la parte baja de las mangas, un pequeño puño negro recuerda este original adorno. Blanco, 5 m. en 1m.; negro, 0.75cm. en 1 m.

De crepe blanco con pastillas negras para la blusa. La parte baja de las mangas y el cuello anudado, son de crepe negro con pastillas blancas, como la falda, guarnecida de

recortes reincrustados y alargada por dos panneaux en forma. Crepe blanco con pastillas negras, 2 metros 75 en 1m.. Crepe negro con pastillas blancas, 2 metros 75 en 1 m..

Como para el traje precedente, he aquí otro de raso blanco y raso negro aliado en este traje. La blusa tiene un escote anudado, y es de raso blanco, con medias mangas negras. Y la falda en forma, es de raso negro, y remonta sobre la blusa.—Raso blanco, 1 m. 50 en 1 m.; raso negro, 4 m. en 1 m.

(Continuación de la pág. 67)
MUJER, DEFIENDE LO TUYO

Y Casilda no escuchó más. Vió que Salvador avanzaba con ánimo resuelto hacia la trastienda, como conocedor de la casa... Vió al hijito dormido ya, y esperando el beso de la madre que vendría en el siguiente día a despertarlo... Un

furor de loba acosada entre sus crías anubló su cerebro, y en un rápido salto veloz y ágil semejante a los que empleaba de niña para asaltar los cercados, brincó Casilda el mostrador que de su marido la separaba y, como un diente agudo y afilado de su propia boca, le hundió en el vértice mismo del corazón la brillante púa del acerado cuchillo que momentos antes pulían sus manos...

Los labios de Casilda volvieron a reír, triunfadores y rencorosos, mostrando la doble fila de sus dientes de loba, brillantes y apretados...

EN LOS HIPODROMOS

Vemos tres detalles del mejor gusto: los guantes largos, las mangas cortas adornadas, y los talles en su sitio natural. Los guantes significan distinción y se pueden considerar línea divisoria de las clases sociales; las mangas, cortas y adornadas, borran el recuerdo de los vestidos sin ellas, que resultan tan pocos artísticos, y los talles en su sitio devuelven a la figura femenina sus bonitas proporciones o se las devolverán cuando las cinturas dibujen de nuevo la curva que han perdido. No quisiéramos que reapareciesen los talles de avispa, feos, antihigiénicos; pero si deseamos que la mujer deje de parecer una niña.

Ya se ha dado el primer paso, que era el más difícil; queda mucho por andar, si hemos de salir fuera del círculo que aprisiona la mujer moderna; pero se andará, si Dios nos ayuda.

Hace pocos días tuve el gusto de merendar con una ilustrada dama-venezolana que vive en París, frecuenta la sociedad elegante y es un verdadero apostol que predica con la palabra y con el ejemplo. Pues bien: esta señora me dijo que las desnudeces son ligerísima manifestación de la desmoralización de costumbres, de la inconsciencia, cuando menos, en que se vive hoy, aceptando el mal como algo de fuerza tan poderosa que no se puede rechazar.

“La señora o la muchacha más correcta no puede evitar que en una taza de café la sirvan cocaína...”

En el cinema, en las salas de conferencias; ve y oye lo que

quizá ruborice a un sargento, y ella finge escucharlo o verlo con natural indiferencia para no caer en ridículo....

La libertad es el lema de la sociedad actual; pero no para gozar libremente de las maravillas de la creación, sino para encauzarse siguiendo propias inspiraciones con objeto de llegar a un fin definido y digno, sino para revolotear como mariposas, que tan pronto levantan el vuelo como abaten las alas y caen en el lado del camino....

Si yo les contare—agregó, con su acento dulce y su voz canarina—se horrorizarían. En París hay mucho bueno que imitar y admirar; pero nadie se detiene para enterarse siquiera; en cambio, aquí, como en América y en todas partes, tomamos con fruición todo, todo lo malo que nos ofrecen los destructores de la moral de la familia y de la fe”.

Por desgracia, es exacto cuanto nos dijo, y aunque alguien se niegue a creerlo, yo ruego a todas las que pueden, por su posición y por su nombre, dar la batalla, que luchan valientemente.

La moda parece que ha aceptado ese rubor alargando las faldas, cubriendo los escotes con gabanes mal hechos (a propósito naturalmente) y agregando mangas cortas a los trajes de tarde. Completamos su obra vistiendo el traje por debajo y poniendo especial empeño en que la mujer española, en hábitos, espíritu y silueta, tenga sus características propias.

LA CONDESA D'ARMONVILLE

En la Edad de la Lactancia...

PREFIERA:

MILKO
M.R.

el mejor alimento a falta de leche materna.
Reune todas las ventajas de la leche natural sin ninguno de sus inconvenientes.

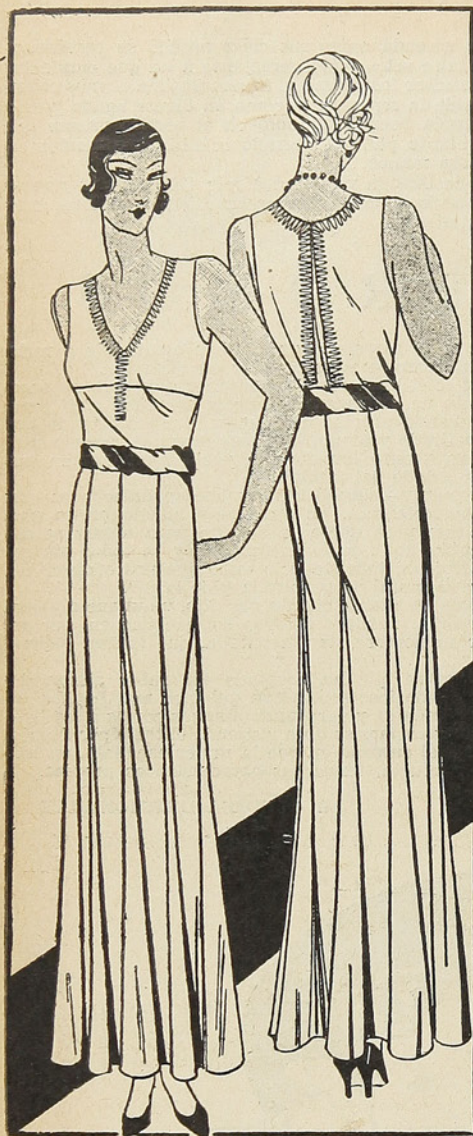
Elaborada en Los Andes por la **COMPANIA AGRICOLA**.

En venta en todas las Boticas y Droguerías.

PRECIO: \$ 4.80 el tarro en las provincias de Santiago y Aconcagua.

A base de leche desecada.





Las faldas

MARIETTE—DEESE.—Traje de tul blanco, peñado de verde en el escote, que se prolonga en la espalda hasta el talle. Las caderas son estrechas y la falda se expande en forma. Cinturón de crepe de China torcido, blanco y verde.

BRIN D'AMOUR.—De muselina de seda impresa gris, negra y rosa. Volante muy en



largas

forma. abajo, montado por un volante en vivos irregulares. El escote es acentuado en la espalda.

PAPILLON.—Traje en tafetas rosa, para muchacha. Blusa ajustada, más larga por detrás, marcada por pliegue en el talle y florida en el hombro. Nudo de tela sobre el talle atrás.

POR QUE SE PINTAN LAS MUJERES

La mayor parte de las mujeres, exageran su tocado para agradar a los hombres. Y yo digo, que si alguien está autorizado hacerlo son unicamente las artistas, que por estar en constante con el público y desafiar las más diversas críticas salen triunfantes de la prueba. Y más especialmente las artistas de cine, porque es incalculable la diferencia entre el número de espectadores que asiste a las proyecciones de la pantalla y la del que acude a los espectáculos de declamación, zarzuela, etc.

Vamos como se expresan algunas de las artistas.

Dice Florencia Vidor:

"Tengo por costumbre lavarme los cabellos cada quince días con jabón blanco y agua de lluvia.

Lo hago para fortificar el cuero cabelludo.

Cada día, por la mañana, y antes de empezar mi sesión de tocado, me envuelvo la cabeza con una servilleta caliente y la conservo puesta durante algunos minutos. Esta práctica no tiene otro objeto que estimular circulación."

Otra artista, la Clara Bow, habla con más filosofía:

"La expresión, dice Clara Bow, no es más que cuestión de voluntad. Si un rostro risueño y una boca sonriente no constituyen la Belleza en sí, contribuyen, en cambio, a dar al rostro un gran atractivo. Toda mujer sabe que las emociones envejecen o nos hacen rejuvenecer según sea la emoción.

El regocijo embellece más que todo. Los ojos brillan, la piel se aclara y hace el papel de tónico.

Clara Bow, come con moderación, prefiere el azúcar moreno al blanco; procura no comer el arroz sometido a demasiadas operaciones de depuración; de la preferencia a las se-

gundas verdes y a la fruta cruda, de la que hace gran consumo.

Rebe Dantel, hace consistir en el buen carácter, en el buen humor el secreto principal del atractivo y de la belleza.

Dolores del Río, afirma que por la noche se frota la cara con una crema fría. Después se lava la cara con agua muy fría y con preferencia con hielo, para estimular la reacción y después un lavado de agua, de agua, agua Colonia y tintura de benjuí.

Al día siguiente, un lavado de agua fría, y antes de convertirse en "belleza" usa una pequeña cantidad de "polvo líquido". Un poco de rojo seco, unos toques de lápiz en las pestañas en los ojos, y con cierta parsimonia, el "rouge" para los labios. Y a todo esto dice Dolores del Río le llamo "Convertirme en belleza".

Mary Pickford, declara su secreto, que los enemigos de la belleza, son el calzado estrecho y la intranquilidad, el desasosiego.

Norma Shearer, sólo cuida de su cutis una vez por semana.

Mary Doran, fía la eficacia de la belleza, en los ejercicios al aire libre. La gimnasia sueca conserva la agilidad de todo el cuerpo e impide el entumecimiento y la vejez.

Como vemos por las anteriores manifestaciones, las autoras de los secretos de belleza, lo hacen porque tienen que exhibirse en público y todas lo hacen con moderación, pero el vulgo, todo el enjambre de mujeres, que muestran sus colores en la cara, no saben por que se pintan, a menos que la mayoría lo hagan para llamar la atención de los hombres, pero a éstos no les gustan los espectáculos en pleno día y en mitad de la calle.

HORTENSIA

UN PELIGRO DESCONOCIDO

Extraordinario descubrimiento hecho en el techo de una casa

Los peligros mayores no son los más temibles, dice un refrán. A veces sucede que tiene toda la razón.

Seguramente el señor y la señora de Bachmann temían tal o cual cosa. Tal

vez se cuidaban mucho de miedo de resfriarse y no comían sino poco, por temor a una indigestión. Todo el mundo siente esos pequeños temores. Pues bien, esta afortunada pareja ignoraba que estaba amenazada de un peligro inminente y terrible.

Debido a un desperfecto en el techo de su casa, llamaron un obrero para que lo arreglara. Grande fué la sorpresa del hombre al descubrir que había en él una bomba explosiva de las más poderosas, con su cápsula de pólvora intacta.

SU NIÑO TIENE RAZON

rehusando tomar tan repugnante medicamento como lo es el aceite de hígado de bacalao, cuando existe la

PANGADUINE

M. R.

que bajo una forma agradabilísima encierra todos los principios activos de dicho aceite.

DOS FORMAS:

Elixir
Granulado

de venta en todas
las farmacias.



No sea Ud. el esclavo de su estómago

Toda clase de desórdenes gástricos e intestinales, como:

FLATULENCIA
ERUCTOS ACIDOS
GUSTO PUTRIDO
ESTREÑIMIENTO

desaparecerán rápidamente con:

GOTAS JERUSALEN

BOTICA DEL INDIO

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

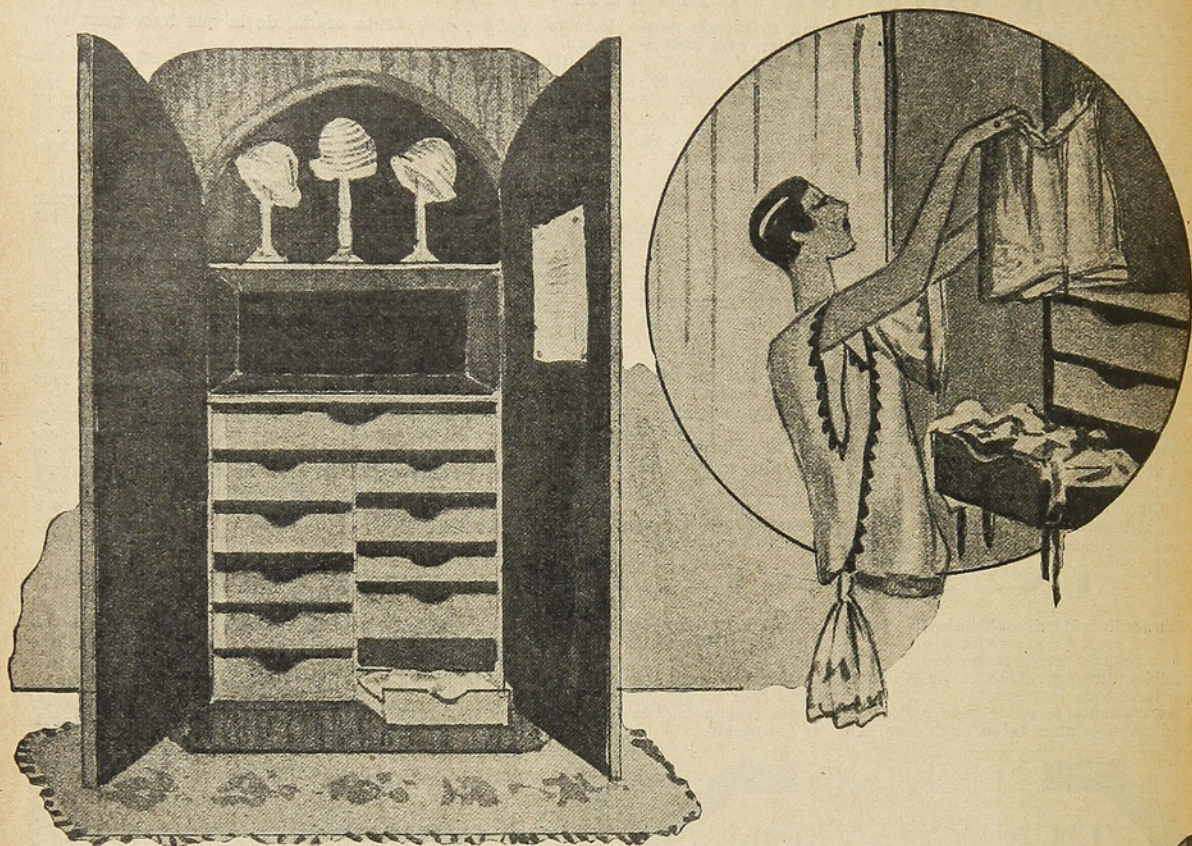
Ahumada esq. Delicias

Casilla 959

SANTIAGO

Base: Calom. Absenth. Gent. Chin.

Sucedáneo del Aceite de Hígado de Bacalao. A base de: Extracto de Hígado de Bacalao; Glicerina; Jarabe de grosellas y vino de Oporto.



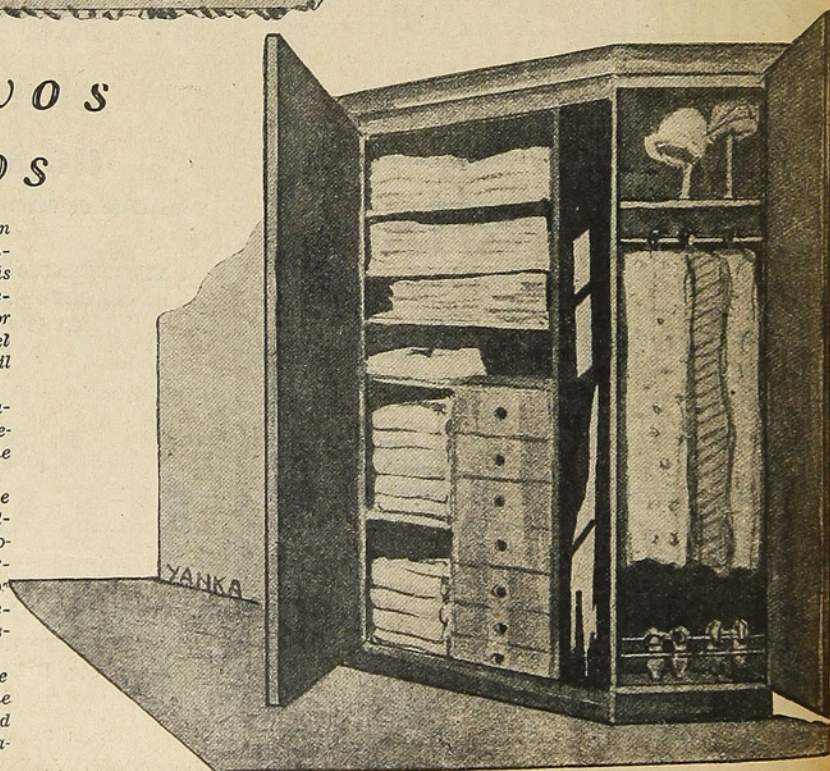
Los nuevos armarios

La vida práctica actual, ha inspirado un sin fin de muebles, entre los que se encuentran los armarios, que es uno de los más imprescindibles en el hogar. Estos no tienen tablas, sino cajones, que no cierran por completo y permiten así que penetre el aire en ellos a la par que son de más fácil manejo.

En la parte alta de los mismos hay tablas con pies de madera para los sombreros y en la puerta la lista de la ropa que encierra el armario.

Hay otra clase de armario que se abre por delante y por uno de los lados, y algunas veces por los dos, en el que se coloca la ropa dispuesta de la siguiente forma: en el centro, la ropa blanca, y a los lados, los trajes en sus fundas, los sombreros y los zapatos colocados sobre dos listones.

Esta combinación tiene la ventaja de que el servicio de la casa, aunque tenga que colgar la ropa, no tiene ninguna necesidad de tocar el armario en donde, joyas y paños quedan discretamente guardados.



CONSULTORIO SENTIMENTAL

Para Huérfanos de amor, me intereso por una de ellas. Prometo ser sincero, cariñoso y fiel. J. V. V., Correo Nuevo, Chuquibambilla.

Tatita, si no has olvidado a la amiga provinciana que conociste en Lebu y con quien mantuviste correspondencia, te ruego contestes por la revista o directamente a Lina, a la dirección que sabes, si tu corazón está libre, (lo que pongo en duda), Provinciana.

Mary Bast, Correo 2, Talcahuano, desea amistad con lector de «Para Todos».

D. B., Casilla 42, Cafete, desea saber de su querida e inolvidable amiga señora María Irene Jofré de Osorio, Contésteme.

He perdido un amigo, busco reemplazante que sea hombre capaz de comprender a un alma buena y sincera que sólo desea una amistad muy leal nada más y que no pretenda conocerla. Marta Miller, Correo 3, Valparaíso.

Para Aristides Pacheco Altamirano, de Concepción, eres y serás el ideal de toda mi vida. Soy rubia, delgada, como a ti te gustan, y sé que no te soy indiferente, pues tus miradas me lo dicen. Si tu corazón está libre, contéstame al Correo de Concepción, pues estoy dispuesta a ser tu leal y fiel amiga. María Flores A.

Para Sigfredo, creo reunir las condiciones que usted desea, y si quiere tentar suerte, diríjase a Victoria del Río, Correo Central, Santiago.

¿Hay algún corazoncito libre de 19 a 30 que sepa consolar a un corazón triste? Rosina, Correo 3, Valparaíso.

Me agradaría saber qué ha sido del simpático marino cuyo nombre es Fidel Henríquez y que en 1928, fué trasladado al sumergible H. 1. Si su corazón se encuentra libre y desea reanudar la correspondencia con la amiguita que tiene aquí en Santiago, diríjase a Correo 6, Yungay, Ada.

Mi ideal es Olga Aguilera A., del Santa Filomena, que siempre va acompañada de 2 o 3 o más primos. Soy moreno y buen mozo. Correo Lota Alto, Juan Gray Alvar.

Desearía correspondencia con el simpático rubicundo cuyo nombre es G. Tompson. Yo soy una morenita muy dije de ojos verdes y que tiene un corazón dispuesto a amar. Conteste al Correo 2, si acepta o no. María de la Luz.

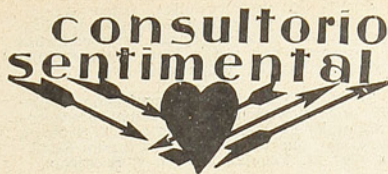
Mi ideal es encontrar marinero que sepa comprender. Lo deseo sin vicios, un metro cincuenta, nobles sentimientos, dispuesto a formar hogar tranquilo, no menor de 24 ni mayor de 30. Yo, 17, físico regular, chica. Contestar por la revista a El amor nunca muere.

Deseo correspondencia con joven decente, mayor de 20 años, culto, serio, amante de la música y de la poesía. No importa físico. A. C. A., Correo 5, Valparaíso.

Para el joven del Carnet 15612, Arica, se le hace saber que tiene una interesada a quien puede dirigirse. R. M. R., Correo Coronel.

Ha de ser el hombre que yo quiera, moreno, alto, ojos verdes, de una vasta ilustración y de familia honorable, ojalá oficial de marina. Yo soy trigueña, pelo crespo, ojos grandes, familia distinguida y bastante educada. Advertiendo que el que se digna contestar no quedará defraudado. Gloria I.

Mi ideal eres tú Chita Valenzuela, Renaco, estoy enamorado, te idolatro. ¿Te has dado cuenta de que te amo? ¿Tendré algu-



na lejana esperanza? Creo que la plaza no está tomada y en tal caso puedo tentar suerte. Además, creo no serte indiferente. ¿Chita bonita, aceptas mi amor? Sería feliz. Negro Fósil, Cautín.

Cansada de la soledad, desea correspondencia seria con señor alto, extranjero, 40 a 48 años, culto, honrado, católico, nobles sentimientos, buena posición, desee formar hogar dichoso y perfecto, con señorita 35 años, extranjera, rubia, moralidad absoluta, instruida, agradable, regular posición. Odilia X., Correo 15, Santiago.

Dos chicas de 18 y 20 años, desean correspondencia con jóvenes no mayores de 30, cariñosos, serios y trabajadores. Nosotras cariñosas, sencillas y buenas. Nelly y Nora, Correo Talca.

Mary Aburto y Ruth Arraigada, desean correspondencia con jovencitos no mayores de 25, y que sean de corazón sincero, preferimos de Concepción o Talcahuano, Correo Concepción.

Huérano de todo afecto, desea correspondencia con señorita de 15 a 25, libre, que quiera pasar temporada veraniega en estas pintorescas tierras. A. R. R., Aysén.

Dos íntimas amigas, una rubia viuda y la otra morena simpática, de 22, queremos correspondencia con dos jóvenes, buenos fines, delicados. La rubia lo desea profesional. La morena lo quiere con un ranchito en el campo, para cultivar las flores, es decir, un simpático campesino. Correo 11, Providencia. A las tres B. B. B., es decir: Bueno, Bonito y Barato.

Mi ideal es un joven de la Mercería Marchesine, de Viña del Mar. Su dulce nombre es F. Castelli. La que escribe es una persona pobre, pero que lo ama de verdad. Si no le soy indiferente, ruego conteste a C. O. A., Correo Viña del Mar.

Desearía saber de R. G. O., que vivía en calle Castillo del Cerro Barón, en una casa importadora de la calle O'Higgins. Espero que recordará quién soy y que no olvidó que me ofreció una amistad sincera. Si mis esperanzas se ven defraudadas, y ya que no soy nadie en sus recuerdos, que al menos tenga la convicción de que no olvidó, Gattita.

Tres morenitas sanjavierinas, serias y sinceras, buena familia, nada mal parecidas, amantes del hogar, sueñan con militares,

desde aspirante a oficial o profesionales. Los deseamos de nobles sentimientos, de alma dulce y cariñosa y dispuestos a amar con sinceridad. Lida Peterson, 19 años. Ali Aranda, 18 años. Aida Arco, 17. Dirigirse a Aida Arco.

Señorita Inés G. S., Correo 7, Santiago. Su ideal Carlitos F., hay que descartarlo, pues tiene novia y está de novio con una morenita muy dije. Busque otro ideal. Caritativamente se lo aconsejo. «Buena Amiga».

F. Forni, recordará a la morenita que le regalara la cacharra a la salida del teatro Palet? Conteste a Norma Shearer. Correo Talca.

Agradecería al señor Adolfo F. B., darme por intermedio de esta revista, si ha recibido una carta que fué dirigida al Correo Central de esa, o le ruego me conteste. Ruego a sus amigos se lo hagan presente. Pasionaria.

Mi ideal lo encontré en las vacaciones de Septiembre, en el simpático cadete naval que tomó la misma góndola que yo en Santo Domingo esquina Matucana y se bajó en la Plaza en dirección a los baños Santiago. ¿Se acordará de la chiquilla de traje verde que lo miraba y entró detrás de ella a los baños? Si su corazón está libre, le agradecería disfrutar de mi amistad. Por la revista o a Correo 7, a Denis.

Para «Señorita Anónima», le respondo a usted, pero deseo saber su nombre y dirección. E. A. Zepeda, Cuartel Silva Palma, Valparaíso.

Waldo Ayala, Casilla 656, Concepción. Tengo 25 años, bien parecido, regular estatura, sin vicios y con trabajo. Deseo encontrar una amiguita seria, afectuosa y cariñosa, capaz de corresponder a los afectos sinceros de un corazón que abraza los más nobles sentimientos.

Deseo saber de Hilda Báez, de Santiago. La última vez que la vi, fué en Valparaíso, el 14 de Abril, día en que me despedí de ella. Abribo la esperanza de volverla a encontrar en mi camino. Aun la recuerdo con cariño. Sabe mi nombre. Contestar a «Araucano», Valparaíso, S. O'Till.

Un corazón sentimental, busca un corazón noble y leal, que lo constituye el jovenito empleado en el Tercer Juzgado. Es alto, moreno, simpático. Yo, morenita, de regular estatura. Cuento con 19 años. Deseo obtener amistad sincera si su corazón está libre. Dicen que su nombre es Julio E. O. Magali F., Concepción.

Morena simpática, desea correspondencia con estudiante, ojalá universitario, no más de 20 años, físico agradable, de buena familia y que sepa amar verdaderamente. Isabel Arraigada, Correo Chillán.

Mi ideal es el señor Santiago Passano, de Viña del Mar. Cuando paso por su establecimiento, noto que no le soy indiferente y me sigue con la vista. Soy la chica que trabajo en Valparaíso, la de ojos negros soñadores. Por favor, contésteme a la dirección que sabe. Su apasionada Nelly.

Muchacho joven, buen físico varonil, buena situación social, aspira a formar hogar donde imperen el amor y la felicidad. ¿Será posible encontrar por medio de estas líneas, mujercita sincera y compasiva? S. L. P., Casilla 78, Lillay-Lillay.

Ramilletes de amor, Flor de las Praderas y Perfumes de Rosas, Correo Viña del Mar, tres inseparables amiguitas de 15, 16 y 17 años, sueñan cartearse con cadetes navales que no sean mayores de 20 años ni menores de 15, simpáticos. Nosotras somos simpáti-

“LE SANCY”

\$ 1.00

\$ 1.60

\$ 2.50

JABON: LIMPIA, CONSERVA Y EMBELLECE EL CUTIS.

DA AL CUTIS INCOMPARABLE FRESCURA E INIMITABLE HERMOSURA.

Mirabel y Marieta Reynand, hermanas de 20 y 15 años, respectivamente, desean correspondencia con hermanos o amigos, de 18 y 24. Inevitable foto. Correo 2, Talcahuano.

Deseo correspondencia con R. S. S., universitario que vive fuera de Valparaíso. ¿Será su polola una elegante gordita española con quien lo veo frecuentemente? N. N., Correo 2.

Deseo encontrar amigo con quien cambiar ideas. Caballero, honorable, no menor de 25 años. No importa físico. Rubia, alta, 19 años. Eugenia Montegut, Chillán Correo.

C. Colella T., Casilla 71, Viña del Mar. El ideal de un marinero sería encontrar morenita, de corazón libre, dispuesta a amar con sinceridad. Edad 16 a 18 años. Yo, físico pasable.

Para gringuito que subió al carro en Edwards la mañana del miércoles Noviembre 19, 11 horas. Estaba casi, frente suyo. Me bajé paradero Place Hotel, seguí Melgarejo hasta Plaza Pinto. Usted me seguía. Entré estudio profesional. ¿Sabe cuál, verdad? Le divisé por Plaza. ¿Por qué no me habló? No puedo olvidarle. Confío reparar en este párrafo. Si no tiene compromiso y siente interés por mí, escribame Carnet 174690, Correo Principal, Valparaíso.

La gota de dulzura que se cobija en mi corazón y que se desprendió del tuyo, me hacen adorarte cada día más, Adolfo. Flor Solitaria.

Deseo correspondencia con teniente de Ejército o Marina, fuera de Valparaíso, serio y cariñoso. No me disgustaría un paisanito con las mismas condiciones, es decir, serio y cariñoso, buena situación económica. Más detalles al que se interese por separado. H. Chelita Velarde, Correo Principal, Valparaíso.

Morena, fea, 18 años, solicita correspondencia con joven, no importa físico ni edad, pero sí, tenga un gran corazón para amar y sea serio en sus tratos. R. V. M., Correo San Antonio.

Recuerdo a cada momento en esta soledad al joven que vi por vez primera el 22 de Noviembre, como a las siete y media de la tarde, en carro 36. Después de darnos varias miraditas, conversamos un momento en el Portal Fernández Concha. Si recuerda a la alta, gordita, que le dijo era de Rancagua, conteste a Lilián Brist, Rancagua a Idahue.

A mi querida Florcita, en este triste mundo, todos llevamos una alegre máscara. Fué el destino cruel quien nos separó, pero piensa que tu hermana nunca te olvidará. Margot V. Z., Temuco, 28 Noviembre.

Oswaldo Correa Labra, siempre te quise y nunca te olvidaré. Eres mi único amor en la tierra. Temuquense, Correo Temuco.

Valparaíso. I wish to know why my dear friend, A Mc C. dit not answered my letters. Dina Always remember he with love. I hope anxiously a reply.

Somos cinco hermanas de corazoncitos libres, 21, 19, 18, 16 y 15, dijes, altas, de buena familia, y deseamos correspondencia con lectoritos de cualquier punto del país. Indispensable foto. Lolita, Margoyh, Iris, Dina y Lilita S. N., Correo Talca.

Me muero por tí, Arturo A. B., de la Escuela de Mecánicos de Valparaíso. ¡No me hagas sufrir! Soy la calerana.

Un joven trabajador, de 20 años, físico regular, absolutamente serio, hace llamado formal a cualquier señorita de 15 a 19, morena, que quiera aceptar amistad en principio, para que en definitiva, después de comprendernos, podamos constituir nuestro hogar. Físico no importa. Enviar foto. R. M. M. Teniente «C», Rancagua.

Mi único ideal es y será hasta la muerte, Alberto Sáez Concha. Tu único amor. Anita, Talca.

Morenita humilde, 18 primaveras, familia honorable, alta, delgada, desea correspondencia con joven de 22 a 28, fines se-

rios, foto. Correo 2, Valparaíso. Hilda Olguín.

Olga H. H., hace tiempo que no me escribes, Carlos S. Destructor Hyatt. ¿Por qué tanto silencio?

Estoy dominada y locamente enamorada de un jovencito alemán, que según he sabido, trabaja en la casa Staud de Valparaíso. Su nombre es Willy y su apellido empieza por G. Si lee estas líneas, acuérdesse que quiero ser su amiga. Correo Principal, Valparaíso, Militza.

Deseo encontrar alma caritativa que quiera amar a uno que lo sabrá agradecer. Humberto Oyaneder, Correo 3, Valparaíso.

Bogador, 30 años y Lautaro, 27, ambos nada feos, desean relacionarse con señori-

tas instruidas, serias y con aptitudes para ser buenas dueñas de casa. Bogador la prefiere de Rancagua al Sur, no importa color. Lautaro la prefiere trigueña, delgada y amante de la música. Dirección, Correo Sewell, Rancagua.

Ana Karenina, buen porte, distinguida, amante de lo bello, sería feliz si consiguiera el amor del joven de Cauquenes Carlos Bermúdez. El es mi único ideal y le agradecería me escribiera, Correo Cauquenes.

D. Salvius, Arica, mi ideal soñado, está entre Concepción y La Serena. ¿Cuál será? No soy muy feo, tengo 20 años, profesional, físico agradable y regular estatura. No exijo físico, sólo que la lectorcita interesada no me supere en edad.

Viña del Mar. El Martes 25 de Noviembre

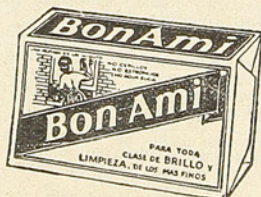
Bon Ami

... hace que los
zapatos blancos permanezcan blancos



BON AMI mantiene siempre nuevos a los zapatos blancos—les quita la suciedad—no se limita a recubrir ésta con pintura. Sirve para toda clase de calzado blanco excepto el de cabritilla. Aun los zapatos blancos viejos se deben limpiar con Bon Ami antes de ser blanqueados.

Limpia
Bañaderas • Azulejos
Espejos • Mármol
Madera pintada
Bronce • Aluminio
Cobre • Esmalte
Linóleo



Resulta económico—pues sirve para muchas otras aplicaciones caseras.

De venta por todas partes

bre, a las 12 y media, una chiquilla maravillosa, de cuerpo escultórico, ojos matadores, bajó del carro en Miramar, atravesó la línea del ferrocarril, se sacó la boina, y de una carrera, con la melena al viento, pasó el jardín de su casa, yendo a aspirar el perfume de una bella rosa blanca, desapareciendo entre el verde y las flores. ¿A qué fin consigno lo expuesto? No sé. Estoy todavía bajo el hechizo de su mirar deliciosamente hipnotizante. ¿Se acuerda usted, Perla Chilena, del que no cesó de mirarla yendo a Valparaíso en gondola, que encontré en Condell, que tuvo la suerte de volver a Viña en el mismo carro, ¿puede ser la desgracia de haberse cruzado, en su camino, porque casi nunca los bellos sueños se realizan? ¿Chi lo sa?

River Holes Mineart, Correo Lota Bajo, tal como «pensamiento triste», desea saber, por qué Bessie Love, Talca, no contesta sus cartas.

Busco una mujercita independiente, simpática, educada, que le guste el cine, la música y los versos. Incógnito, Correo Principal, Valparaíso.

Busco niña para amarla profundamente, rubia, ojos verdes, 25 años, situación económica. Yo, 29, moreno, ojos negros, algo situación. Carnet 17655. San Fernando.

Zaira, Correo Principal, Valparaíso, deseo conocer joven alto, buena presencia, con mucha cultura, que le agraden los deportes y el cine.

Joven 19 años, buena presencia, regular estatura, desea conocer señorita seria, simpática, bonito cuerpo, 16-19 años. R. E. A. Correo 2, Valparaíso.

Joven de 24, apasionado, amante de las artes, desea una amiga espiritual y no muy contagiada por el siglo. Correo Concepción, Aversio Ros A. F. P.

Desearía encontrar amiga sincera, afectuosa, para que con sus sentimientos puros endulzara la amargura espiritual en que me encuentro sumido e hiciera volver la ilusión a mi vida. Si hubiera alguna que se condonara de mí, le correspondería con todo mi cariño. Tengo 20 años. Correo Concepción, Enrique U. R. L.

Muy triste lloro un amor, y busco a alguien que me haga feliz. Por la revista a María Angélica.

El ideal por mi soñado es Raúl Alonso, de Coitauco. Te fuiste, ingrato, sin pensar que destruyas mi existencia. ¿Me amas aún? Tu amor rancagüino.

Flor del Valle y Rubia Soñadora, Correo Coitauco, desde este solitario rincón sueñan noche y día con la felicidad que desde lejanas tierras les traerán los príncipes de sus ilusiones. ¿Vendrán algún día?... No nos importa físico, pero sí nobles y sinceros, altos, que sepan corresponder con toda el alma al cariño que les consagraremos. Somos morena y rubia, respectivamente.

Mi ideal es la chiquilla que vive en el pasaje Aste N.º 85, Talcahuano. Se llama A. Bustamante. Soy de la Escuela de Aviación Quintero, desearía amistad con ella y sería muy dichoso si llegara a obtenerla. Tengo 18 años. Ramón Novarro, Quintero. Interesado.

Vivo en un campo hermoso, y todos creen que no anhelo nada, pero no es así. El cariño de los míos no me basta. Quiero otro mayor que deseo encontrar en un joven alto, de 20 a 30 años, franco, cariñoso y de nobles sentimientos, cualidades que encontrarán en mí. Luz del Valle, Correo Linares a Colbun.

Solicito correspondencia con lector de esta simpática revista, dispuesto a querer. Yo llevo un hondo desengaño amoroso y prometo ser una amiguita fiel y cariñosa. Soy libre de prejuicios y bastante simpática. Si es posible ruego mandar foto que será de vuelta al elegir a mi futuro amor. La mía irá a vuelta de correo. Josefina M. Pacheco, Correo, Concepción.

Señorita yanqui, recién llegada de los Estados Unidos, alta, rubia, de ojos verdes, desea correspondencia con joven simpático, de

25 a 30, en castellano o en inglés. Sharon Falconer, Correo Principal, Valparaíso.

La deseo viuda o joven de 30 a 35, morena, buen físico, ojalá con alguna situación económica. Fines serios. Mando.

Mi ideal será eternamente un encantador jovencito cuyo nombre es M. Ganseo. Estoy enamorada de él hace dos años, y como quiero que estas líneas lleguen a sus hermosos ojitos, le ruego que conteste si es que aun recuerda y corresponde a la chiquilla que constantemente está preocupándose de él. Lila, Correo 2, Valparaíso.

Deseo conocer dirección de Leoncio Lizana, estudiante de medicina en 1926. Si uno de sus amigos lee estas líneas ruego comunicarle, Nena.

Mi ideal eres tú, Roberto Proust, teniendo de los Zapadores, Quillota. Recuerda, prometiste escribirme y hasta ahora no lo has hecho. Tú debes saber muy bien quién soy yo. Contesta a la dirección que sabes. Si no la recuerdas, te la remitiré por la revista. Berty, Valparaíso.

Tristeza, para ti, hombre de noble corazón, van dirigidas estas líneas. Soy una muchacha que nunca ha sabido de alegrías, siempre mi vida ha sido muy amarga. Quiero, amigo, a quien no conozco, que sepa consolarme y comprenderme.

Estoy encantado con la señorita que trabaja en la Mercería Delicias. Mis intenciones son serias. Si su corazón está libre, conteste a Charles Farrel, Valparaíso.

La vida con su artificio y egoísmo nos ha puesto tristes. Quisiéramos encontrar dos solterones altos, ojalá con auto, que nos ayuden a encontrar la felicidad. Iema Galindo, Correo 17.

Vera y Pola Zimensky, Casilla 1086, Concepción, morenas de 18 y 17, anhelan jóvenes israelitas que comprendan lo noble y hermoso de la vida y que no hagan juguete del corazón de una mujer. Indispensable foto, sin cuyo requisito no se contestará.

L. V. C., 84 años, Correo Concepción, al sentirme muy solo en este valle de lágrimas, busco piba de 15 a 60, que sepa endulzar mi vida.

Para Oscar Peña, Carabinero de San Felipe, si su corazón está libre, conteste a Muguet, Correo San Felipe.

Mi ideal es corresponder a V. F. S., de Lillole, Correo Viña del Mar, a A. M. Pel.

Morena, 25 años, nada modernista, y amante del hogar, sería su ideal joven alto, simpático, trabajador y sin vicios, familia honorable, no me importaría viudo con hijo chico. No quiero pasatiempos. Si hay interesados, conteste a la revista. Mireya del Campo.

Creo ser el ideal de José A. Quintana, Arsenales de Talcahuano. Escriba a Princesita Solitaria, Correo Villa Alegre.

Enamorada, mi único amor es y será siempre el encantador abogado de Cauquenes, Carlitos Verdugo. Le agradecería me escribiera y así calmaría este fuego que me consume. Si por casualidad no leyera estas líneas, ruego a cualquiera de sus amigos se las comunique. Correo Cauquenes.

Mi ideal lo constituye una mujer de sentimientos nobles, de franco pensar, inteligente y de buen criterio, y esa es usted, encantadora Nenita Tolosa. A pesar de su modestia, se trasluce su alma. Es tan raro encontrar alma como la suya! Recuerda al que la miraba tanto cuando usted fué en auto, con varias señoritas más a las Verónicas del Maule. Conteste a I. K. S., Talca.

Todo mi amor lo he puesto en un joven alto, muy simpático, que vino en calidad de aficionado a participar en la Velada Bufo de este pueblo el año pasado. Su nombre es Luis Concha H. Yo soy la simpática morenita que tuvo la dicha de ser pintada por él entre bastidores. Si aun me recuerda, ruegole contestar a Blanca Nieve, Rancagua.

Joven de 35, desea correspondencia con

señorita o viuda, fines matrimoniales. Correo Sewell, Esteban Chandia.

Pronto hará un año de que Oscar R. A. G., de la Caja Nacional de Ahorros Central constituye mi único ideal, el hombre que no he podido olvidar y del cual estoy segura no guardará por mí ni el más insignificante recuerdo. Y es por esto que le dirijo esta súplica, manifestándole que sería muy feliz si se dignara fijar sus ojos en esta revista o si no, ruego a sus amigos dar a conocer mi llamado. Ramoncita Triste.

Carta empleza: «Amigo, etc., y firma E. para E.» Dé más datos y su firma. Diríjase a Esperanza Bella, Correo 2.

La respuesta dirigida a Dama Anónima, no está clara. Repita alguna frase de la carta dirigida a usted, u otro dato para esclarecer.

Concepción, mi único y eterno ideal eres tú, E. N. G., que vives en Las Heras N.º 149. Piensa en que no te olvidaré jamás. Sanjavierino Ausente.

Al joven que quiere mantener correspondencia con señorita de campo. Yo lo soy. Puede escribir a R. Fuentes, Correo Putaendo.

Señorita de 15 a 16, desea correspondencia con aviador militar, que sea de buena familia. Emy W. K., La Serena, Casilla 34.

J. Carpentier, Potrerillos, desea correspondencia con la señorita Hilda N., que vive en el campamento chileno. Es mi único ideal.

Katty L., Copiapó, desea amistad con el gringuito Yanko Bendecovic G. ¿Recuerdas, Yanquito? Contesta.

Somos dos primas simpáticas, de buena posición, que anhelamos con todo el corazón mantener correspondencia con dos aviadores. Si hallamos nuestros ideales, pidan datos a Regina y Luz Briceño Buendía, Correo Tinguiririca, Fundo «El Cóndor».

Diana Ellis, Correo Ovalle, desea correspondencia con joven de Potrerillos, pues irá allá pronto.

Sharon L., Correo Ovalle. Busco entre los lectores de «Para Todos», un amigo sincero y cariñoso que me escriba.

«Habrá entre los lectores de la revista «Para Todos» uno que quiera escribirme? Liliana del Campo, Correo Ovalle.

Mi ideal es correspondencia con joven de 18 a 23. Nitzka K., Correo Ovalle.

Para «Ever Ready», me gustaría correspondencia con usted. Tengo 18 años, morena, estatura regular, educada, dueña de casa, y de familia honorable. Sé inglés y dibujo. Conteste a A. R. I., Correo 3, Santiago.

Ruego a la señorita que firmó Dolores Costello, en «Para Todos», N.º 81, desista de su ideal, pues el corazón del teniente Díaz pertenece a una chiquilla muy simpática, que lo amará más allá de la tumba. Sintiendo mucho desilusiónarla. Sewell Bethi.

Marielo Piendibene R., rico agricultor, joven y apasionado, desea correspondencia con señorita fines matrimoniales, de preferencia rubia y de corazón inocente. Calle Chacabuco 278, Concepción.

Mi ideal es y será la señorita María U. S. M. Si sus lindos ojitos se fijan en estas líneas, quiero que sepa que hay un corazón que la ama sinceramente. Despreciado.

Martita, ¡qué placer no sentiría si tú me correspondieras algún día! ¿Por qué eres tan indiferente? ¿Sabes quién soy? Recuerda a quien no te olvida.

Rolénase, Destructor Serrano, Talcahuano, dos lobos marinos, desean cambiar impresiones con señoritas, ojalá de Gorbea o alreedores, donde deseamos pasar las vacaciones. Físico no importa.

Fecha, si usted incógnita lectora de «Pa-

ra Todos», desea mi felicidad, le será su eterna agradecida, me escriba pronto, y obtendrá lo que desea. E. Gibbs, Placilla de Ligua.

Deseo correspondencia con U. Urquiza, marinerito Escuela Grumetes. ¿Recuerda la chiquilla con quien bailó en la fiesta de la primavera? Olga Morales, Correo Concepción.

Mi ideal es Juan Riquelme, que sólo estuvo en Quilpué unos días. Si recuerda a la chiquilla que iba a la estación y que miraba al pasar desde el balcón, creo no le fui indiferente. Correo Quilpué, Quilpuina.

Marion Richard, desea correspondencia con Juan Contreras. Vive en Maule Swager 72, p. 13. Si se interesa, conteste a Correo Coronel.

Deseo ver a un simpático vendedor viajero. Estoy locamente enamorada de Arturo Firmany. Juana R., Correo Tinguiririca.

A Sergio Lyon y Emilio Cuevas, sepan que hay dos chiquillas que los aman de corazón, pero no con el cariño que demuestran ellos. Contesten si es verdad que nos aman como los amamos nosotras. No vuelvo a amar y Estoy que me muero.

De la señora Irene G. de Herrera deseo saber. Ruego me conteste al Correo de Linares. Ana de González.

Mi único deseo es tener amistad con una señorita Lautarina. Su nombre es Blanquita F. Te quiero con toda mi alma. Filiador A. Matus, Correo Concepción.

Para la señorita Luisa A. C. San Fernando, le ruego se sirva contestarme por medio de este consultorio, un llamado que le hice ya varios meses y que desgraciadamente cayó en el vacío. ¿Recibí mi carta que le envié hace algunos días? A pesar de su cruel negativa de ahora años, le insisto con más entusiasmo que antes. Tenga para mí una pequeña esperanza. ¿No le sería posible oírme unos pocos instantes en su próximo viaje a Santiago, que tengo conocimiento será pronto? ¡Contésteme que sí! ¡Yo haría cuanto usted me indicara! Suyo siempre. J. C. M., Correo Talca.

Hoy día, mi único ideal es volver nuevamente a nuestras antiguas relaciones de amor con la señorita Lucía Rossel, que hoy día se encuentra en Linares. Oscar Valenzuela.

Deseo correspondencia fines serios, con señorita de campo o que le agrade el campo, de 25 a 34 años, no fea, regular estatura, trato agradable y católica. La prefiero de Traiguén al Sur. Que tenga fundido o algún dinero. Yo, agricultor, descendiente de extranjero, poco capital, pero decente, trabajador, serio y sin vicios. (Exijo honrabilidad). Correo Gorbéa, a Ben Hur.

A Luis A. Arenas Villagra. Agradecería escribiera. Chita.

Deseo correspondencia con joven serio de buena familia. Preferiría fuera de ascendencia alemana o inglesa. No me importa físico ni que sea rico o pobre, sino que sea un perfecto caballero, pues tengo bastante renta para compartirla con el hombre que sepa comprenderme. Más datos daré en correspondencia. Deseo que si puede envíe foto. Escribir a Alicette Morrison, Correo Talca.

Joven, amante, inquieto, simpático y ultramoderno, busca nada más que una mujer apasionada. Disraeli.

Deseo correspondencia con señorita de 20 a 22. Yo, 21. La deseo buen físico, buena, dueña de casa. Yo, simpático. Cuartel de Bomberos, 1.ª Compañía, G. A., Rancagua Sewell.

Mi ideal es tener correspondencia con marino de 22 a 28, honorable, educado, buenos sentimientos. Yo, joven, serio, corazón noble, capaz de hacer feliz a un hombre con su cariño. Buena dueña de casa. F. R. A. Correo, Teatino 258, Santiago.

Me gustaría conocer señorita, a lo más 22 años, no importa físico, pero que sepa amar. Correo, Concepción. Daniel Estrada.

Para J. Cancino de la Escuela de Grumetes de Talcahuano. ¿Te acuerdas con quien viajaste de Pichaman a Talca, en enero último?

Mi ideal es J. A., ayudante del Ministerio de Marina. Creo que ya su corazón no le pertenece, pero desearía de él su amistad espiritual, que me haría inmensamente feliz. Correo 2, a Helena Denis.

Moreno, educado, 17 años, desea correspondencia con chiquilla rubia, simpática, de 14 a 16. Envíe foto a Gastón Silva, Correo 3, Valparaíso.

Para ti, Alfonso Landeros, son los latidos de mi corazón enfermo que sanará si tú me correspondes. ¡No me olvides, Alfonso! Marta Child, Correo, Concepción.

F. Palma. Eres mi única ilusión. Quiero que sepas que hay un ser que te ama en silencio. ¡Adivina quien soy! Viña del Mar. Incógnita.

Violeta, Valdivia, Correo 5, Valparaíso. Sería muy feliz si encontrara entre los lectores, uno que supiera querer y ser sincero. Lo prefiero alto, decente, y serio. Yo, gordita, 18 años.

Mi ideal es un jovencito de V. del Mar. Vive en 3 Norte y tantos. Usa lentes, y se llama M. Q. R. Gloria, Valdivia, Correo 5, Valparaíso.

Mi ideal es el subteniente del Regimiento Malpo, cuyas iniciales son E. C. L. Ahora hace tiempo que no lo veo. Marión Niscon, Correo 2, Valparaíso.

Profesional 25 años, moreno, alto, familia, desea conocer señorita fines matrimoniales, que tenga situación, buen carácter, familia, que sea doctora o farmacéutica, y que tenga buena salud. Elio V., Correo 3, Santiago.

R. V. A., Correo, Concepción, desea saber si se encuentra en Santiago el estudiante de la Universidad Católica, E. Gajardo.

Deseo correspondencia con joven de Concepción o Talcahuano, 28 años. Soy chilena, 22. Alma de oro.

Chilena honorable, 23, buena presencia y cualidades, desea correspondencia con el pianista A. I. P. del Conservatorio de Concepción. Orfano Cuere.

Busco hombre de fundo, 48 a 55. Tengo 38, soy inteligente, dueña de casa. Chicoca redeona.

Lo deseo moreno, ojos verdes, profesional o empleado, y que disponga de un corazón cariñoso. Yo, morena, 25. Indispensable, educado, fines serios. Elizabet Kell.

El Arte de Bien Comer

consiste tanto el preparar platos sanos y apetitosos, como en saber servirlos

Este ha sido siempre un problema para las amas de casa del mundo entero. Con objeto de facilitarles esta tarea hemos preparado un precioso librito de cocina impreso a todo lujo, con ilustraciones a colores que muestran cómo adornar los platos para presentarlos en forma más atractiva y apetitosa.



Dicho librito contiene infinidad de recetas fáciles de exquisitos postres y de platos deliciosos y nutritivos. Basta consultar el índice para tener una idea de como variar el menú diario de la familia o qué preparar si se tienen invitados. Todas estas recetas han sido probadas por amas de casa experimentadas en el asunto y, por lo tanto, puede usted ensayarlas en la seguridad de que el resultado será satisfactorio.

Este libro de recetas se manda enteramente gratis y tenemos un ejemplar a su disposición. Para obtenerlo basta que llene y nos envíe el cupon que aparece al pie.

WESSEL DUVAL Y CIA.
Casilla 96-V. — Valparaíso

Nombre _____
Calle y No _____
Ciudad _____
ESCRIBA CLARO

A SI MISMO

Ahora descansarás y para siempre, Mi laso corazón. Murió en el engaño Que perpetuo juzgué. Murió. Bien siento Que ya de las risueñas ilusiones No sólo esperanza, aun el deseo Marchito está. Reposo, que bastante Palpitaste. No vale cosa alguna Tus impulsos, ni es digna de suspiros La tierra. Aburrimento y amargura

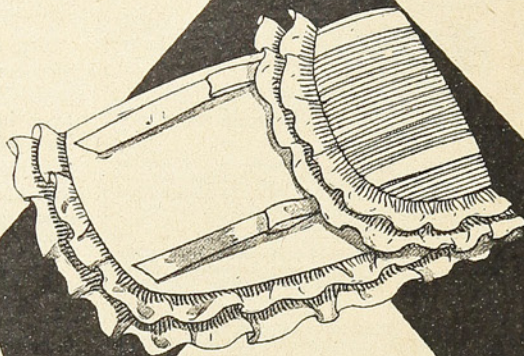
Tan sólo es nuestra vida y fango el mundo.

Tranquilízate ahora. Desespera Por la postrera vez. El hado, sólo Nos otorgó el morir. Ahora desprecia, Desprecia a la Natura, y al mezquino Poder que oculta influye en nuestro

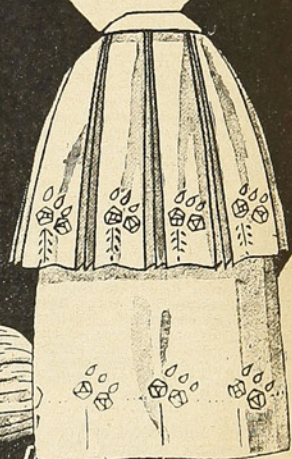
Y a esa infinita vanidad del todo.

GIACOMO LEOPARDO

El que acaba de llegar

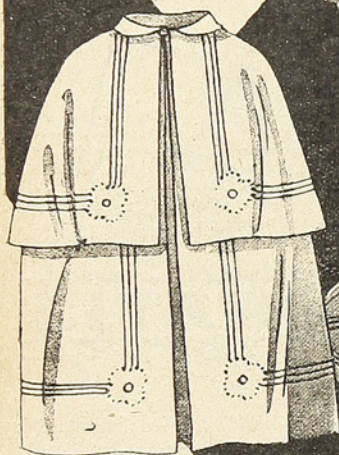


Sobre cunita en crepe georgette blanco. Volantes y cintas de raso azul.



Gorrita haciendo juego con la capita primera

Babero con deshilados pastillas y encajes



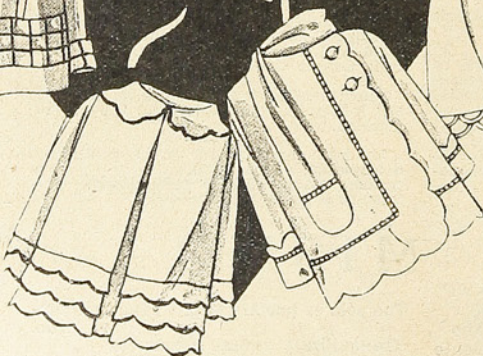
Capita de China blanco, guarnecida de pliegues y deshilados turcos

Babero de lino y deshilados. Zapatitos blancos, bordados.



Paletocito en crepe satin. Cuadrados alternados, mates y brillantes.

Capita de terciopelo blanco lavable, con vivos azules



Capita de raso mate. Plisados y bordados en punto turco.

De tela de seda rosa, guarnecido con vivos de la misma tela

Capita de raso mate. Plisados y bordados en punto turco.

Abriquito de drapella marfil. Deshilados al cordoncillo.



El puñal malayo

Por TRISTAN BERNARD

—Según parece, tiene usted mucha prisa, señor Gambard. Siéntese usted, amigo mío.

—Van a dar las diez, señor Moutier.

—No importa. El mercado no termina hasta las doce. Tiene usted tiempo de llegar antes de que concluya.

—Sí, señor; pero he citado allí a mi mujer ante un comercio de telas y de retales.

—Siento que se vaya usted sin ver a mi hijo.

—Sí; ya sé que ha regresado de París. ¿Ha terminado el doctorado?

—Sí; ya es doctor en derecho. Su madre está muy satisfecha, pero yo no. Ese muchacho se ha vuelto demasiado parisién. Habla de un modo extraño acerca de la honradez, de la propiedad y de la justicia; y ayer, durante la comida, si no hubiese sido mi hijo, me habría levantado dejándole con la palabra en la boca. Además, no sé si tiene algún enredillo en París, pues gasta el dinero que es un encanto. Yo le doy constantemente dinero, lo cual no es obstáculo para que luego le saque a su madre todo cuanto puede. Se acuesta siempre muy tarde y cuesta un triunfo el hacerle levantar de la cama. No, señor; no estoy conforme con semejante conducta. Si quiere hacer carrera en el foro es necesario que cambie de manera de ser.

—Creía que deseaba usted hacerle ingresar en la magistratura.

—Me ha dicho que por ahora no piensa en eso.

—Ya sabe usted que el hijo de los Magnin ejerce aquí el cargo de juez de instrucción.

—Lo sé. Es compañero de mi hijo y ha sido recientemente nombrado. Ese sí que es un hombre serio y formal.

—Sería capaz de condenar a su propio padre. Pero son las diez y cuarto y me voy inmediatamente. ¡Calla! Tiene usted una magnífica panoplia!

—No es mala; pero la que tengo abajo en mi antecámara, es mucho mejor. Bajemos y la verá usted. Le enseñaré un puñal malayo que compré hace dos días a un marinero de no sé qué país, que pasó por aquí llevando infinidad de cosas muy curiosas, procedentes de lejanas tierras. Cuando el puñal está hundido en un cuerpo se aprieta un resorte y entonces la hoja se divide en varias partes. Al retirar el arma se produce una terrible herida en forma de cruz. Pajemos y lo verá usted. ¡Cuidado con la escalera, que es algo oscura! La panoplia está junto a la ventana. ¿Qué es esto, Dios mío?

—¿Qué le pasa a usted?

—¡Ha desaparecido de su sitio el puñal malayo! ¿Quién se lo habrá llevado? ¡Hay que averiguarlo inmediatamente!

—No puedo detenerme un momento más, amigo Moutier.

Una Tez Radiante

es el fruto del aseo interno. Una piel falta de atractivo resulta, con frecuencia, de la eliminación intestinal defectuosa... Las mujeres que saben lo que vale la hermosura, mantienen limpia su organismo con Laxol... Este eficaz laxante es purísimo aceite de recino — recomendado por los médicos — pero sin olor ni sabor repugnantes. Es grato al paladar.

Lo venden las mejores farmacias,

LAXOL

en la conocida botella azul.

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Acete de Ricino Purificado	88.96 gramos	Sacarina	0.14 gramos
Esencia de Menta	0.90 gramos	Total	90.00 gramos

—¡Hasta luego, amigo Gambard! ¡Justina! ¡Justina! ¿Eres tú Clemencia? ¿Dónde está Justina?

—Está en el jardín con la señora. Yo llego ahora de las compras.

—¿Pero qué te pasa, Clemencia? ¡Estás como aterrada!

—No me falta motivo para ello. Ha ocurrido una espantosa desgracia. La señora del castillo, a quien usted conoce, fué asesinada ayer en su parque a eso de las nueve de la noche. Su jardinero oyó un grito, y cuando acudió en su auxilio la encontró muerta. No se sabe quién la mató; pero el autor debe ser un terrible bandido. Figúrese usted, señor, que tenía en el pecho dos heridas en forma de cruz. ¿Pero qué tiene usted, señor?

—Nada. La muerte de esa señora me ha emocionado. ¿Lo sabe ya mi mujer?

—No, señor.

—No la diga nada. Está delicada y no quiero que se conmueva de pronto con la noticia.

—Además, la señora está muy inquieta. No sé si hago bien en decirselo al señor... El señorito Luciano...

—¿Qué?

—No ha dormido en casa esta noche. ¿Pero qué le pasa a usted, señor?

—No lo sé. Me duele el corazón desde ayer.

(Continúa a la vuelta)

QUE INEFABLE TU MIRADA

I

¡Qué inefable tu mirada perdida en un vago asombro!
¡Oh, tu cabeza agobiada de ensueños sobre mi hombro!

Tu boca angustiada y loca se entreabre en una promesa de amor... ¡Tu divina boca que sabe a nardo y a fresa!

Hay en ti la desmayada gracia de una flor troncada cuando en mis brazos te estrecho, y tu corazón herido busca el calor de mi pecho como un naufrago aterido.

II

MI pobre corazón ama a la dulzura de tu acento, que sobre él se derrama igual que un pomo de ungüento.

Hay en el tanta ternura que al oírle me parece que hasta mi misma amargura es un rosal que florece.

Levanta en mí su cadencia nieblas de una adolescencia perdida en sueños lejanos, y mi alma busca la ungida piedad de tus suaves manos como una paloma herida.

JOSE MARIA PLATERO

SÉDALOSE

SEDANTE DEL SISTEMA NEURO-VEGETATIVO

estados espasmódicos
excitación nerviosa
neurastenia
psicastenia
melancolia
insomnio

LABORATORIOS LICARDY
38, BOULEVARD NEUILLY-PARIS

Fórmula: (Solución 40 cm³). Passiflora incarnata (extracto fluido); Cratoegus Oxycantha; Beleño (extracto blando) sesenta centigramos; Glicerina; Jarabe de cáscaras de naranjas amargas CSP.

- Suba usted a su cuarto y acuéstese.
- Si... si.
- Le ayudaré a usted a subir la escalera.
- No, no; déjame.
- Pero si no puede usted tenerse en pie. Siéntese usted, al menos. ¿Está usted mejor?
- Si... si... Me voy a mi cuarto.
- Le acompañaré a usted.
- Bueno.



Deles el ejemplo

Los niños son por naturaleza imitadores. Si usted observa por costumbre la higiene de la boca... sus niños fácilmente adquirirán el hábito del cuidado de sus dientes. La Pasta Dentífrica EUTIMOL tiene un sabor delicioso y refrescante—y mata en 30 segundos los gérmenes causantes de las caries dentales.

Pasta Dentífrica

EUTIMOL
PARKE-DAVIS M.R.

FORMULA:
Carbonato de Calcio,
Azúcar,
Jabón,
Raíz de Lirio de Florencia,
Glicerina,
Salicilato de Calcio,
Agua,
Aromáticos.

El tubo con el tapón impenetrable

Mándenos este CUPÓN y le enviaremos gratis una muestra de EUTIMOL. Parke, Davis & Cía. (Dep'to. 104), Casilla 2819 Santiago de Chile.

Nombre.....

Dirección.....

Ciudad..... Provincia.....

Cuando el amo y la criada llegaron al piso superior, dijo Clemencia:

- Voy a avisar a la señora.
- No, no; déjala en paz.
- A los pocos momentos dijo Clemencia:
- Ahí la tiene usted. Señora, el señor se ha puesto malo.
- No, hija mía; no tengo nada. ¡Anda, anda; vete a la cocina, Clemencia!
- Señora, ya le he dicho al señor que el señorito Luciano...
- Si, y es cosa que me ha molestado mucho.
- A mi también. Ese muchacho me tiene muy alarmada. Estaba yo hace un instante en la antesala, junto a la escalera, cuando de pronto le vi entrar con gran precaución. Pero él no notó mi presencia. Vi que se acercaba a la panoplia y que colgaba un arma en un clavo. ¿Pero, qué tienes, Edmundo? Estás blanco como la cera.
- ¡Me vuelve a doler el corazón! Prefiero que me dejes solo.

- ¡No faltaba más!
- Si no es nada. Te suplico que me dejes solo.
- Pero, hombre. ¿Otra vez aquí Clemencia? ¿Qué ocurre?
- Ahí está un caballero que desea hablar con el señor.
- Dile que el señor está enfermo.
- Es el juez M. Magnin.
- Voy a ver lo que quiere.
- No, no; dile que suba, Clemencia. Y tú, esposa, esposa mía, déjanos solos. Tal vez tendrá que hablarme en secreto y no quiera espontáneamente delante de ti.
- Me das miedo Edmundo. Pase usted, señor Magnin. Lo dejo a usted con mi marido. Hasta luego.
- ¿Ha visto usted a su hijo? preguntó el juez de instrucción a Mr. Moutier.
- Todavía no.
- ¿Tiene usted noticia del asesinato de Madame Joyle?
- Sí, señor.

—Toda la población está enterada del suceso. ¿Su hijo de usted no le ha dicho nada?

—No.

—Me ha prestado un gran servicio en este asunto. Comimos ayer juntos y estábamos en el teatro cuando fueron a buscarme. Pero, ¿por qué me mira usted de ese modo?

—Dispénsame usted. Estoy aturrido y no sé si le he oído a usted bien. ¿Es cierto que pasó usted la velada de ayer con mi hijo?

—Sí, señor. Cuando fueron a buscarme, me acompañó al castillo. Al ver la herida, exclamó: "Esa herida ha sido hecha con un puñal malayo. Mi padre tiene uno igual en su panoplia". Acto continuo vino a buscar esa arma, con todo género de precauciones. No quería despertarle a usted. Y, además, temía que se emocionara usted con el relato de lo que acababa de ocurrir. Después me dió las señas del marinero que le había vendido a usted el puñal, y que sin duda debía tener otro por el estilo. El marinero fué detenido inmediatamente cerca de aquí y ha confesado su crimen. Pero me es indispensable la declaración de usted. Ahí tiene usted a su hijo. Tu padre está al corriente de todo. Según me han dicho, está algo delicado.

- No, hijo mío, no es nada.
- Pero ¿por qué lloras, papá?
- No sé, estoy nervioso y deseo desahogarme.
- ¿Qué te pasa?
- ¡Nada, hijo mío! ¡Déjame que te abrace y te llene la cara de besos!

Electricidad. Los 3 dados

Coloque sobre una mesa dos libros gruesos, poniéndolos a una cierta distancia uno del otro. Sobre estos dos libros se colocará luego un vidrio a manera de puente. Corte unos pedacitos de papel, corcho, paja o pluma y colóquelos debajo del vidrio, entre los dos libros.

Si frotamos fuertemente este vidrio con un pedazo de lana al que se habrá calentado delante del fuego, como para poder electrizar el vidrio, veremos que estos objetos comienzan a saltar de la mesa al vidrio, cayendo luego y volviendo a saltar, en una palabra, entregados a un baile muy animado.

Reemplazando estos pedacitos de papel o corcho por muñequitos hechos con pajitas, de fácil ejecución, obtendrás el aspecto de un verdadero baile, experimento conocido en electricidad como "el baile de los muñecos".

Se pueden también fabricar, ya sea con paja o con papel, tres pequeños cubos de dimensiones iguales, a los que marcaréis con tinta, unos puntos negros, a fin de que parezcan dados. Frotando luego el vidrio como lo hemos indicado os será posible hacer con vuestros amigos una partida de dados.

Otra prueba consiste en hacer sumar los puntos marcados por los dados y distraer la atención del que lo ha hecho durante un instante, mostrándole luego que se ha equivocado en la cuenta, pues seguramente en ese intervalo varía la posición de los dados.



Crema Depilatoria Olorono

Para quitar el vello de un modo fácil y agradable. Es una nueva crema... suave... delicada... y sin embargo altamente eficaz. Deja la piel de una suavidad deliciosa y el nuevo vello sale después fino y sedoso. Prácticamente carece de olor.

NO corra usted el riesgo de hacerse desagradable por causa del sudor, ni tampoco el de manchar sus más hermosos vestidos con la transpiración.

El Olorono, famosa fórmula inventada por un médico para su uso particular, ofrece una absoluta protección. Evita todo peligro de manchar la ropa y neutraliza el olor del sudor, conservando seco y limpio el sobaco.

Otros productos Olorono son: la Crema Olorono y los Polvos Olorono.

Los hombres también necesitan usar el Olorono.

Distribuidor para Chile: Gustavo Bowski, Casilla 1793, Santiago

ODO-RO-NO

acaba con las molestias de la transpiración y con el olor del sudor.

THE ODO-RO-NO CO., INC.
Nueva York, E. U. A.



El Olorono de Fuerza Regular, es para ser aplicado dos veces por semana, sobre una piel normal. El Olorono suave es para la piel sensible y para un uso mas frecuente.

De vuelta a la Vida

POR
HUGO CONWAY

Una vez que el amor empuña el látigo, nos lleva en verdad por muy extraños caminos.

Tomé una determinación atrevida. Volví sobre mis pasos hasta la puerta de la casa. Una criada de buena apariencia salió a abrir.

—¿Hay aquí habitaciones de alquiler? pregunté, teniendo ya en mi mente como seguro que mi desconocida sólo vivía en aquella casa como huésped.

Había habitaciones de alquiler, y no bien mostré deseo de verlas, me enseñaron un comedor y alcoba en el piso bajo.

Calabozos hubieran podido ser aquellos aposentos en vez de cuartos ventilados y alegres como eran; vacíos hubieran podido estar, y no adornados, como estaban, de lindos muebles; cincuenta libras de renta a la semana me hubieran pedido, en lugar del modesto alquiler que me pidieron: de todos modos los aposentos hubieran sido míos. Nunca tuvo aquella casa inquilino más fácil de satisfacer. Vino la dueña, y cerré el trato al punto. De buena bolsa se hubiera podido hacer aquella excelente señora con el alquiler de sus aposentos del piso bajo, a haber conocido el estado de mi ánimo. En lo único en que se mostró difícil, fué en los informes que pudiese yo darle de mí. Cité en mi abono a varias personas; pagué allí mismo adelantado un mes de renta; y obtuve licencia de la dueña para entrar en posesión de los aposentos aquella misma noche, "porque yo acababa de llegar a Inglaterra, y deseaba fijarme en mi casa sin demora".

—¡Ah! dije como al descuido, al salir de la casa para volver con mi equipaje: olvidaba preguntar a Ud. si tenía otros huéspedes: ¿supongo que no hay niños?

—No, señor; los únicos huéspedes son una señora y su criada. Tienen el piso primero: son gente muy tranquila.

—Gracias, dije. Creo que voy a estar muy bien. Volveré como a eso de las siete.

Yo había alquilado de nuevo mis antiguas habitaciones en la calle Walpole, antes de que aquel inesperado encuentro alterase mis planes. Volví a ellas, empaqueté todo lo que me pareció necesario, y dije a los dueños de la casa que iba a pasar con un amigo unas semanas. No dejé mis habitaciones. A las 7 ya estaba yo en "Maida-valé" gratamente instalado.

¡Si: era el destino! ¿Quién podía dudar de que todo lo que sucedía estaba dispuesto por su mano? Por la mañana estaba yo a punto de volverme a Turín en busca de mi amada; por la noche, iba a dormir bajo su mismo techo. Sentado en mi sillón, dibujando con el deseo en el humo rizado de mi cigarro toda especie de amables visiones, apenas puedo creer que sólo algunos pasos la separan de mí, que la veré mañana, pasado mañana, y siempre, y siempre! Si: este amor mío es ya irremediable: me acuesto pensando en que soñaré en ella; pero, acaso por la novedad del aposento, mis sueños son menos gratos que mis pensamientos: ¡durante toda la noche he estado soñando en el ciego que se entró en cierta casa extraña, y oyó aquellos terribles sonidos!

CAPITULO IV

NI PARA QUERER, NI PARA CASARSE

Ha pasado una semana. Mi amor crece. Cierito estoy ya de la energía de mi pasión, de que este súbito amor mío durará tanto como mi vida, de que no es efímero capricho que desvanecerán la ausencia o el tiempo. Logré yo o no ser querido, esta mujer será mi primero y último amor.

No he adelantado aún cuanto hubiese deseado. La veo todos los días, porque estoy siempre en acecho para verla salir y entrar; y cada vez que la veo, hallo nuevos encantos en su rostro y mayor gracia en toda su figura. Kenyon tenía razón, sin embargo. Es de un género extraño su hermosura. Aquel puro rostro pálido, aquellos ojos negros soñadores y abstraídos, no son, no, como los de la mayor parte de las mujeres, lo que acaso explica la singular fascinación que ejerce en mí. Su andar es firme y gracioso; nunca altera su paso; su rostro es siempre grave, y creo habla pocas veces con la anciana criada, que no se aparta nunca de su lado. Comienzo a mirarla como un enigma, y a dudar que me sea dable llegar a poseer su clave.

Sé de ella algunas cosas. Se llama Paulina, dulce y apropiado nombre, Paulina March: es, pues, inglesa, aunque algunas veces le oigo decir algunas palabras en italiano a la vieja Teresa, su criada. No parece conocer a nadie, y, a juzgar

por lo que veo, nadie sabe de ella más de lo que sé yo: yo por lo menos, sé que vino de Turín, y eso es más de lo que los otros saben.

Todavía ocupo mis aposentos, aguardando una ocasión propicia. Es una tortura vivir en la misma casa que aquella a quien se ama, y no encontrar oportunidad de comenzar el asedio. La vieja Teresa la guarda como toda una dueña española. Sus ojos me lanzan miradas suspicaces y vivas cada vez que la hallo a mi paso y les deseo los "buenos días" o "buenas noches" a que un vecino puede arriesgarse sin cometer descortesía. De ellas no he recibido más que esos fríos saludos. Ni los ojos ni los gestos de Paulina parecen alertarme. Me devuelve mi saludo gravemente, y como desde lejos y con apatía. Bien claro veo que el amor a primera vista suele no ser recíproco. Me consuelo con pensar que el destino me tiene sin duda algo reservado, sin lo cual Paulina y yo jamás habríamos vuelto a vernos.

No me queda, pues, más que tisbar desde detrás de las espesas cortinas rojas de mi ventana cuándo mi amada, acompañada siempre de esa bellaca Teresa, sale de casa y vuelve. Y esto mismo tengo que hacerlo con mucha cautela; porque la diestra dueña me alcanzó a ver una vez en mi escondite, y desde entonces jamás pasa sin huronear con sus ojos vivaces en mi ventana. Como que empiezo ya a odiar a Teresa.

Sin embargo, si he adelantado poco, vivo en la misma casa de Paulina, y respiro el mismo aire que ella. No soy hombre impaciente, y puedo esperar una buena ocasión, que ha de venir al cabo.

He aquí cómo vino. Una noche oí una caída, un ruido de porcelana rota, y un grito de alarma. Me eché afuera de mi aposento, y hallé a Teresa postrada en la escalera, gimiendo dolorosamente entre los escombros del mejor juego de té de la señora de la casa. ¡Mi ocasión por fin!

Con la desvergonzada hipocresía del amor, corrí a su ayuda, tan dispuesto a servirla como si hubiese sido mi propia madre. Traté con exquisito cuidado de ayudarla a levantarse, pero se dejó caer, lamentándose, en desdichado inglés, de que tenía un pie roto. Le hablé en italiano, lo que pareció volverle los ánimos perdidos; y pude convencerme de que se le había dislocado una rodilla de tan mala manera que no podía ponerse en pie. Le dije que la llevaría a su habitación, y sin más miramientos la alcé en mis brazos y eché escalera arriba.

Paulina aguardaba en el pasillo. Sus grandes ojos negros estaban abiertos de par en par, y el espanto se reflejaba en toda ella. Me detuve un instante para explicarle lo que había sucedido; y llevé en seguida a Teresa a su habitación, y la dejé en su cama. La criada de la casa había salido ya en busca de un médico; al retirarme, Paulina me dió las gracias por mi bondad de un modo tranquilo, pero como desentendido. Aquellos ojos soñadores se encontraron con los míos; pero apenas pareció que lo notasen. Si: yo no podía menos de confesármelo: la criatura a quien miraba como una deidad era poco sensible; pero, ¿cómo substraerse al encanto de su hermosura? ¡Aquel rostro acabado, aquel cuerpo candoroso y esbelto, aquella espesa cabellera castaña, aquellos mismos extraños ojos negros! ¡No había de seguro en el mundo una mujer que le fuese comparable!

Me dió su mano al despedirse de mí: una mano pequeña, suave y elegante. Difícilmente pude contener mi deseo de imprimir en ella mis labios; difícilmente pude resistir la tentación de decirle en aquel mismo instante que por meses enteros ella había ocupado únicamente mi pensamiento; pero si siempre hubiera sido incauta semejante confesión en una primera entrevista, más que nunca lo era en aquellos instantes, cerca de la vieja Teresa que padecía cerca de mí, sin que el dolor, sin embargo, la enagenase de modo que no tuviera puestos los ojos sobre todos mis movimientos. Me limité a expresar mi deseo de poderles ser útil en algo, y con una inclinación de cabeza, me retiré discretamente. Pero nuestras manos se habían ya enlazado: ¡ya Paulina y yo no éramos por más tiempo dos extraños!

No fué la dislocación de Teresa tan grave como ella imaginaba; pero la obligó a quedarse en la casa algunos días. Yo había creído que la reclusión de Teresa me ayudaría en algún modo a estrechar mi amistad con su joven señora; pero el resultado no respondió a mis esperanzas. En los primeros días no supe que Paulina saliese de casa. Una o dos veces me encontré con ella en las escaleras y, fingiéndome interesado en la curación de su criada, la retuve conversando

breves momentos. Me pareció que era excesivamente tímida, tan tímida que la conversación que hubiera yo anhelado prolongar, a los pocos instantes moría naturalmente. No era yo bastante vanidoso para atribuir su cordedad y reticencia a la misma causa que me hacía ruborizar y tartamudear al hablarle a ella.

Por fin, una mañana la vi salir sola de la casa. Tomé el sombrero y fui en su seguimiento. Estaba dándose paseos por la acera frente a la entrada. Me acerqué a ella, y, después de mi usual pregunta por la salud de Teresa, me mantuve a su lado. Era preciso hacer de modo que nuestras relaciones quedasen más adelantadas.

—¿No hace mucho que está usted en Inglaterra, Miss March? dije.

—Algún tiempo, algunos meses, me replicó.

—Yo la vi a Ud. esta primavera en Turín, en la iglesia, en San Giovanni. —Paulina alzó los ojos, y los fijó en los míos con una mirada peculiar y perpleja.

—Estaba Ud. allí con su criada, una mañana, añadió.

—Sí, íbamos allí a menudo.

—Ud. es inglesa ¿no es cierto? ¿su nombre al menos no es italiano?

—Sí, soy inglesa.

Hablaba como si no estuviese enteramente segura de lo que decía, o como si el asunto de la conversación le fuese indiferente.

—Ud. vive aquí: ¿Ud. no volverá a Italia?

—No sé; no puedo decir.

No podía yo prometerme menos de mi interlocutora. Muchas tentativas hice para conocer algo de sus costumbres y aficiones. ¿Tocaba? ¿cantaba? ¿le agradaba la música, la pintura, el teatro, los viajes, las flores? ¿Tenía muchas amistades? Todo esto hallé manera de preguntarle, directa o indirectamente.

No eran satisfactorias sus respuestas. O evadía mis preguntas, como si tuviese determinado que yo no supiese nada de ella, o las respondía como si nos las entendiese. Muchas de ellas le causaban una extrañeza visible. Tan gran misterio era para mí Paulina al acabar nuestro paseo como al comenzar. La única que de ella me alentaba es que no parecía deseosa de esquivar mi compañía. Una y otra vez pasamos por delante de nuestra casa sin que mostrase intención de entrar, como, a querer verse libre de mí, pudo haber hecho. No había en sus ademanes la menor apariencia de coquetería: muy quieta y reservada me iba pareciendo, pero muy natural y sencilla; ¡y era ella tan hermosa, y yo estaba tan ardientemente enamorado!

No tardé mucho en apercibirme de que los ojos tenaces de la vieja Teresa nos acechaban desde las persianas de la sala; sin duda se había levantado de su cama para ver que su señora no cayese en alguna malandanza. Me montó en ira el espionaje; pero era aún demasiado pronto para libertarme de él.

Antes de que Teresa pudiese cojear de puertas afuera, volvía al punto a su lenguaje apático. Atribuía yo gran parte modo. Veía con regocijo que parecía alegrarse cuando me unía a ella. Mi principal dificultad era hacerla hablar. Oía tranquilamente cuanto yo le decía, pero sin comentario, ni más réplica que un "sí" o un "no". Sí, por rara casualidad, me hacía una pregunta o decía una frase más larga que las habituales en ella, no crecía en ánimos con eso, sino que volvía al punto a su lenguaje apático. Atribuía yo gran parte de esto a cordedad de Paulina y a su vida retirada, pues la única persona con quien viese yo que hablaba era aquella terrible Teresa.

No había gesto o palabra de Paulina que no revelasen su buena crianza y cultura; pero me sorprendía en verdad su ignorancia en cosas de letras. Si citaba yo un autor o mencionaba un libro, no tomaba cuenta de ello; o me miraba como si mi alusión la sorprendiese, o como si se avergonzara de su ignorancia. Aunque había logrado verla varias veces, no estaba yo satisfecho de mí adelanto, y sabía que no había dado aún con la clave de su naturaleza.

No bien sanó de su rodilla la adusta criada, o compañero, oí grandes nuevas. La dueña de la casa me preguntó si conocía yo a algún amigo a quien recomendar la casa, algún amigo de mis costumbres, decía la buen aseo; porque Miss March iba a mudarse, y la dueña prefería alquilar los aposentos a un caballero.

No me quedó duda de que aquel era un ardid de la bellaca de Teresa. Cuantas veces se encontró conmigo por las escaleras, me había asateado con los ojos. Cuando le preguntaba cómo iba de su caída, me respondía agriamente. No cabía duda de que era mi enemiga; de que había caído

en la cuenta de mi afición por Paulina y batallaba por apartarnos. No tenía yo modo de saber a cuánto alcanzaban su autoridad e influencia sobre la joven; pero hacía tiempo ya que no la tenía como una mera criada. La noticia de la mudanza próxima de mis vecinas me convenció de que, si quería yo llevar a término feliz mi amor a Paulina, tenía que entrar en algún arreglo con aquella desapacible guardadora.

Aquella misma noche, al oír que bajaba, abrí la puerta de golpe y me encaré con ella.

Señora Teresa, dije, con remilgada cortesía, ¿me hace Ud. el favor de entrar en mi cuarto? Deseo hablarle.

Fijó en mí una de aquellas miradas suyas suspicaces y rápidas; pero accedió a mi ruego. Cerré la puerta y le acerqué una silla.

—¿Cómo va su pobre rodilla?—le pregunté afectuosamente en italiano.

—Va bien, señor,—me respondió con su voz breve.

—¿No quiere Ud. acompañarme a tomar una copa de vino dulce? Lo tengo a mano.

Muy mal parecía quererme Teresa; pero no me hizo objeción alguna, sino que paladeó gustosamente la copa que le tendí.

—¿Y Miss March, está bien? No la he visto hoy.

—Está bien.

—De ella es de quien quiero hablar a Ud.: ¿no lo ha adivinado?

—Lo había adivinado,—me dijo, con una mirada colérica llena de desafío.

—Sí, continué; sus ojos vigilantes y fieles han penetrado lo que yo no tengo ningún deseo de ocultar. Quiero a Paulina.

—A ella no se la puede querer, dijo Teresa abruptamente.

—¿Cómo no se ha de querer a una criatura tan hermosa? La quiero, y me casaré con ella.

—Ella no se puede casar.

—Oígame bien, Teresa. He dicho que me casaré con ella. Soy conocido y rico. Tengo cincuenta mil libras al año.

—Mi renta anual, que reducida a la moneda de su país debía de parecerle considerable, causó en ella el efecto que yo había esperado. No me mostraban sus ojos, por cierto, mayor amistad; pero su mirada de asombro y acatamiento repentino me revelaron que había dado con el talón de aquella aya invulnerable: la codicia.

—Dígame ahora por qué no puedo yo casarme con Paulina. Dígame a quién debo ver para pedirle en matrimonio.

—Con ella no puede haber matrimonio.

Nada más pude obtener de Teresa. Nada quiso decirme sobre la familia o los amigos de Paulina. Nada más sino repetirme que no podía querer, ni casarse.

Sólo un recurso me quedaba por tentar. La ávida mirada de Teresa cuando le hablé de mi renta me sugirió este pensamiento: Tenía que descender al ardid vulgar de comprar la voluntad de la dueña. ¡El fin justifica los medios!

Es costumbre mía cuando ando en viajes, llevar conmigo una buena suma de dinero. Saqué de mi cartera un mazo de billetes de banco, y conté cien libras esterlinas en billetes nuevos. Cayó sobre ellos el ojo hambriento de Teresa.

—¿Sabe usted cuánto hay aquí?—le dije. Con una inclinación de cabeza me indicó que lo sabía. Corrí hacia ella dos de los billetes. Su mano descarnada parecía querer abalanzarse sobre ellos.

—Dígame quiénes son los amigos de Miss March, y tome para Ud. esos dos billetes. Todo cuanto Ud. ve aquí, será suyo el día en que Miss March y yo nos casemos.

Por algunos momentos se estuvo la italiana callada; pero bien veía yo que la tentación le iba ganando el ánimo. Le oí entonces murmurar: «¡50.000 libras; 50.000 al año!» El encanto obraba. Por fin se puso en pie.

—¿No quiere Ud. tomar este dinero?—le pregunté.

—No puedo. No me atrevo. De veras no puedo. Pero...

—¿Pero, qué?

—Yo escribiré. Yo diré todo lo que Ud. me dice al Doctor.

—¿Al Doctor? ¿Quién es el Doctor? Yo mismo puedo verlo o escribirle.

—¿He dicho el Doctor? Se me ha escapado. No; Ud. no debe escribir. Yo le preguntaré y él decidirá.

—¿Escribirá Ud. en seguida?

—En seguida. Y Teresa echando sobre las dos libras los ojos avariciosos, se volvió como para salir.

—¿Por qué no se lleva los billetes?—le dije, poniéndoselos en la mano.

Con febril alegría se los escondió en el seno.

—Dígame, Teresa,—segui melosamente: ¿Ud. cree que Miss March, que Paulina, piensa algo en mí?

—¿Quién sabe?—respondió la anciana con un tonillo petulante. Yo no sé: pero le digo otra vez que ella no está para querer, ni para casarse.

—¡Ni para querer, ni para casarse!—Dí suelta a la risa cuantas veces me acordé de aquella adivinanza de Teresa. Si en la tierra había alguna criatura que, por sobre todas las demás, estuviese hecha para el amor y el matrimonio, ¡Paulina era! ¿Qué quería darme a entender Teresa? Me vino entonces a la memoria el fervor con que rezaba aquella mañana en San Giovanni; y dí por seguro que Teresa era una ardentísima católica, y quería que Paulina tomase el velo. Por de contado que era eso; eso lo explicaba todo.

Luego que tuve comprada a Teresa, todo yo fui un castillo en el aire, imaginando que iba a gozar a mis anchas de la compañía de Paulina, sin interrupciones ni espionaje. La criada había tomado mi dinero, y sin duda haría por complacerme para aumentar su tesoro. Si podía persuadirla a que me dejase pasar algunas horas al día al lado de Paulina, nada tendría yo que temer de la hostilidad de Teresa. El soborno era cierto, y aunque a mí mismo me avergonzaba haber acudido a él, no podía yo dudar de su eficacia.

Tuve que aplazar para la noche siguiente mi primera amorosa tentativa, porque en la mañana me llamaba un pequeño quehacer urgente, que me tuvo de un lado para otro algunas horas. Atónito me quedé al oír a mi vuelta que mis vecinas se habían mudado de casa. No tenía idea la señora de dónde pudiesen haber ido. Teresa, que parecía ser la que manejaba los dineros, pagó y se fué con Paulina. Nada más podían decirme.

Me dejé caer en una silla maldiciendo de la alevosía italiana; pero como pensase al mismo tiempo en la italiana codicia, no perdí por completo la esperanza. Acaso Teresa me escribiría o vendría a verme. Yo no había olvidado las anhelosas miradas que lanzaba sobre mis billetes de banco. Pero día sobre día pasó sin que llegase a mi recado o carta.

Empleé todos aquellos días, en su mayor parte, vagando por las calles con la esperanza vana de encontrarme con las fugitivas. Sólo después de haberla perdido por segunda vez vine a saber cuánto quería a Paulina. No puede describir apropiadamente aquel ardiente deseo mío de volver a ver su hermoso rostro. Temía yo, sin embargo, que tanto amor no fuese compartido: a haber sentido Paulina por mí el más ligero interés ¿cómo me hubiera abandonado de aquel modo secreto y misterioso? Tenía aún que conquistar su corazón: fuera del suyo, no había amor en la tierra que me pareciese de valor alguno.

Hubiera vuelto a mis antiguas habitaciones de la calle Walpole, a no temer que, si dejaba las de «Maida-vale», pudiera Teresa, fiel a su compromiso, venir y no hallarme. Diez lentos días habían corrido ya desde la fuga, y comenzaba yo a perder toda esperanza, cuando recibí una carta.

Estaba escrita en elegante estilo italiano, y firmada por Manuel Ceneri.

Solo decía que el firmante «tendría la honra de venir a verme a las doce del día siguiente». Del objeto de la visita no hablaba; pero bien sabía yo que sólo uno podía ser, uno sólo: el deseo que me llenaba el corazón. Teresa, al fin, no me había sido desleal. Paulina sería mía. Esperé con febril impaciencia la aparición de Manuel Ceneri.

Acababan de dar las doce cuando me anunciaron su llegada, y se abrieron para él las puertas de mi aposento. Al instante lo reconocí: era el hombre de edad mediana y espaldada robusta que había hablado con Teresa bajo el toldo de San Giovanni en Turin. Sin duda era el Doctor de quien Teresa me había hablado, como del árbitro de la suerte de Paulina.

Se inclinó cortesmente al entrar; me midió de una mirada, como queriendo recoger en ella cuanto mi aspecto le pudiese revelar de mí, y ocupó la silla que le indiqué.

—No pido a Ud. excusa por esta visita, me dijo, porque sin duda sabe Ud. a lo que vengo.

Me hablaba en buen inglés; pero con el acento extranjero muy marcado.

—Creo adivinarlo.

—Soy Manuel Ceneri, médico. Mi hermana era la madre de Miss March. Por Ud. acabo de venir de Génova.

—¿Ud. conoce ya entonces mi deseo, el gran deseo de mi vida?

—Sí, lo conozco: Ud. desea casarse con mi sobrina. Yo tengo, Mr. Vaughan, muchas razones para desear que mi

sobrina permanezca soltera; pero la petición de Ud. me ha hecho alterar mi propósito.

Como de un apaca de algodón trataba el tío de la suerte de Paulina.

—En primer lugar, añadió me dicen que Ud. es de buena familia y rico. ¿Es esto cierto?

—Mi familia es distinguida. Estoy bien emparentado, y puedo ser considerado rico.

—Supongo que me dará Ud. pruebas de su fortuna.

Hice una seca inclinación de cabeza, y en una hoja de papel escribí a mi apoderado, autorizándole a informar ampliamente al portador sobre mis bienes. Ceneri dobló la esquila, y la guardó en su bolsillo. Puede ser que me conociese el enojo que me inspiraba la mercenaria exigencia de sus preguntas.

—Me veo obligado a ser muy cauto en esta materia, dije, porque mi sobrina no posee nada.

—No espero ni deseo nada.

—Antes era rica, muy rica; pero hace mucho ya que perdió toda su fortuna. ¿Ud. no deseará saber cuándo o cómo?

Repito mis palabras. Ni espero ni deseo nada.

—Bien, pues. No tengo derecho a rehusar su oferta. Aunque Paulina tiene mucho de italiana, su educación y costumbres son inglesas. Un marido inglés le convendrá mejor. ¿Ud. no le ha hablado todavía de su cariño?

—No he tenido oportunidad de hablarle. Lo hubiera hecho, sin duda, pero al comenzar nuestra amistad, la alejaron de mí.

—Sí; mis órdenes a Teresa eran terminantes. Sólo permití a Paulina que viniese a vivir en Inglaterra a condición de que obedeciese en todo a Teresa.

Aunque aquel hombre hablaba como quien tenía autoridad absoluta sobre su sobrina ni una sola palabra había dicho que revelase afecto. Pudiera haberse creído que le era totalmente extraña.

—¿Pero, supongo que ahora me será permitido verla? dije.

—Sí, con ciertas condiciones. El hombre que se case con Paulina March debe contentarse con tomarla tal como es. No debe hacer preguntas, no debe inquirir nada de su nacimiento y familia, no debe averiguar nada de su infancia. Ha de contentarse con saber que es bella, y que la ama. ¿Bastará esto?

Tan extraña era aquella pregunta que, a pesar de la vehemencia de mi pasión, vacilé.

—Esto más diré, añadió Ceneri: es buena y pura: su cuna es tan limpia como la de Ud. Es huérfana, y no tiene más pariente cercano que yo.

—Estoy satisfecho, dije, tendiéndole mi mano, como para sellar el pacto. Déme Ud. a Paulina; nada más quiero saber.

¿Por qué no había de estar yo satisfecho? ¿Qué necesitaba yo saber de su familia, sus antecedentes o su historia? Con tan arrebatada afición deseaba yo llamar mía a aquella hermosa criatura, que creo que aunque Ceneri me hubiera dicho que era impura e indigna entre todas las mujeres, yo le habría replicado: «Venga a mí, y empezará de nuevo la vida como esposa mía». ¡Los hombres hacen cosas tales por amor!

—Mi próxima pregunta va a asombrar a Ud. Mr. Vaughan, dijo el italiano, retirando su mano de la mía. Ud. quiere a Paulina, y yo no creo que ella lo mire a Ud. con desagrado.

Se detuvo: yo esperaba con ansiedad.

—¿Permitirán a Ud. sus asuntos casarse inmediatamente? ¿Puedo a mi vuelta al continente dejar ya por completo la suerte de Paulina en sus manos?

—Hoy mismo me casaría con ella si fuese posible, exclamé.

—No; no necesitamos andar con tanta vehemencia; pero ¿podría ser pasado mañana?

Clavé en él mis ojos. Apenas podía creer en lo que oía. ¡Estar unido a Paulina dentro de unas cuantas horas! ¡Algun dolor debía existir en el fondo de aquella felicidad! Ceneri debía ser loco. Mas ¿cómo, aunque fuese de las manos de un loco, podía yo rehusar mi ventura?

—Pero yo no sé si ella me quiere: ¿consentirá ella?, tartamudeé.

—Paulina es obediente y hará lo que yo desee. Ud. puede ganar su cariño después de su matrimonio, en lugar de antes.

—Pero, ¿puede hacerse el matrimonio con tan poco tiempo?

—Entiendo que se venden unas licencias especiales. Ud.

se asombra de mis indicaciones. Me es forzoso volver a Italia, en estas circunstancias, dejar a Paulina aquí sin más lía sin pérdida de tiempo. Dejo el caso al juicio de Ud.; ¿puede una criada que la cuide? No, Mr. Vaughan: aunque parezca extraño, o la dejo unida a Ud., o tengo que llevarla conmigo. Esto último pudiera ser peligroso para Ud., porque aquí sólo mi voluntad tengo que considerar, mientras que fuera de aquí pudiese haber otros a quienes consultar, y acaso yo mismo mudase de propósito.

—Veamos a Paulina, y preguntémosle dije levantándome impetuosamente.

Hasta aquel instante había estado yo sentado con la espalda a la ventana. Al volverme a la luz observé que el italiano me miraba por particular fijeza.

—Me parece recordar a Ud. Mr. Vaughan aunque no puedo hacer memoria de dónde lo he visto.

Díjeme que debía haber sido a la salida de San Giovanni mientras estuvo él hablando con Teresa. Recordó el incidente, y pareció satisfecho. En el primer carruaje que nos vino a mano fuimos a la nueva casa de Paulina.

No era muy lejos. Me maravillaba de no haber hallado a Paulina o a Teresa en mis excursiones. Tal vez ninguna de ellas había salido de su casa, para evitar mi encuentro.

—¿Querría Ud. esperar un momento en el corredor, me dijo al entrar Ceneri, mientras anuncio su llegada a Paulina?

Un mes hubiera esperado en el más hondo calabozo por semejante recompensa: me senté, pues, en la bruñida silla de caoba, dudando de estar en plena posesión de mis sentidos.

Apareció entonces Teresa, mirándome con ojos no menos hostiles que antes.

—¿He cumplido mi palabra? me dijo en voz baja en italiano.

—La ha cumplido Ud., no lo olvide.

—Ud. me pagará y no tendrá nada que decir de mí; pero oiga bien lo que le digo otra vez: la señorita no está para querer, ni para casarse.—¡Vieja supersticiosa y loca! ¿Habían de encerrarse acaso en un monasterio los encantos de Paulina?

Sonó una campanilla y me dejó Teresa, que reapareció a los pocos momentos, para guiarme a una habitación en el piso inmediato, donde me aguardaban mi hermosa Paulina y su tío. Levantó ella sus ojos negros y soñadores, y los fijó en mí: el más vanidoso enamorado no hubiera podido lisonjearse de ver reflejada en ellos la luz de su ternura.

Había yo esperado que el Doctor Ceneri nos dejara a solas para entendernos con la necesario holgura; mas no fue así. Me tomó de la mano, y con ademán solemne me condujo hasta su sobrina.

—Paulina, tú conoces a este caballero.

Ella inclinó la cabeza.

—Sí, dijo, le conozco.

—Mr. Vaughan, continuó Ceneri, nos hace la honra de pedirte por esposa.

No podía yo permitir que toda mi corte fuese hecha por apoderado, y adelantando un paso y tomando su mano en la mía:

—Paulina, murmuré, la quiero a Ud.: desde el primer momento en que la vi la quise: ¿quiere Ud. ser mi esposa?

—Sí, si Ud. lo desea, me respondió suavemente, pero que sin que se alterase siquiera el color de su rostro.

—Ud. no puede quererme todavía; pero me querrá pronto: ¿verdad que me querrá?

No respondió a aquella pregunta que con ansiosa voz de súplica le hice; pero ni di muestras de rechazarle, ni trató de libertar su mano de la mía. Tranquila como siempre y silenciosa estaba oyendo mis fervidas palabras; pero yo ceñí su cuerpo con mi brazo, y la besé en los labios apasionadamente: sólo cuando mis labios tocaron los suyos vi subir el color de sus mejillas, y sentí que la emoción precipitaba los latidos de su seno.

Se desasó de mi brazo, miró a su tío, que había presenciado impasible aquella escena, como si nada hubiese en ella de extraordinario, y salió a pasos rápidos del cuarto.

—Creo que haría Ud. bien en irse ahora, me dijo Ceneri. Yo lo arreglaré todo con Paulina. Prepárelo Ud. todo para pasado mañana.

—Es demasiado pronto.

—Es; pero ha de ser así. No puedo esperar una hora más; mejor es que me deje Ud. ahora y vuelva mañana.

Salí de allí en agitación extraordinaria, y sin saber qué haría.

Grande era la tentación de llamar mía a Paulina en un

plazo tan corto; pero en cuanto a su amor por mi hasta entonces, no podía yo engañarme. Yo podía, sin embargo, como decía Ceneri, conquistar su cariño después de casarnos. Todavía dudaba: ¿era tan extraña toda aquella prisa! Por vivo que fuese mi deseo de poseer a Paulina, me hubiera sido más grato haberme cerciorado de su amor antes de nuestra boda: ¿no sería mejor que su tío se la llevase a Italia, y seguiría allá y convencerme de que me quería? Sí, esto era lo prudente; pero me asaltaba al punto el recuerdo de la amenaza de Ceneri: si se llevaba a Italia a su sobrina, podría cambiar de intención, y yo, por encima de todo, estaba desesperadamente enamorado de Paulina; de su hermosura sería tal vez, pero yo estaba enamorado locamente. El destino nos ha reunido. Dos veces había huido de mí: esta tercera vez me la ofrecían sin reserva. Yo era bastante supersticioso para temer que si rechazaba o posponía su posesión, perdería a Paulina para siempre. Nó: suceda lo que quiera, dentro de dos días será mi esposa!

La vi al día siguiente, más no sola: Ceneri estuvo con nosotros durante toda la visita, en la cual Paulina se mostró afable, y como siempre, corta y lánguida. Yo tenía mucho que hacer, mucho a que atender. Nunca se preparó una boda en tan corto espacio ni de tan extraña manera como aquella. A la noche todo estaba ya arreglado, y a las diez de la mañana siguiente Gilberto Vaughan y Paulina March eran ya marido y mujer. Aquellas dos criaturas que, reuniendo sus apresuradas entrevistas, no se habían hablado acaso tres horas en toda su existencia, estaban ya ligados, ligados por la fortuna o la desdicha, hasta que quisiera separarlos la muerte.

Ceneri se despidió de nosotros apenas terminó la ceremonia, y Teresa, con asombro mío, anunció su intención de acompañarlo. No dejó por eso de recoger de mí la prometida recompensa, que no le escatimé por cierto. El deseo de mi corazón era poseer a Paulina, y con su ayuda lo había realizado.

Solo ya entonces con mi hermosa compañera, emprendimos camino hacia los lagos escoceses, para comenzar allá aquella dulce estación de los primeros amores que hubiera debido enagenar nuestras almas antes de dar el paso decisivo.

CAPÍTULO V

POR LEY, NO POR AMOR.

Ni el orgullo y ventura que sentía al ver a Paulina a mi lado en el vagón que nos llevaba al Norte, ni la satisfacción de haber unido a mi vida la de una compañera tan hermosa, ni la vehemencia misma de mi amor por la exquisita criatura que acababa de consagrarse a mí para siempre, pudieron apartar un momento de mi memoria la extraña condición impuesta por Ceneri: «El hombre que se case con Paulina March ha de tomarla como es; no ha de conocer nada de su vida pasada».

Ni un solo instante pensé que semejante acuerdo hubiese de ser tomado a la letra.

No bien hubiese yo logrado hacerme amar de Paulina, ella misma desearía, sin duda, contarme toda su historia; nada tendría yo que preguntarle, sino que ella me lo confiaría naturalmente: ¡una vez que hubiera ella aprendido el secreto de amor, todos los demás secretos cesarían entre nosotros!

Hermosísima parecía mi mujer, reclinada la elegante cabeza sobre el paño oscuro que vestía el interior del vagón. En aquella postura sobresalía la corrección de sus finas facciones. Su rostro estaba como de costumbre, pálido y tranquilo, y sus ojos bajos: ¡y aquella mujer de tan perfecta belleza que daba orgullo amarla y cuidar de ella, era—¡con cuánta dulzura me lo decía yo en voz alta, como para oírme yo mismo! — ¡era mi esposa!

Sospecho, sin embargo, que nadie nos habría tomado por dos recién casados: no daban señas, por lo menos, de haberlo notado nuestros compañeros de viaje, ni se tocaban con el codo, ni cambiaban sonrisas, ni echaban sobre nosotros miradas de inteligencia. Tan apresurada había sido la ceremonia que no se pensó en ataviar a Paulina con las galas usuales en las bodas. Su vestido, aunque elegante y agraciado, era el mismo con que la había visto otras veces. Ni ella ni yo llevábamos esos nuevos arreos que a las claras publican que se va en luna de miel: no atraíamos, por lo tanto, más atención que la que inevitablemente imponía la beldad peregrina de mi esposa.

Estaba el departamento del vagón casi lleno cuando sa-

limos de Londres; y como la extrañeza de nuestras nuevas relaciones no nos permitía mantener una conversación trivial, por mutuo acuerdo íbamos Paulina y yo callados: unas cuantas palabras cariñosas en italiano fué todo lo que me decidí a decirle hasta que nos viéramos al fin solos.

En la primera estación de importancia, en que el tren se detuvo algún tiempo más que de ordinario, logré, mediante un discreto soborno, que nos mudasen a otro departamento de un vagón cercano, protegido de intrusos por el cartelón mágico: «Ocupado». ¡Solos estábamos Paulina y yo! Tomándole la mano amorosamente.

—¡Mi mujer al fin!, le dije con pasión: ¡mía, mía solo, para siempre!

Su mano yacía entre las mías como abandonada e insensible. Acerqué mis labios a su mejilla. Ni la hizo estremecer mi beso, ni me lo pagó con otro suyo: lo sufrió nada más.

—¡Paulina!, murmuré; ¡dime una vez, «Gilberto, mi marido!»

Repetí mis palabras como un niño que aprende una lección. Desfallecí al oír aquel acento frío. ¡Ruda tarea me esperaba!

Yo no podía culpar a Paulina: ¿por qué había de amarme todavía, a mí, cuyo primer nombre oyó acaso ayer por la primera vez ¡mejor, mucho mejor, la indiferencia que el amor fingido! Sólo era mi esposa porque su tío lo había deseado. Me consolaba al menos la certeza de que no se la había obligado al matrimonio, ni, en lo que yo podía alcanzar, daba muestras de verme con disgusto. No desesperé un instante. Humilde y reverentemente tenía que solicitar su cariño, como todo hombre ha de pedirlo a la que ama. Casado ya con ella, al menos, no estaba en peor posición que cuando vivía en su misma casa, con los ojos relampagueantes de Teresa suspendidos siempre entre sus encantos y mis ojos.

Yo me haría merecedor de su ternura, pero hasta que la suya no recompensase la mía libremente, determiné no importunarla con familiaridades enojosas; y de cuantos por mi condición de esposo suyo me pertenecían, solo un derecho usé, una vez nada más. ¡Un beso, solo un beso, quería de ella!

—¡Oh!, ¡me hará tanto bien!, pero si quieres esperar a conocerme mejor, yo no me quejaré: espera.

Se inclinó, y me besó en la frente. Rojos y encendidos eran sus labios jóvenes; pero virtieron frío en todas mis venas, pues no había en aquel beso asomo remoto de la pasión que me animaba!

Dejé escapar su mano, y sentado aún junto a ella, me dispuse a hacer cuanto pudiese agradar a la que amaba. Angustiado y sorprendido como me sentía, pude ocultarlo, y procuré con una conversación natural y amena ir averiguando con qué clase de mujer me había casado, y cuáles eran sus aficiones y deseos, su disposición, sus ideas y gustos, tratando en todo de que me mirase como a quien con ardiente voluntad emplearía su vida en hacerla venturosa.

¿En qué instante me asaltó por primera vez la idea, la idea espantosa de que ni la peculiaridad y rareza de nuestra situación bastaban a explicar la quietud y abandono de Paulina, de que no dependía de timidez solamente aquella dificultad que tenía yo en lograr que me hablase, e induciría a que respondiera a mis preguntas? Me repetí mil veces cuanto podía excusarla. Estaba cansada: estaba sorprendida: sus pensamientos no podían apartarse del paso brusco y súbito con que aquella mañana había sellado su suerte, más brusco para ella que para mí, porque yo sabía al menos que la amaba. Yo también dejé al cabo de hablarle; y el tren rodaba, y horas y leguas pasaron penosas, sin que los tristes novios, sentados uno junto a otro, cambiasen una sola palabra, una sola caricia! ¡Extraña situación!, ¡extraño viaje!

Y por valles y montes, desprovistos a mis ojos de toda hermosura, rodaba el tren ligero; por valles y montes, hasta que comenzó el crepúsculo a velar con su sombra el móvil paisaje; y yo miraba con ojos inquietos a la apática y seductora criatura sentada a mi lado, pensando con angustia en la existencia que para ella y para mí tal vez se preparaba; mas no perdí toda esperanza, aunque el golpe monótono de las ruedas del tren sobre los rieles, llevando el alma en aquella hora oscura a un fantástico sueño, parecía repetir sin cesar aquellas agrias palabras de la vieja Teresa: «Ni para amor ni para matrimonio está Paulina; ni para amor ni para matrimonio!»

Sombria era ya la noche afuera; y al ver con qué extraña serenidad resplandecía a la luz misteriosa del vagón el puro rostro blanco de mi compañera; al observar atentamente aquella expresión que no cambiaba nunca, aquella palidez igual y hermosa, comencé a temer que estuviese envuelta en una armadura de hielo que ningún amor podría acaso des-

hacer. Postrado entonces, y oprimido el espíritu, caí en una especie de sopor, y lo último que de aquella amarga velada pude recordar hasta el instante en que cerré los ojos, fué que, a pesar de mi resolución, tomé aquella mano blanca, descuidada y fina entre las mías, y mientras dormí la tuve en mi mano.

¿Sueño? Sí, aquel fué sueño, sí lo es lo que no es paz ni descanso! Nunca, desde la noche en que lo oí, había yo recordado con tanta claridad aquel tremendo gemido de mujer; nunca habían estado tan cerca mis sueños de la realidad del espanto que aterró aquella noche, años atrás, al pobre ciego! Gran alivio sentí cuando aquel grito tenaz subió, y siguió subiendo, hasta que al fin vino a parar en el silbido estridente con que anunció la locomotora que estábamos ya cerca de Edimburgo.

Abandoné la mano de mi esposa, y volví a mi sentido. Muy vivo debió ser aquel sueño, porque al despertar de él, el sudor me inundaba la frente.

Como nunca había estado en Edimburgo y deseaba ver algo de la ciudad, tenía hecha intención de pasar en ella dos o tres días. Sugerí esta idea durante el viaje a mi esposa, quien la aceptó de tan descuidada manera que no parecía sino que tiempo y lugar le eran cosas punto menos que indiferentes. ¡Nada, creía yo ya, nada despertaría su interés!

Fuimos al hotel y cenamos juntos. Los que nos hubieran visto habrían podido creer que a lo sumo seríamos amigos, pues no era nuestro trato más íntimo que el que la cortesía permite a un caballero que se halla incidentalmente en relación con una señora. Paulina me daba gracias por cada una de mis pequeñas atenciones, y de esto no se excedía. El viaje había sido largo y penoso, y parecía fatigada.

—Estás cansada, Paulina, dije: ¿desearías ir a tu cuarto?

—Estoy muy cansada, me respondió casi dolorosamente.

—Hasta mañana entonces. Mañana te sentirás mejor, y saldremos a ver las cosas famosas de la ciudad.

Se puso en pie, me dió la mano, y me deseó las buenas noches. Y mientras ella se recogía en su aposento, salí yo a vagar por las calles, en que ya el gas esparcía su viva luz, recordando, lleno el corazón de pena, los sucesos de aquel extraño día.

¿Marido y mujer? ¡Amarga burla de las palabras! Porque en todo, fuera de los lazos legales, estábamos Paulina y yo tan apartados como aquel día en que la ví en Turín por la primera vez. Y, sin embargo, aquella mañana habíamos jurado amarnos y atendernos el uno al otro hasta que la muerte quisiera separarnos. ¿Por qué había obrado yo con tal aturdimiento, y creído a Ceneri bajo su palabra? ¿Por qué no había esperado hasta cerciorarme de que Paulina me quería, o por lo menos de que no estaba enteramente privada de la facultad de querer? Me helaban el corazón aquella insensibilidad e indiferencia suyas. Había cometido una torpeza irreparable: debía soportar sus consecuencias. Pero todavía esperaba; esperaba, particularmente, en lo que a la luz del nuevo día pudiera hacer sentir aquel adormecido corazón.

Anduve de un lado a otro largo tiempo, reflexionando en mi extraña posición, hasta que al fin volví al hotel y me retiré a mi aposento, que era uno de los que había reservado para nuestro uso, y quedaba al lado del de mi esposa. Alejé de mí, en cuanto me fué posible, mis esperanzas y temores, y fatigado por los acontecimientos del día dormí hasta la mañana siguiente.

No visitamos, nó, los lagos, como había yo imaginado. Dos días me habían bastado para comprender toda la verdad, todo lo que me era dado saber, todo lo más que acaso llegaría yo a saber nunca sobre Paulina. Ya era clara para mí aquella frase extraña que me repetía Teresa: «Ni para querer ni para casarse está Paulina»: clara me era ya la razón porque el Doctor Ceneri había estipulado que el marido de Paulina se contentase con tomarla como era, sin inquirir acerca de su vida pasada: ¡para Paulina, mi esposa, mi amor, no existía el pasado!

O, por lo menos, no existía el conocimiento del pasado. Lentamente primero, íntegra luego y a pasos veloces vino a mí la verdad. Ya sabía yo ahora cómo explicarme la mirada enigmática y extraña de aquellos hermosos ojos; ya sabía yo ahora la causa de la indiferencia y apatía de la mujer a quien amaba. Bello como la aurora era su rostro; perfecto era su cuerpo como una estatua griega; apacible y suave era su voz; pero aquello que anima y colora todos los encantos, la razón, le faltaba!

¿Cómo podré yo describirla? Locura es algo enteramente diverso de su estado; imbecilidad, menos aún: no encuentro palabra propia para pintar aquella rara condición men-

tal. Era solamente que faltaba algo de su inteligencia, tan por entero como puede faltar del cuerpo un miembro. Memoria, salvo de sucesos comparativamente cercanos, no parecía tener ninguna. La facultad de reaccionar, comparar y deducir le estaba al parecer negada: dijérase que era incapaz de darse cuenta de la importancia o trascendencia de lo que sucedía a su alrededor. No creo que le fuese dable sentir gozo ni pena: nada en verdad, parecía conmoverla. Ni en personas ni en lugares se fijaba, a menos que se le llamase la atención sobre ellos. Vivía como por instinto; se levantaba, comía, bebía y acostaba como si no supiera lo que hiciese. Respondía a las preguntas y observaciones que su limitada capacidad le permitía entender; pero cuando se le hacían otras más complicadas no las percibía, o fijaba por un momento sus ojos tímidos y turbados en el rostro del que le hablaba, dejándole tan curioso y sorprendido como me vi yo mismo la primera vez que observé en ella aquella inquisitiva y singular mirada.

Y, sin embargo, Paulina no estaba loca. Podía una persona pasar en su compañía horas enteras, sin que pudiera en justicia decir de ella sino que era reservada y tímida. Cuando hablaba, sus palabras eran las de una mujer enteramente cuerda; aunque por lo común sólo se oía su voz cuando las necesidades diarias de la vida lo requerían, o cuando contestaba alguna pregunta sencilla. Tal vez no erraría yo mucho si comparase su mente a la de un niño; pero ¡ay! era la mente un niño en el cuerpo de una mujer, y aquella mujer era mi esposa!

Por lo que alcanzaba yo a observar, la vida no le producía placer ni dolor. Si estudiaba la impresión que hacían en ella los agentes físicos, veía que el frío y el calor la conmovían de una manera notable: el sol le daba deseos de salir de casa; el aire frío, de volver a ella. No era de ningún modo infeliz. La veía yo muy contenta de estar sentada a mi lado, o de andar a pie o en carruaje conmigo horas enteras sin hablarme. Parecía ser la suya una existencia completamente negativa.

Era afable y dócil: obedecía todas mis indicaciones, accedía a todos mis planes estaba dispuesta a ir a donde me pluguiese; pero su sumisión y obediencia eran como las de un esclavo a un dueño nuevo. Me parecía que durante toda su vida había estado habituada a obedecer a alguien. Este hábito suyo fué la causa de mi engaño, de que llegara yo casi a creer que me quería Paulina, pues no entendía que, a no ser así, consintiera en nuestro matrimonio. Ahora veía yo que su pronta obediencia a la orden de su tío fué debida a la incapacidad de su mente para oponer resistencia alguna, y entender la verdadera significación del lazo en que para toda su vida se la ataba.

¡Tal era Paulina, mi esposa! mujer por su hermosura y la gracia de su persona, niña por su mente nublada, interrumpida o aturrida! ¡Y yo su esposo, hombre fuerte y sediento de cariño, no podía obtener de ella, acaso, más que un afecto semejante al que pudiera un niño tener por su padre, o un perro por su dueño! ¿Por qué he de avergonzarme de decir que cuando conocí la verdad la terrible verdad, me eché a llorar amarguissimamente?

¡Y yo la amaba aún, después de saberlo todo! A haber estado en mi mano, no hubiera deshecho mi matrimonio. Paulina era mi mujer, la única mujer que había hecho jamás vibrar mi amor. Yo cumpliría el sagrado juramento: yo la amaría y cuidaría de ella hasta la muerte. Su vida, al menos sería tan venturosa como mis cuidados pudiesen hacerla. Pero al mismo tiempo me iba yo jurando que aquel diestro doctor italiano y yo, nos habíamos de ver las caras!

A él, sentía yo que era necesario que lo viese al punto. De él solo podía yo obtener todos los detalles: yo sabía de él si Paulina había sido siempre como entonces era, si había alguna esperanza de que el tiempo y un método lento mejoraran un tanto su condición: yo le haría confesar, además, la razón por qué me había ocultado la desgracia de Paulina. ¡Por Dios, me decía yo a mí mismo, que he de arrancar la verdad al Doctor Ceneri o que le costará caro escondermela!

Para mí no había paz hasta no ver a Ceneri.

Dije a Paulina que era urgente nuestra inmediata vuelta a Londres. Ni mostró sorpresa, ni opuso objeción: comenzó a hacer al momento sus preparativos, y pronto estuvo lista para acompañarme. Esta era otra peculiaridad suya que no sabía yo cómo explicarme: en todo acto mecánico, era como las demás personas; en su cuidado personal, en sus preparativos de viaje, no necesitaba la menor ayuda. El más cuerdo no hubiese hecho sino lo que hacía ella: sólo se notaba

su deficiencia intelectual en los actos que requerían el ejercicio directo de la mente.

Estaba ya la mañana adelantada cuando llegamos a la estación de Euston: habíamos viajado toda la noche. Sonreí con amargura al verme de nuevo en aquel andén, pensando en el contraste entre mis tristes pensamientos y los de la dichosa mañana en que, pocos días antes, había dado la mano para subir al tren a la esposa obtenida de una manera tan extraña, augurándome, al seguir tras ella con paso ligero, una vida de perfecta ventura. ¡Cuán bella estaba, sin embargo, mi pobre Paulina acompañándose sumisa a mi lado por el andén espacioso! ¡De qué extraña manera contrastaban su aire reposado, su distinguido y apacible rostro, su aspecto general de indiferencia, con el animado espectáculo que por todas partes nos rodeaba, al vaciar el tren en la vasta estación su gran carga humana! ¡Oh, si me fuese dado desvanecer las nubes que envolvían su mente, y reconstruirla conforme a mi deseo!

No sabía yo al principio cómo habría de llevar adelante mis pesquisas: después de meditar en varios planes decidí llevar a Paulina a mis antiguos cuartos en la calle Walpole: conocía yo bien a los dueños de la casa y estaba seguro de que cuidarían de Paulina afectuosamente durante mi ausencia, pues era mi intención, después de reposar unas pocas horas, partir en seguida en busca de Ceneri. Yo había anunciado desde Edimburgo a los buenos dueños de la casa de Walpole mi llegada y la de Paulina, y escrito además a mi leal Priscila rogándole que fuera a la casa a esperarnos: bien sabía yo que por serme agradable no habría atención que Priscila no tuviese con mi infeliz compañera: así, pues, a Walpole fuimos.

Todo estaba ya pronto para recibirnos: en los ojos de Priscila, que saciaba en nosotros sus miradas curiosas, vi que Paulina había cautivado desde el primer momento sus simpatías. Luego que nos hubimos desayunado ligeramente, rogué a Priscila que llevase a su cuarto a mi esposa, para que reposase del viaje de la noche. Paulina se puso en pie, con su manera dócil y anificada, y siguió a la buena vieja.

—Cuando havas acabado de atender a Paulina, dije a Priscila, vuelve, que quiero hablarte.

No se hizo esperar por cierto. Le bullían en los labios las preguntas sobre mi inesperado matrimonio: pero la expresión de mi rostro, que revelaba claramente mi tristeza, detuvo su curiosidad. Se sentó y, conforme a mi deseo, oyó mi relación sin comentarios.

Me era forzoso confiarme a alguien. Estaba yo seguro de que Priscila guardaría bien mi secreto, por lo que le dije todo, o la mayor parte de él. Le expliqué tan bien cómo pude el peculiar estado mental de Paulina; le sugerí cuánto en bien suyo me permitía prever mi corto conocimiento de ella; y rogué a la criada, por el amor que me tenía, que me mirase con cariño y me guardara bien en mi ausencia a la esposa a quien amaba. Así me lo prometió sin reserva, y yo, más tranquilo, dormí en el sofá algunas horas.

Por la tarde volví a ver a Paulina. Le pregunté si sabía adonde podía escribir a Ceneri, y movió la cabeza.

—Trata de pensar, hija mía. Apoyó en su frente las puntas de los dedos: ya había yo notado que el tratar de pensar la perturbaba siempre mucho.

—Teresa sabe, le dije para ayudarla.

—Sí, preguntéle.

—Pero ya Teresa no está con nosotros, Paulina. ¿Puedes decirme dónde está?

Movió otra vez la cabeza, como si nada pudiese hallar en ella.

—El me dijo que vivía en Génova, añadí: ¿sabes en qué calle?

Volvió hacia mí sus grandes ojos curiosos. Suspiré, sabiendo bien, por aquel modo de mirarme, que eran inútiles todas mis preguntas.

Pero de todos modos, a Ceneri yo lo había de encontrar. Iría a Génova: si era médico, como me había dicho, forzosamente lo conocerían en la ciudad; si en Génova no podía dar con él, iría a Turín. Tomé de la mano de mi esposa.

—Voy a estar fuera por unos cuantos días, Paulina: tú estarás aquí hasta que yo vuelva. Todos te tratarán bien; Priscila te dará todo lo que quieras.

—Sí, Gilberto, me dijo con su voz siempre suave. Yo la había enseñado a que me llamase Gilberto.

Dí algunas instrucciones más a Priscila, y emprendí viaje. Al ponerse en camino el carruaje que me llevaba de casa a la estación, miré hacia la ventana del cuarto en que había

dejado a Paulina: ¡allí estaba mirándome, y se me llenó el alma de alegría, porque me pareció que sus ojos estaban tristes, como los de alguien que ve partir a uno a quien quiere! Puede haber sido exageración de mi deseo; pero como hasta entonces nunca había visto ya expresión en ellos, aquella mirada en los ojos de Paulina fué un precioso caudal para mi viaje.

¡Y ahora, a Génova, a verme cara a cara con Ceneri!

CAPITULO VI

RESPUESTAS DESCONSOLADORAS

A todo vapor seguí hasta Génova, donde comencé al punto mis pesquisas para hallar a Ceneri, en la esperanza de dar con él sin gran dificultad. Me había dicho que ejercía en Génova su profesión, de manera que en la ciudad debía ser conocido. Pero quise desorientarme, o me engañó. Día sobre día oí del alba a media noche por todas partes buscándolo: en los barrios ricos como en los pobres inquirí: no había un genovés que supiese de semejante hombre. No hubo médico en la ciudad a quien yo no visitase: ninguno de ellos conocía al Doctor Ceneri. Me convencí al fin de que había usado de un nombre ficticio, o de que no vivía en Génova, pues por obscuro médico que fuese algún otro médico de la ciudad hubiera, a la fuerza, debido conocerlo. Decidí ir a Turín y tentar allí fortuna.

Era la víspera ya de mi partida. Andaba yo dando vueltas por las calles, lleno el corazón de pena, e intentando persuadirme de que en Turín me cabría mejor suerte, cuando me fijé en un hombre que a paso perezoso bajaba la calle por la acera opuesta. Ni su rostro ni su andar me parecieron nuevos, y crucé la calle para verle mejor. Como llevaba el traje obligado de los viajeros ingleses, pensé que era uno de ellos, y que me había equivocado. Mas no me equivocaba: a pesar de su traje inglés, lo reconocí en cuanto estuve cerca de él. Era aquel fanfarrón con quien Kenyon se había trabado de palabras a la salida de San Giovanni, el que nos había tenido a mal que mirásemos a Paulina con tanta insistencia, el que había desaparecido por una calle vecina del brazo de Ceneri.

No era para pérdida semejante ocasión: él, por lo menos, sabría donde podría yo hallar a Ceneri. Fiendo en que su memoria de fisonomías no era acaso tan segura como la mía propia, y en que mi presencia no le haría recordar la escena de San Giovanni, me acerqué a él, y, descubriéndome atentamente, le pedí que me favoreciese con algunos instantes de conversación.

Yo le hablaba en inglés. Echó sobre mí una mirada penetrante y rápida, respondió a mi saludo, y, hablándome en mi propia lengua, se puso a mi servicio.

—Estoy tratando de hallar la dirección de un caballero que, según entiendo, vive en Génova: Ud. tal vez pueda ayudarme.

Se echó a reír.

—Le ayudaré si me es posible: pero yo soy inglés lo mismo que Ud., y como conozco aquí a muy poca gente, temo que no le podré servir de mucho.

—La persona a quien deseo vivamente hallar es un Doctor Ceneri.

Todo me dijo al instante que había reconocido el nombre: su movimiento de sorpresa al oírme; la mirada, poco menos que temerosa que fijó al punto en mí. Pero un segundo bastó para disimular sus impresiones.

—No recuerdo a nadie de ese nombre. Siento no poder ayudar a usted.

—Pero, le dije, esta vez en italiano, yo lo he visto a Ud. en compañía del Dr. Ceneri.

—Digo, me replicó en tono petulante, que no conozco a nadie de ese nombre. Para servir a Ud. Se llevó la mano al sombrero y siguió andando.

No había yo de dejarlo ir, por cierto, de aquella manera. Aligeré el paso, y me uní a él.

—Debo rogar a Ud. que me diga dónde puedo hallarle. Tengo que hablarle de un asunto de importancia: es inútil que me niegue Ud. que es amigo de él.

Pareció dudar, y se detuvo.

—Es extraña la tenacidad de Ud., señor. ¿Querría Ud. decirme en qué se funda para creer que soy amigo de la persona a quien busca?

—Le he visto a Ud. en la calle del brazo con él.

—¿Puedo saber dónde?

—En Turín, la primavera pasada: a la salida de San Giovanni.

Me miró entonces con mayor atención.

—Sí, ahora recuerdo a Ud. Ud. fué uno de los jóvenes que insultaron allí a una señora, y a quienes juré castigar.

—No hubo allí insulto alguno; pero aunque lo hubiese habido, pudiera ser que ya estuviese reparado.

—¿Qué no hubo insulto? Por menos de lo que me dijo allí su amigo de Ud. he matado yo a un hombre.

—Se servirá Ud. recordar que yo nada dije; pero eso importa poco. Deseo ver al Doctor Ceneri sobre asuntos de su sobrina Paulina.

El rostro de aquel hombre se llenó de asombro.

—¿Qué tiene Ud. que hacer con su sobrina? me preguntó áspicamente.

—Eso lo sabremos él y yo: dígame Ud. ahora dónde puedo hallarlo.

—¿Cómo se llama Ud.? me preguntó en voz breve.

—Gilberto Vaughan.

—¿Quién es usted?

—Un caballero inglés: nada más.

Meditó durante unos segundos.

—Puedo llevar a Ud. a casa de Ceneri, dijo, pero antes necesita saber para qué lo busca Ud., y por qué ha usado Ud. el nombre de Paulina. La calle no es un buen lugar de hablar: vamos a otra parte.

Lo llevé a mi hotel, a un cuarto donde podíamos hablar cómodamente.

—Ahora, Mr. Vaughan responda Ud. a mi pregunta, para que vea yo en qué puedo ayudarlo. ¿Qué tiene que hacer Paulina March en este asunto?

—Paulina March es mi esposa.

De un salto se puso en pie. Un terrible juramento en italiano salió de sus labios contraídos. Su rostro estaba pálido de rabia.

—¡Esposa de Ud.!, gritó. Ud. miente: dígame que miente.

Me levanté, tan airado como él, pero más dueño de mí.

—He dicho a Ud., señor, que soy un caballero inglés. O me pide Ud. excusa por sus palabras, o por el cuello le hago a Ud. salir del cuarto.

Pareció batallar con su ira, y sofocarla.

—Le pido a Ud. excusa: he hecho mal. ¿Lo sabe Ceneri?, me preguntó en su tono rápido.

—Ciertamente: él asistió a nuestra boda.

Una vez más pareció dominado enteramente por la ira. «*Traditore!*» le oí decir varias veces con fiera, como si sólo las maldiciones de su propia lengua le pareciesen bastante vigorosas: «*Ingannatore!*» Y se volvió a mí con el rostro domado y compuesto.

—Si eso es así, no tengo más que hacer que congratular a Ud., Mr. Vaughan. Su fortuna es envidiable. Su esposa es bella, y por supuesto, buena. Ud. hallará en ella una compañera encantadora.

Mucho hubiera yo dado por saber la razón de que la noticia de mi matrimonio levantase en él tal tormenta de cólera; pero más hubiese dado todavía por poder llevar a cabo mi amenaza de sacarle del cuarto por el cuello. El tono de sus últimas palabras me indicaba que el estado mental de Paulina le era conocido. A duras penas sujetaba yo mis manos, muy ganosas de ejercitarse sobre aquel atrevido; pero la idea de que sin su ayuda no podría dar con Ceneri me forzaba a contener mi cólera.

—Gracias, dije tranquilamente: espero que me dé Ud. ahora los informes que necesito.

—No es Ud. un recién casado muy atento, Mr. Vaughan, me dijo en tono zumbón el atrevido. Su matrimonio ha debido ser reciente, pues me dice Ud. que Ceneri asistió a él. Supongo que serán negocios muy importantes los que han logrado arrancar a Ud. tan pronto del lado de su esposa.

—Son negocios importantes.

—Temo entonces que tenga Ud. que esperar algunos días. Ceneri no está en Génova; pero creo que llegará dentro de una semana. Lo verá, y le diré que Ud. está aquí.

—Si Ud. me dice dónde puedo hallarlo, yo le iré a ver. Necesito hablar con él.

—Supongo que eso será como el Doctor elija. No puedo hacer más que decirle lo que Ud. desea.

Saludó y salió. Comprendí que todavía era dudoso que pudiera yo ver al extraño doctor: todo dependía de que él quisiese permitirlo. Podía volver a Génova y salir de ella sin que yo lo supiese, a menos que su amigo o él lo me lo participaran.

Una ansiosa semana pasé en estas esperas, y ya comenzaba a dar por cierto que Ceneri no quería ponerse en mi camino, cuando una mañana recibí una carta, que contenía estas palabras solamente: «Ud. desea verme: a las once irá a buscar a Ud. un carruaje. — M. C.»

A las once estaba a la puerta del hotel un carruaje de alquiler, y el cochero preguntaba por Mr. Vaughan. Sin decir una palabra entré en el coche, que me llevó a una casa pequeña en las afueras. Me indicaron un aposento, y allí encontré al Doctor sentado a una mesa cubierta de periódicos y cartas. Se puso en pie al verme, y estrechándome la mano, me ofreció asiento.

—¿Me dicen que Ud. ha venido a Génova para verme, Mr. Vaughan?

—Sí; deseaba hacer a Ud. algunas preguntas respecto a mi esposa.

—Responderé a todas las que pueda; pero habrá muchas que indudablemente tendré que dejar sin responder. Ud. recuerda la condición que impuse?

—Sí; pero ¿por qué me ocultó Ud. el estado mental de mi esposa?

—Ud. había hablado ya con ella varias veces. Lo mismo estaba ella cuando me la pedía Ud. en matrimonio que cuando la halló Ud. tan seductora. Siento que se hubiese engañado Ud. mismo.

—Pero ¿por qué no me lo dijo Ud. todo? Así no hubiera yo podido quejarme de nadie.

—Tenía muchas razones para callar, Mr. Vaughan. Paulina era para mí una gran responsabilidad: soy pobre, y me ocasionaba grandes gastos. Pero, después de todo, no veo que sea tan grave el caso. Ella es bella, afable y buena, y será para Ud. una esposa amante.

—Lo que Ud. deseaba era verse libre de ella.

—No puedo decir lo que deseaba. Por razones que no me es dado explicar a Ud., me alegraba de casarla con un inglés en buena posición.

—¿Sin pensar en las torturas del inglés cuando conociese que la mujer a quien amaba era poco más que una niña?

No cuidaba yo de ocultar al Doctor mi indignación; pero Ceneri no parecía fijarse en ella, y conservaba toda su calma.

—Hay otra cosa que tener en cuenta. El caso de Paulina, en mi opinión, está lejos de ser desesperado; y la verdad es que yo siempre he creído muy probable que el matrimonio contribuyese mucho a reponerla. La inteligencia le falta indudablemente en cierto grado; pero creo que poco o poco podrá ser reconstruida, o que le vuelva tan súbitamente como la perdió.

Conmovieron gratamente mi corazón estas palabras de esperanza. Grande era la crueldad con que me habían tratado; mero juguete había sido yo de planes egoístas; mas todo estaba dispuesto a llevarlo con placer si había todavía en aquella desgracia alguna esperanza para mí.

—¿Pero Ud. me dará todos los detalles de la condición de mi pobre mujer? ¿Ella no ha estado siempre como está hoy?

—Ciertamente no. Su caso es sumamente extraño. Hace algunos años experimentó una emoción extraordinaria; sufrió de repente una gran pérdida, y despertó del choque con la memoria de todo su pasado borrada por completo de su mente. Una página en blanco era su memoria cuando se levantó después de una enfermedad de algunas semanas. Todo lo había olvidado: lugares y amigos. Podía decirse de su inteligencia, como Ud. dice, que era la inteligencia de un niño. Pero la mente de un niño se desarrolla, y si se la trata con cordura, la suya también se desarrollará.

—¿Pero la causa de su enfermedad? ¿Cuál fué la causa?

—Esa es una de las preguntas que no puedo responder.

—Pero yo tengo derecho a saberlo.

—Ud. tiene derecho a preguntar, y yo a negarme a responderle.

—Hábleme de su familia, de sus parientes.

—No crea que tenga más pariente que yo.

Otras preguntas le hice, mas no me contestó cosa que merezca ser citada. Iba a volverme por lo visto a Inglaterra en la misma ignorancia en que salí de ella; pero hubo una pregunta que insistí en ver respondida claramente.

—¿Qué tiene que hacer con Paulina ese amigo de Ud., ese italiano que habla inglés?

Ceneri se encogió de hombros y sonrió.

—¿Macari! me es posible por fin contestar alguna pregunta de Ud. sin rodeos. Uno o dos años antes que la razón de Paulina se alterase, Macari se suponía enamorado de ella: ahora está lleno de ira, porque he permitido que se casase con

otro. Dice que sólo estaba esperando que Paulina volviese a la razón para hacerse querer de ella.

—¿Y no hubiera él servido a los propósitos de Ud. lo mismo que parece los he servido yo?

Ceneri clavó en mí su mirada.

—¿Lo lamenta Ud., Mr. Vaughan?

—No; no, si hay la más ligera esperanza de curación. Pero Ud. me ha engañado vergonzosamente, Doctor Ceneri.

Me puse en pie para despedirme. Ceneri entonces me habló en tono más sentido que el que hasta entonces había usado.

—Mr. Vaughan, no me juzgue Ud. con mucha dureza. He obrado mal con Ud., lo confieso. Hay cosas de que Ud. no sabe nada. Yo necesito decir a Ud. más de lo que intentaba decirle. La tentación de colocar a Paulina en una posición de comodidad y riqueza fué irresistible para mí. Yo le soy deudor de una gran suma. La fortuna de Paulina llegaba a cincuenta mil libras. Y yo lo he gastado todo, todo.

—¿Y se atreve Ud. a decirlo?; dije amargamente.

—Sí, me atrevo a decirlo, dijo, extendiendo el brazo con un ademán noble: lo he gastado todo por la libertad de Italia. La fortuna estaba en mis manos como tutor de Paulina; y yo, que para libertar a Italia hubiera robado a mi propio padre y a mi propio hijo, ¿cómo había de dudar en robarla a ella? ¡El menor centavo fué consagrado a la gran causa, y bien gastado!

—Pero robar a una huérfana es una acción criminal.

—Llámele Ud. como quiera. Era indispensable obtener dinero; ¿por qué no había yo de sacrificar sin vacilación mi honor por mi país, lo mismo que hubiera sacrificado por él mi vida?

—Es inútil hablar de esto: el asunto está terminado.

—Sí; pero hago a Ud. esta confesión para que comprenda por qué deseaba yo un hogar para Paulina. Además, Mr. Vaughan,—y aquí bajó la voz de modo que apenas se le oía,—yo estaba ansioso de obtener para ella ese hogar sin demora. Voy a partir para un viaje, del cual ni sé el fin, ni la manera de volver. Dudo mucho que me hubiera decidido a ver a Ud., a no ser por esto: pero lo probable es que no nos volvamos a ver jamás.

—¿Quiere Ud. decir que está comprometido en alguna conspiración?

—Quiero decir lo que he dicho; ni más ni menos. Ahora, adiós.

Airado como estaba contra aquel hombre, no pude resistirme a estrechar la mano que me tendía.

—Adiós, repitió. Puede ser que escriba a Ud. dentro de uno o dos años, y le pregunte si mis predicciones respecto a Paulina se han realizado; pero ni se moleste en buscarme, ni intente saber de mí si no le escribo.

Así nos separamos. El mismo carruaje que me trajo, me llevó al hotel. En el camino alcancé a ver al hombre a quien Ceneri había llamado Macari. Dijo al cochero que se detuviese, entró en el coche, y se sentó a mi lado.

—¿Ha visto Ud. al Doctor, Mr. Vaughan?

—Vengo de ver.

—¿Y ha averiguado Ud. todo lo que deseaba, no?

—Ha respondido a muchas de mis preguntas.

—Pero no a todas: ¿Ceneri no respondería a todas!

Se echó a reír, con su risa cínica y burlona. Yo callaba.

—Si Ud. me hubiese preguntado a mí, continuó, yo podría haberle dicho más que Ceneri.

He venido a preguntar al Doctor Ceneri todo lo que pudiera decirme sobre el estado mental de mi esposa, que creo conoce Ud. Si Ud. puede decirme algo que me sea útil, le ruego que hable.

—¿Le preguntó Ud. cuál fué la causa del trastorno de Paulina?

—Sí, me dijo que una gran emoción.

—Ud. le preguntó sin duda cuál fué la emoción; ¿pero eso no se lo dijo?

—No. Supongo que tiene sus razones para callarlo.

—¡Oh, sí!, excelentes razones, razones de familia!

—¿Podría Ud. revelarme algo más?

—No aquí, Mr. Vaughan. El Doctor y yo somos amigos: lo buscaremos Ud. después para castigarlo, y sobre mí caerá la culpa. Supongo que Ud. vuelve a Inglaterra.

—Sí; en seguida.

—Déme sus señas, y tal vez le escriba; o mejor aun, si me inclino a ser franco, visitaré a Ud. cuando esté de vuelta en Londres; y presentaré al mismo tiempo mis respetos a Mrs. Vaughan.

(Continuará)



Negro Castaño Rubio

*...se volverán negros,
se volverán castaños, se
volverán rubios: tal como
eran a los veinte años.*

EN forma gradual: ni demasiado aprisa, ni con mucha lentitud, los cabellos canosos vuelven a su color natural y primitivo, con gran sorpresa de la propia interesada. Unas gotas de Agua de Colonia "La Carmela", aplicadas como loción en el momento de peinarse, mantendrán sus cabellos como los tenía a los veinte años. Y así continuarán toda la vida.

Ni aun las amigas más íntimas se explicarán el milagro, porque el cabello aparece natural, sedoso y brillante y no con los matices metálicos que se le notan a simple vista a las personas que se tiñen el cabello.

**EL AGUA DE COLONIA "LA CARMELA"
NO ES TINTURA.**

LA CARMELA se usa como loción al peinarse. No mancha la piel ni la ropa y extirpa radicalmente la caspa.

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

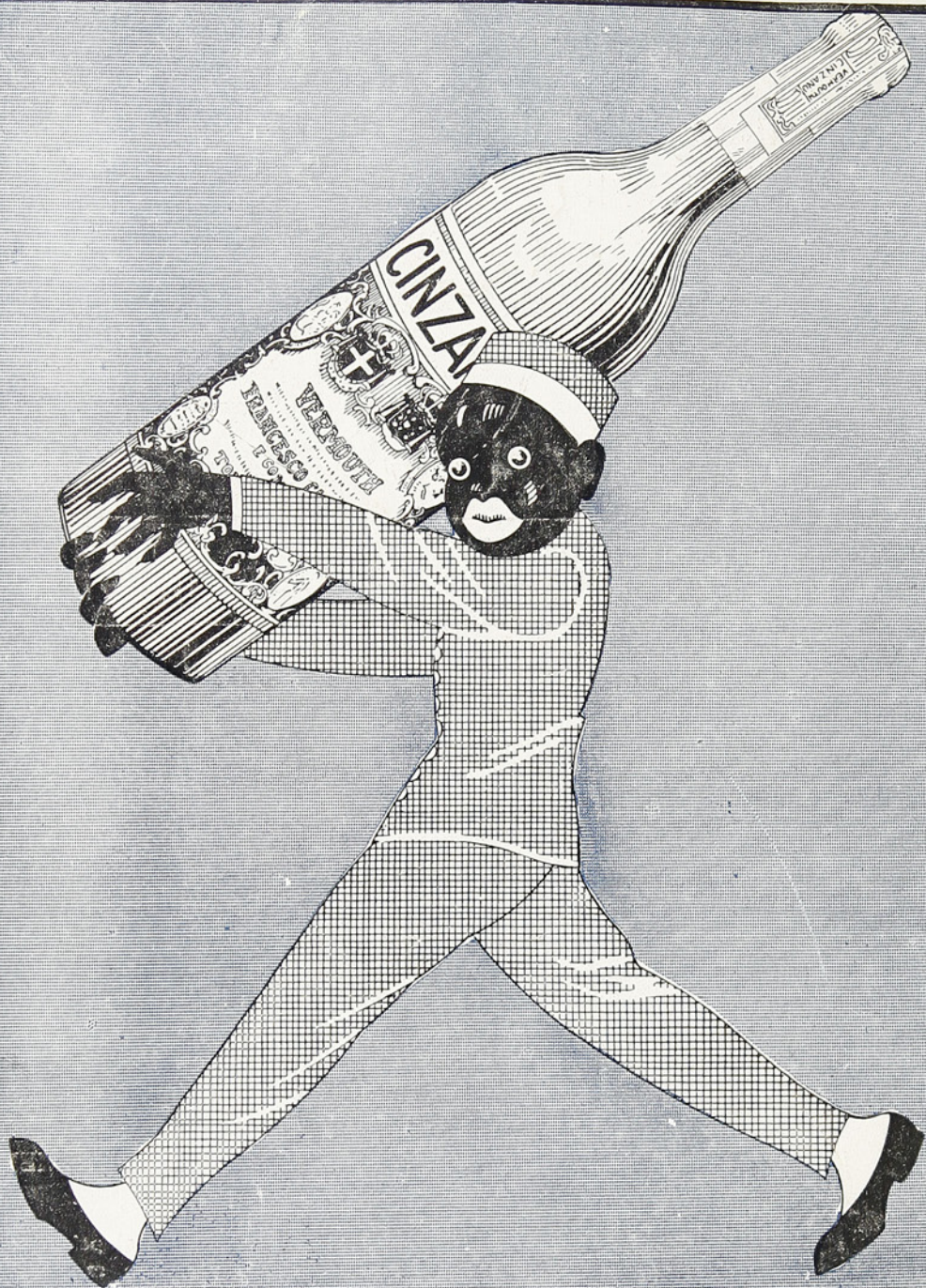
Precio del frasco \$ 18 m/l

Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"

Agentes exclusivos para Chile: DROGUERIA DEL PACIFICO S. A. Suc. de Daube & Cia

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION - ANTOFAGASTA

M. R.



CINZANO
VERMOUTH

